

A.G. Keller

# RUNWAY

Serie Hermanos Duncan

LIBRO 3



by Kate

# RUNWAY

Serie Hermanos Duncan 3

A.G. Keller

Título RUNWAY

©A.G. KELLER

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: noviembre 2019.

Safe Creative: 1812109276090

Diseño de Portada: Keller Books.

Corrección: Equipo Divinas Lectoras.

Maquetación Digital: Keller Books.

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

## Otros libros de A.G. Keller

MÍA

ALLY

CONNOR

TÚ PRINCESA YO SUPERHÉROE

ADICCIÓN

EUFORIA

ALIANZA

*Para todas las personas que luchan cada día por alcanzar sus sueños y no se dejan vencer  
a pesar de las adversidades.*  
A.G. Keller

# Tabla de Contenido

## DFW AIRPORT

Kate

## SEA-DWELLER

Kate

## VUELO 2830

Kate

## FACETIME

Victoria (Tori)

## SAVAGE DIOR

Kate

## RUTINA

Kate

## LOCAL

Kate

## EN MARCHA

Kate

## HOME MAGAZINE

Kate

## HOTEL PLAZA

Penélope

¿NOVIA?

Derek

DELICIOSA LOCURA

Penélope

DON PENE

Victoria (Tori)

AUDICIONES

Kate

DUNCAN GAMES

Kate

STARBUCKS

Derek

MARINA

Penélope

NAVEGANDO

Penélope

CONDENADAS

Kate

LOCAL

Kate

SUITE

Derek

ADIÓS

Penélope

LIRIOS ORIENTALES

Kate

PELIRROJA

Frank

INAUGURACIÓN

Kate

COLECCIÓN

Victoria (Tori)

DESPACHO

Kate

CASI VECINAS

Kate

HOPE

Kate

CONSORCIO RIFES

Preston

PISO 9

Kate

AGRADECIMIENTOS



## ACERCA DE LA AUTORA

# DFW Airport

## Kate

—Ana, pequeña, no cambies nunca, promételo —pronunció, la voz sensual de un hombre que me daba la espalda.

Un rubio con el cabello bien cortado en la parte de abajo y por encima un poco más largo. Alto, tan alto como Max, mi hermano mayor.

Por el tono azul claro y el tipo de gasa de su camisa manga larga, deduje que poseía un gusto exquisito y, por la correa del maletín de piel negro que le atravesaba la ancha espalda, concluí de inmediato que en algún momento de su vida practicó remo. Se parecía a la de Frank, mi otro hermano, que perteneció al equipo de remo de la universidad de Harvard.

Nos separaban dos personas, mientras hacíamos la fila para abordar el vuelo 2830 con destino a Nueva York, al fin volvía a casa después de pasarme una semana visitando a mis hermanos en Dallas. Ellos se mudaron al estado de Texas hace siete años persiguiendo un sueño, montar su propio imperio: «*Duncan Games*». Juntos, conforman un equipo sólido y eficaz. Frank se encarga de dirigir la parte administrativa de la empresa, mientras que Max, se dedica a diseñar los videojuegos, convirtiéndolos en una sociedad líder en el ramo.

Aparto la vista del hombre para fijarla en el gran ventanal detrás del mostrador, desde donde puedo apreciar la aeronave de *American Airlines* y, sin más, me dejo envolver por los recuerdos.

*“—No me lo tomes a mal, Kate, pero la última vez que hablamos de tu futuro deduje que querías volver a París. —Era verdad, eso fue lo que le dije a Max cuando me encontraba viviendo en Francia, mientras tomaba un curso en París con la reconocida diseñadora de modas Colette Feraud. Pero ahora que había regresado tenía una visión más clara de lo que quería hacer con mi futuro—. ¿Estás segura?*

*—Sí, Max, lo estoy. Deseo abrir mi propia casa de modas, además, cuento con el apoyo de Colette. —Sus ojos grises se agrandaron de la sorpresa—. Créeme cuando te digo, que es una gran oportunidad que no puedo dejar pasar.*

*—Kate, es importante que estés realmente segura, es una decisión trascendental. Abrir un negocio es algo serio —explicó Frank, antes de revisar el móvil que llevaba rato sonando.*

*—Lo sé, lo sé —les aseguré para tranquilizarlos—. En París aprendí muchísimo, recuerden que me pasé un año trabajando con Colette codo a codo, siento que tengo la técnica y experiencia necesarias para emprender mi vuelo en solitario. Confíen en mí, por favor —les pedí mirándolos a los dos, sus semblantes imperturbables eran difíciles de leer, por no decir imposible. Sin embargo, no me dejo amilanar y continúo más confiada—. Lo he meditado mucho y, estoy segura, que la casa de modas «Runway by Kate» será un éxito, además, les prometo que este crédito que les estoy pidiendo lo devolveré con intereses una vez que mis diseños comiencen a devengar dividendos...*

*Mi vida como diseñadora de modas puede parecer frívola y superficial, para los que están fuera de la industria. Son incapaces de darse cuenta, de que esta carrera es tanto un negocio como una de las más genuinas expresiones del arte. Gran parte de mi día está lleno de estrés, plazos y largas horas de trabajo duro, principalmente, para los que, como yo, deseamos crear prendas únicas en su estilo.*

*—Kate, cariño, no se trata de dinero. Por suerte ese no es el problema —interrumpió, Max, levantándose de la inmensa butaca. Vestía un esmoquin negro que le había ayudado a elegir para celebrar su aniversario con Nicole, su prometida. Era el último modelo de la colección de Tom Ford, diseñado en un exquisito y fino terciopelo, con solapas de seda en el mismo tono que resaltaban a la perfección, dándole ese toque distinguido que le favorecía—. Nosotros solo queremos lo mejor para ti, recuerda que sigues siendo nuestra “hermanita”. —Hizo señas con los dedos a la vez que pronuncia la palabra «hermanita», para luego tenderme las manos—. Por lo tanto, nos sentimos responsables de ayudarte en lo que necesites. Sabes que confío en tu buen juicio y, si abrir tu propio atelier es lo que quieres hacer, entonces danos unos días para pensarlo con calma, ¿verdad, Frank? —Le dio una mirada a mi otro hermano, que nos observa impassible asintiendo con la cabeza.*

*—Pensarlo es una buena noticia. Por lo menos no me han rechazado de plano —acepté conmovida.*

*—Deja el apuro, hermanita, que Roma no se hizo en dos días. Ven aquí y dame un abrazo antes de que te vuelvas una mujer de negocios —agregó Max.*

*Me levanté de la silla dejando que me envolviera en sus brazos. Olía a perfume y a crema de afeitar. Max, además de ser el mayor de los tres, siempre ha sido muy cariñoso y comprensivo conmigo, quizás se deba a la gran diferencia de diez años que existe entre nosotros.*

*De niña fui más apegada a Frank, pero desde que Max tuvo que pasar una temporada con nosotras —mi madre y yo—, en Nueva York, por motivos de salud, nos hemos acercado mucho más. Me ha permitido conocer esa parte vulnerable de su personalidad. En ocasiones me habla como si fuera su amiga. Me escucha cuando lo necesito y lo mejor de todo es que no me critica, en vez de eso, me aconseja. A diferencia de Frank, que siempre cuestiona mis acciones.*

*—Gracias, gracias por confiar en mí. Les prometo que no los defraudaré —comenté con una sonrisa al separarnos.*

*—No agradezcas nada todavía, Kate, que aún no te hemos dicho que sí —agregó Frank, arqueando una ceja.*

*—Lo sé, lo sé. Lo digo para que no lo piensen mucho y pueda irme con una respuesta positiva —dije expectante.*

*—Muy lista —pronunció Frank.*

*Los dos rieron a carcajadas. Una vez que ambos recobraron la compostura, hicimos un abrazo colectivo.*

*Era feliz al darme cuenta, que ellos a pesar de que ya no nos veíamos con la misma frecuencia, seguían siendo los mismos. Mis pilares, mis protectores. Después de mi padre, eran los hombres que más admiraba.*

*—¡Adelante! —exclamó Max al separarnos cuando escuchamos que alguien llamaba a la puerta.*

*—Hasta que al fin te encuentro, chico malo —puntualizó Nicole, la prometida de Max,*

*caminando directa hacia nosotros y, en cuanto llega frente a él, le estampa un beso sobre los labios, de esos tipos «telenovela», que son capaces de arrancar suspiros colectivos.*

*Ellos hacen una pareja preciosa, de esas que dan envidia ajena. Aunque, estoy segura, de que ser la novia de mi hermano no debe ser una tarea fácil, mucho menos con el problema de adicción con el que debe lidiar a diario.*

*Max, es adicto al juego. Definitivamente, Nicole, era una mujer como pocas.*

*Me pregunto si algún día encontraré a mi pareja ideal. Ese hombre que me ame y valore por sobre todas las cosas, no como lo ha hecho Jack todo este tiempo. O, tal vez hemos sido los dos que todavía no nos sentimos preparados para dar el siguiente paso.*

*—¡Estás preciosa! —exclamó Max tomándola de la barbilla—. Ese vestido nunca te lo había visto.*

*—Ha sido tu hermana la que lo ha elegido, ¿verdad, Kate? —Asentí con la cabeza desplegando una gran sonrisa, estaba satisfecha con esa elección en particular—. El otro día que salimos al spa para darnos un mimo, me aproveché de sus conocimientos para que me ayudara a seleccionar unas cuantas prendas para el viaje. Incluso, me enseñó un par de trucos de moda para sorprenderte.*

*Max rio divertido.*

*—Te dije que le gustaría el vestido, además, con el cuerpo que tienes, este tipo de cortes te favorecen muchísimo —comenté, mientras Nicole daba la vuelta enseñándonos el pronunciado escote de la espalda.*

*Lucía radiante con la elegante prenda de noche en color blanco. El bronceado de su piel junto con el sedoso cabello castaño oscuro que le cubría la mitad de la espalda, eran la combinación perfecta.*

*—Gracias, Kate. Créeme cuando te digo que, si hubiese estado sola, jamás lo hubiera podido encontrar.*

*—Encantada de poder ayudarte. La verdad que este tipo de cortes colgados en un gancho no se aprecian. Por suerte estaba aquí para socorrerte.*

*En ese momento Max se alejó de nosotros para tomar una llamada.*

*—¿Pudiste convencerlos, Kate? —me preguntó Nicole en tono confidencial, aprovechando que Frank se encontraba distraído enviando un mensaje de texto.*

*Ella era la única persona, además de Victoria y mi madre, que estaban al corriente de mis planes de abrir el atelier. Hablar de dinero no era un tema fácil de abordar, mucho menos con mis hermanos.*

*—Lo van a pensar.*

*—Eso suena muy positivo, Kate.*

*—Pienso igual. Con decirte que lo tomaron mucho mejor de lo que me esperaba... Es más, conociéndolos como lo hago, estoy al noventa y nueve por ciento segura que si no me quisieran ayudar ya me lo hubiesen dicho.*

*—Te lo dije, es solo cuestión de confiar un poco. Ya verás que pronto te llaman con la gran noticia. —Nos abrazamos emocionadas—. No es por nada, cuñis, pero algo me dice que Runway, será todo un éxito. —Me guiñó un ojo al separarnos.*

*Su comentario me animaba a seguir positiva. Ella, además de ser piloto de carreras en la Nascar, era modelo profesional. Una mujer exitosa en todo lo que se proponía.*

*—¿Nicole, sabías que Kate se va a especializar en vestidos de novia? —Nos interrumpe Frank, esbozando una sonrisa burlona.*

*Ambas arrugamos el ceño al escucharlo, yo no había dicho eso, confeccionar vestidos de novia no era una tarea fácil, ni algo que me llamara la atención. Pero, para mi sorpresa, la pregunta en vez de molestarla le arrancó una carcajada.*

*—No, no lo sabía. —Me observó con asombro, sin poder creérselo—. Eso es maravilloso, Kate.*

*—Yo... nun... —intenté negarlo, sin embargo, en ese instante Max volvió a acercarse a nosotros y no pude continuar.*

*—¿Kate, es cierto? ¿Diseñarás vestidos de novia? —inquirió emocionado y, sin darme tiempo a responder, agregó—. No se hable más del asunto, Kate diseñará tu vestido de novia, preciosa. —Tomó las manos de Nicole y las besó.*

*—Frank, ¿te das cuenta lo que has provocado? —preguntó Nicole fingiendo estar molesta.*

*—¿Provocado? No sé de qué hablas, Nicole —respondió soltando una carcajada.*

*—Le has dado cuerda a mi chico malo y ahora, solo va a querer estar hablando del tema —le reprochó a Frank, mientras acunaba con cariño el rostro de Max con las dos manos para volver a besarlo.*

*—En cualquier caso, me pongo a la orden —le guiñó un ojo a Frank siguiéndole el juego—. Me tienes a tu disposición, Nicole.*

*—Nicole, creo que entre Max y Kate te han tendido una emboscada —siguió bromeando Frank saliendo del despacho.*

*—No estás siendo justo, chico malo —dijo en voz baja al terminar de besarlo—. Esta noche has traído refuerzos.*

*—Sabes que haría cualquier cosa para acelerar el proceso... —Todos reímos. No era un secreto para nadie que Nicole llevara tres años postergando fijar la fecha de la boda—. Bueno, debemos despedirnos —anunció Max tomándola de la mano—. Llamó Denise, la auxiliar de vuelo de Christopher Green, para avisarme de que la avioneta nos espera. —Se acercó para depositar un beso en mi frente, antes de hablarle a Frank—. Ponte en contacto con el consorcio que trabajó con nosotros en «Duncan Games». Haz hincapié en que necesitamos uno de los mejores puntos comerciales de Manhattan.*

*—Justo estaba pensando en ellos, Max —contestó Frank, sacando el móvil del bolsillo del pantalón—. Deja eso en mis manos —decretó con seriedad y luego agregó mirándome a los ojos—. ¿Estás lista para que te lleve al aeropuerto?*

*—Sí, solo necesito buscar el bolso.*

*—¿Y el equipaje?*

*—George se encargó de subirlo a tu coche.*

*—Bien. Entonces vámonos, que el tráfico a esta hora es insoportable.”*

# Sea-Dweller

## Kate

—No hace falta que me esperes despierta —le pidió a su interlocutora el hombre de espalda ancha, sacándome de mis recuerdos.

Imagino que le habla a su novia y digo novia, porque desde mi posición logro divisar la mano desnuda con la que sostiene el móvil, desprovista del típico anillo de casado.

Al mover el brazo, el puño de la manga se corrió unos centímetros, dejando al descubierto un *Rolex Sea-Dweller* de esfera negra, ¿que cómo sé todo esto? Muy sencillo, fue el mismo reloj que le regalé a papá este año para su cumpleaños, debo añadir que me costó una verdadera fortuna.

El móvil sonó sacándome del descarado escrutinio que le hacía al desconocido. Me salgo de la fila para revisar con calma el mensaje de texto y sonrío con nostalgia al comprobar que se trata de Frank.

### Frank

*Escríbeme en cuanto aterrices en La Guardia. Te quiero mucho, «hermana/testaruda». Por cierto, como no nos presentaste un verdadero «plan de negocio», le he dado tu número al arquitecto que trabajó con nosotros en «Duncan Games», para que se ponga en contacto contigo y, le hables de los detalles de la casa de modas. De esa manera, podremos tener una mejor idea de cuánto podría costarnos la inversión, si es que llegamos a realizarla, claro. Todavía no te emociones.*

Leer a Frank es como estar montada en una montaña rusa, mis emociones suben y bajan a cada segundo.

### Kate

*Te escribo en cuanto el avión pise tierra firme, cuenta con eso, «hermano/gruñón». Estaré pendiente de la llamada del arquitecto. Y «SÍ» que me emociono. Es imposible no hacerlo. Yo también te quiero.*

A pesar de la manera en la que nos dijimos adiós, no puedo molestarme con él, sé mejor que nadie que Frank se preocupa por todos nosotros, él es una especie de pegamento entre los miembros de la familia Duncan y, estoy segura de que, sin sus ataques de sobreprotección, ninguno seríamos lo que somos hoy en día. Sin embargo, el amargo recuerdo de la conversación que mantuvimos en el trayecto de la casa de Max al aeropuerto, sigue fresco en mi memoria.

*“—¿Tienes quién vaya a recogerte?*

*Apenas escuché la pregunta, me encontraba distraída respondiéndole un mensaje de texto a Jack, que se disculpaba por no poder pasar por mí a La Guardia. Me contaba emocionado que Josh, su amigo camarógrafo que, a su vez, era amigo de un famoso agente de celebridades, lo había recomendado para cubrir un evento que se celebraría esa misma noche en Manhattan.*

*Desde que regresé a Nueva York, hace poco más de tres meses, comenzamos a salir otra*

vez, él me había dejado claro que no estaba listo para una relación seria y comprometida, que su carrera era su prioridad. Acepté sus condiciones, sin darle importancia a sus palabras, con la esperanza de que volviéramos a ser como antes, antes de irme a París.

De todos modos, no pude dejar de sentirme desilusionada. Me había imaginado pasando la noche en su apartamento, atrapada bajo su cuerpo desnudo, sintiendo el calor de su lengua recorrer la curva de mis senos, mientras le contaba entre jadeos lo bien que me había ido visitando a mis hermanos.

Guardé el móvil dentro del bolso y automáticamente giré el rostro hacia la ventana para que Frank no pudiera ver reflejada la desilusión en mi rostro. Siempre he sido muy evidente.

—¿Era Jack? —volvió a preguntar, pero esta vez en tono de reproche.

No contesté. No estaba de humor para aguantar uno de sus sermones. Sin embargo, lo vi de reojo y, al apreciar la mueca de desagrado que se formó en su rostro mientras conducía, su usual postura imperturbable se derrumbó. Aunque no podía verle los ojos por las gafas de sol, supe que estaba furioso por la manera en la que sus manos se aferraron al volante, su agarre era tan fuerte que los nudillos se le blanquearon.

—No entiendo por qué insistes en reanudar una relación con ese idiota, cuando ya habían terminado. Te recuerdo que fue él quien rompió contigo después de enterarse de tus planes de irte a vivir a París.

Su carácter autoritario salió a flote, uno de los defectos que más me desagradaba de su personalidad.

Resignada, tomé una bocanada de aire preparándome para la perorata que era imposible detener.

—No lo llares idiota, no es necesario.

—¿Qué no lo llame idiota? —inquirió con sarcasmo—. Tienes razón, Kate, el adjetivo de «idiota» —despegó los dedos del volante y los movió acotando—, le queda corto. Debí llamarlo «hijo de puta», por no tratarte como te mereces.

—¿De qué hablas? —Me hago la desentendida.

—De que, si ahora le has vuelto a dar una oportunidad, considero justo que vaya a por ti al aeropuerto después de no verte por varios días. ¿Es eso tan difícil para ti de entender? Y qué hay del año que estuviste fuera, ¿caso se te ha olvidado que salió con cada una de las modelos que fotografió?

Explicarle a mi hermano la naturaleza de nuestra relación era toda una pérdida de tiempo, aliento y energía.

Antes de marcharme a Francia nos despedimos dando por terminada nuestra intensa relación. Él, por su parte, comenzó a salir con cuanta mujer se le paraba enfrente. Cada vez que hablaba con mis amigas, me contaban sus ligues de una noche y, aunque yo trataba de imitarlo, creyendo en vano que al hacerlo lograría olvidarlo y sentirme mejor conmigo misma, el efecto fue todo lo contrario.

—¡Basta, Frank! No me hables así, no te queda bien. Además, sabes perfectamente que Jack no es mi novio. Todavía no hemos etiquetado lo que tenemos —respondí tajante, esperando que ese argumento fuera suficiente y calmara su mal humor.

Entonces me recuerdo que no estoy hablando con Max, que lo hago con Frank y que él no va a quedarse tranquilo. No tan fácilmente. Aparte de eso, él se caracteriza por decir la última palabra, algo muy típico en los hombres Duncan.

—Dices que no es tu novio, pero bien que pasas varias noches a la semana en su apartamento. Por favor, Kate, respétate un poco.

Me quedo petrificada de que esté al tanto de mis movimientos. En todo caso, la peculiar relación que llevo con Jack no es de su incumbencia.

No obstante, recuerdo que desde el incidente de Max —hace poco más de tres años en Las Vegas—, a todos los miembros de la familia se nos dispuso ser vigilados por un cuerpo de seguridad privado que, a orden de mi madre, deben mantener sus distancias. Deduzco que es así como se ha enterado de mis escapadas nocturnas.

—¡Para, Frank!, por favor. No tienes derecho a invadir mi privacidad, no lo voy a permitir. Ya no soy una adolescente. —Me sentía indignada, no consentiría que se inmiscuyera en mi vida privada por nada del mundo.

—Tienes razón, ya no lo eres, en eso estamos de acuerdo. Pero dime algo, ¿en serio no te das cuenta de que ese muchacho no te valora? Eres una chica emprendedora, inteligente y arriesgada... —Hace una pausa en la que ninguno dice nada, sus palabras me duelen porque, aunque no lo admita en voz alta, él tiene razón, nunca me he dado mi lugar con Jack—. No soy un experto en el amor, Kate, sin embargo, soy un hombre y, como tal, sé que cuando uno se enamora, esa mujer pasa a ser la prioridad número uno. —Su tono compasivo me irritó aún más.

—Frank, no quiero seguir hablando de este tema. Por lo menos no contigo. De todas maneras, no pienso escuchar tus consejos. —Aparté un mechón de cabello de mi rostro observando su semblante, preparándome para contratacar—. ¿Sabes? Hay algo que siempre me he preguntado, algo que no logro comprender por más que lo he intentado y menos viniendo de ti. Te considero un hombre inteligente, perspicaz y por los comentarios de mis amigas también sé que eres apuesto. No me cabe duda de que podrías tener a cualquier mujer rendida a tus pies, pero tú te empeñas en mantener esa extraña y tóxica relación con Carol, ¿podrías decirme por qué?

Quería que sintiera en carne propia como me sentía. Atacada.

Sin pronunciar una palabra detuvo el coche en la entrada de la aerolínea, me miró a los ojos y lo que vi en ellos me paralizó, ¿acaso lo había ofendido mi pregunta?

—No trates de voltear la tortilla, señorita, no estamos hablando de mí. ¿Es mucho pedirte que te des tu puesto? ¡Por Dios, Kate! —exclamó exasperado al abrir la puerta para rodear el auto y sacar el equipaje del maletero—. ¡Eres una Duncan! —gritó desde la parte trasera del coche.

—Una Duncan —repetí sin entender al bajarme—. ¿Y eso qué quiere decir exactamente? No me vengas con el tema de las clases sociales, por favor. —Puse los ojos en blanco soltando la respiración—. Te recuerdo que vivimos en el siglo XXI.

Le sostuve la mirada molesta por su actitud de suficiencia.

—No se trata de eso, solo pienso que te mereces a alguien mejor que él.

—Alguien mejor... ¿No crees que esa es una decisión que solo yo puedo tomar, Frank? —me defiende, como si estuviera perdiendo la batalla.

—¿Y tú no crees que, si él de verdad quisiera que fueras su novia, ya lo serías?

Su pregunta es tan mordaz como la expresión de su rostro, sembrando la espina de la duda en mi corazón, haciéndome sentir estúpida, ingenua, como si la única que no pudiera ver las cosas con claridad fuera yo.

Sé que tengo una fascinación por Jack; que me abruma su presencia, su pasión por lo



*que hace y su manera de hacerme el amor. Como también sé que nunca he sido exigente con él, que desde el primer día que salimos le he permitido que esto que tenemos sea solo «esto», algo bonito, efímero, momentáneo. Algo a lo que me aferro inmaduramente porque pienso que si le pido mantener una relación más seria y comprometida nuestro fugaz romance llegará a su final y, hasta el día de hoy, no me siento preparada para pagar ese precio. Por lo tanto, he preferido conformarme con lo poco que ambos podemos aportar, aunque muy en el fondo sepa que me hace daño.*

*—Quiero que sepas que si no etiqueto a Jack como mi «novio» es porque no deseo que lo sea —miento dolida ante sus palabras—. A diferencia de ti, tengo claro lo que quiero —agrego con ganas de hacerlo sentir mal, pero él ni siquiera se inmuta. Me acomodo el bolso sobre mi hombro antes de añadir—. Gracias por traerme, Frank. Y no te preocupes, le he pedido a Tori que vaya por mí —vuelvo a mentir.*

*—Bien, Kate. Espero que sepas lo que haces y que no salgas con el corazón destrozado. Eso es todo.*

*Depositó un beso en su mejilla en cuanto me hizo entrega de la maleta.*

*Con la cabeza en alto, caminé hacia el interior del aeropuerto tragándome mi orgullo herido, sintiendo un amargo sabor en la boca. Oficialmente me podía ganar el premio de embustera.”*

# Vuelo 2830

## Kate

Por suerte, mi hermano compró el boleto de regreso en primera clase, la butaca de piel es amplia y sobre ella descansa un paquete de almohada y cobija. Lo aparto para sentarme colocando el bolso sobre mi regazo, busco el móvil, los auriculares y la caja de goma de mascar. Y, sin perder tiempo, le redacto un mensaje de texto a Victoria, Tori, como me gusta llamarla.

### Kate

*¿Puedes pasar a recogerme por La Guardia? Llego por AA en el vuelo 2830 a las 10:00 p.m.*

No obtengo respuesta. Por la hora, la imagino enfundada en uno de sus famosos: «pijamas felpudos» de dibujos animados de la época de los noventa, acurrucada en el sofá de su apartamento, haciendo un maratón de Netflix.

Desde que rompió con Noah, se pasa los fines de semana confinada en esas cuatro paredes, sin ganas de salir. La verdad es que le ha dado muy fuerte y la depresión está haciendo mella en ella, aunque no lo quiera admitir. Se nota a leguas que lo extraña demasiado, que todavía no se halla sin él.

Victoria y Noah provienen de Mason, un suburbio en Cincinnati. Una vez que ella se graduó en el instituto, planearon trasladarse a Nueva York. Noah le lleva cinco años, estudió arte culinario cuando aún vivían en Mason, su gran sueño era trabajar en un prestigioso restaurante de la Gran Manzana, a diferencia de Tori, que se había venido a estudiar diseño de interiores en Parsons, donde nos conocimos.

Acababan de cumplir cuatro años de feliz noviazgo, cuando apareció la propuesta millonaria que lo cambiaría todo. Le ofrecieron la posición de chef encargado, en uno de los restaurantes más acreditado de Las Vegas. Algo que terminó por separarlos.

Cuando él le pidió que lo acompañara, Tori se negó, por nada del mundo estaba dispuesta a mudarse fuera de Nueva York. Noah, mejor que nadie, sabía lo que le había costado asegurar el puesto de editora de una de las revistas más famosas de decoración de interiores en Manhattan.

### Victoria

*Pasaré a por ti. Nos vemos más tarde.*

### Kate

*Gracias, amiga, eres la mejor.*

### Victoria

*No lo agradezcas mucho. Te costará.*

Rio por su ocurrencia y le respondo con el emoticono que guiña un ojo, dando la conversación por terminada.

—¿Me regalas una goma de mascar, por favor? —pregunta el hombre, que se ha instalado en el asiento contiguo.

Me giro para verlo. Su voz calza a la perfección con la complexión de su rostro, nariz respingada, cejas pobladas y unas pestañas tan abundantes que cualquier mujer estaría dispuesta a pagar por ellas.

—Sí, claro —contesto automáticamente.

Enseguida le acerco el paquete que aún sostengo en las manos y, sin querer, me topo con los ojos azules más cálidos y cristalinos que en mi vida he visto. Una tonalidad en la que es fácil perderse.

Sin disimular, sigo recorriendo su rostro hasta encontrarme con una sombra de tres días de barba cerrada que apenas oculta unos labios finos que lentamente me muestran una perfecta dentadura.

—Gracias —pronuncia, sonando exactamente igual que antes.

Bajo la mirada hasta el cuello y a pesar de que el color de su piel es blanco, goza de un ligero bronceado. Entonces descubro el tejido azul claro de la camisa que lleva puesta; es una gasa delicada de lino, elegante y ligera. La misma que usaba el hombre alto, de espalda ancha y timbre de voz bendecido por los dioses. El que llamaba «pequeña», con ese acento australiano tan seductor, a la mujer con la que no podía dejar de hablar mientras hacía la fila para embarcar.

—De nada —respondo casual.

Se acerca unos pocos centímetros acortando el espacio. La toma de mis dedos abre el envoltorio y se la introduce en la boca con una sensualidad innata. Al hacerlo aprecio su agradable fragancia, es *Sauvage de Dior*, la misma que usa Jack, mi amigo/novio, y con la que me derrito cada vez que me descubro entre sus brazos. Brazos que he estado extrañando esta última semana.

—Que modales los míos, no me he presentado... —comienza a decir.

—No, no lo hagas, permíteme adivinar... —No lo dejo continuar, no deseo pasarme el vuelo conversando con un desconocido—. Mmm... —Me observa sin entender, alzando una ceja.

Lo observo desde los pies hasta la cabeza, admirando el exquisito gusto que posee para vestirse. Pantalón de mezclilla de diseñador, botines Tom Ford de piel negra, camisa azul y una cazadora, moderna y llena de remaches la cual descansa sobre su regazo.

Su parecido con el actor australiano Chris Hemsworth es impresionante, me inclino a pensar que debe estar relacionado con él de alguna manera; primo, medio hermano... Sin embargo, no se lo voy a decir, en vez de eso, pienso en alguien totalmente opuesto a él.

—Tienes cara de Derek. Sí, sí —aseguro con convicción—, ese nombre te sienta muy bien.

—¡Derek! —exclama perplejo arrugando el entrecejo.

—¿Has visto la serie «Mentes Criminales»? —Me observa por unos segundos y luego asiente con la cabeza.

—Pero, él es... —intenta quejarse.

—Lo sé, lo sé... —No lo dejo seguir, soy más rápida que él—. Existen algunas discrepancias entre ustedes, eso es obvio, pero, créeme cuando te digo que tienes un aire.

El hombre del Rolex, al que decido llamar «Derek», aprieta los labios reprimiendo una sonrisa.

—Okey —cede—. Aunque opino que la comparación es injusta, comenzando por el color de piel y, obviando el hecho de que el hombre no tiene cabello, lo acepto, puedo vivir con ese nombre —admite resignado, acomodándose en la butaca antes de agregar—. Sospecho que, si me quejo, podría tocarme uno peor.

Es verdad. Los dos reímos al mismo tiempo.

—En eso tienes razón —comento sin dejar de sonreír.

—Encantado de conocerte, Penélope —dice siguiéndome el juego, extendiéndome la mano.

—El placer es todo mío, Derek —replico. Su palma grande de dedos largos se ciñe a la mía, su apretón es firme—. Con que Penélope ¿ah? —Sonríó al recordar la chica que interpreta el personaje, una mujer robusta y rubia que gusta del verdadero Derek en la serie, mientras él me estudia—. Supongo que estamos a mano.

Hay algo en este hombre apuesto, masculino y maduro que me hace sentir en confianza, tal vez porque me recuerda a mis hermanos. Tiene la misma altura y el color de cabello de Max. La actitud sofisticada con aires de grandeza de Frank. Es una mezcla de los dos y al mismo tiempo no lo es.

Por las líneas de expresión al lado de sus ojos, concluyo que ronda la treintena. A pesar de ser guapo, no es mi tipo, yo soy más de chicos de mi edad, apenas tengo veinticuatro años. Derek me resulta mayor, formal y con la vida definida. No me extrañaría que estuviera casado y fuera padre de tres hijos. Sin embargo, eso no le quita que lo considere excesivamente atractivo.

—¿Vives en Nueva York? —Vuelve a la carga, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Tú qué crees? —respondo con otra pregunta, rompiendo el contacto visual para guardar la goma de mascar en el bolso.

—Pues, no lo sé. Eres... impredecible.

—Impredecible —repito, mientras me abrocho el cinturón de seguridad preparándome para el despegue. Con el rabillo del ojo lo veo hacer lo mismo, no deseo pasar por maleducada, pero tampoco quiero darle alas para seguir conversando—. Si yo te parezco impredecible, entonces tú debes ser un turista australiano.

Asiente con la cabeza.

—Mi acento me delata, soy demasiado evidente.

En ese instante el piloto anuncia la hora en la que aterrizaríamos en La Guardia y yo aprovecho para ponerme cómoda; cruzo la pierna, me ajusto la pequeña almohada en el cuello mientras me desplazo por la lista de canciones del móvil hasta encontrar *You Say* de Lauren Daigle y, una vez que me coloco los auriculares, pulso *play*.

Cierro los ojos, los despegues tienen un efecto desagradable en mí, necesito relajarme. Al escuchar los primeros acordes, siento como la aeronave se desplaza por la pista, al mismo tiempo que el recuerdo de la última pregunta de Frank: «¿Y tú no crees que si él de verdad quisiera que fueras su novia, ya lo serías?», me hace replantearme lo que tenemos.

Conocí a Jack, la primera vez que asistí a una carrera de Nascar en la pista de Fort Worth, en Dallas. Recuerdo que Frank me llamó para contarme que *Duncan Games* patrocinaba a un piloto que representaría a la compañía.

*—Max, quizás podamos tomarnos una foto con el auto o mucho mejor con el piloto, debe ser guapo —exclamé entusiasmada.*

*—Eso sería interesante de ver —intervino un chico en tono burlón, que estaba sentado dándonos la espalda.*

*—¿Y por qué lo dices? ¿Acaso lo conoces? —No pude resistirme en preguntarle al desconocido, adoptando su mismo tono de voz.*

*—Podría decirse que la conozco —dijo, levantándose para girarse y hablarnos de frente.*

*—¿La conoces? ¿Es una mujer? —Moría por saber, jamás imaginé que fuera una mujer.*

*Él soltó una carcajada y después de recuperar la compostura, me dedicó su plena atención.*

—*Mi nombre es Jack Calaway, la piloto que sin duda es una mujer, es también mi hermana.*

—*Mucho gusto, Jack—intervino mi hermano—, Max Duncan.*

—*¿Eres el creador de los videojuegos? —inquirió, sorprendido al reconocerlo y a mí me pareció adorable.*

—*¡Shhh!... sí, sí es, pero no se lo digas a nadie ¿de acuerdo?, a mi hermano no le gusta llamar la atención. —Le gasté una broma, hablándole en tono confidencial, disfrutando de su expresión de incredulidad.*

—*¡Vamos! Kate, Max, no se queden atrás —nos llamó Frank desde la puerta.*

—*¿Vienes con nosotros Jack? —le pregunté, con la esperanza de que se uniera a nuestro grupo, pero en vez de eso, dijo:*

—*Prefiero esperarla aquí, gracias de todos modos —se excusó desilusionándome por completo, era la primera vez que un chico de mi edad se resistía a mis encantos, lo que hizo que me interesara en saber más de él.*

*Horas más tarde, una vez que la carrera terminó, a Carol y a Frank se les ocurrió la maravillosa idea de ir a celebrar a un bar e invitarlo y, para mi sorpresa aceptó.*

*Esa noche me enteré de que él también vivía en Nueva York. A las semanas comenzó a frecuentar los mismos sitios a los que yo acudía con mis amigas: cafés, bares, galerías, desfiles de moda. Me gustaba aparentar que no me daba cuenta, disfrutaba muchísimo escucharlo hablar con esa pasión que lo caracteriza acerca de su carrera y, en aquel entonces, de sus planes de abrir un estudio de fotografía. Lugar que hasta la fecha lo ha vuelto famoso en ese mundo tan competitivo.”*

Abro los ojos, queriendo en vano apartar las palabras de Frank de mi cabeza. Miro por la ventanilla buscando algo para distraerme, me enfoco en las pequeñas luces que se divisan a lo lejos; un par de empleados que caminan por la pista, incluso, pruebo con cambiar la canción por otra, pero por más que lo intento, no puedo, mis pensamientos no se apartan de él. De Jack y de nuestra apasionada conexión.

—*¿Tu novio? —Escucho que Derek me pregunta devolviéndome al presente.*

Entonces, caigo en cuenta de que la imagen en la que salíamos Jack y yo sonriendo está desplegada en la pantalla del móvil. Él me rodeaba con los brazos y yo me dejaba envolver feliz de la vida. Ese día había pasado a recogerme al trabajo y, cuando lo vi, me lancé a sus brazos emocionada, aspirando su fragancia, la misma que ahora penetra mis fosas nasales.

—*¿Disculpa? —Me hago la desentendida para no tener que darle explicaciones.*

—*Te preguntaba que si el chico que aparece en la foto es tu novio.*

«No lo sé», quiero responderle con la verdad, pero sonaría insegura y vergonzosa, en vez de eso le digo:

—*¿Te han dicho alguna vez que eres un curioso?*

—*Touché. —Alza una ceja y saca del maletín un portátil, lo coloca sobre sus largas piernas y lo enciende—. La verdad es que me han llamado de muchas maneras, Penélope, pero nunca «curioso». —Se lleva una mano al pecho dramatizando.*

—*Siempre hay una primera vez para todo, Derek. —Sonríe de medio lado.*

—*¿Sabes? —Vuelve a la carga—. Me gusta tu sentido del humor, te aseguro que es una cualidad a punto de extinción en las chicas de hoy en día.*

«Chicas de hoy en día. ¡Por Dios! ¿Quién habla así?», pienso para mis adentros con ganas de reír, pero me contengo.

—Hablas como un hombre del siglo pasado. De todas maneras, gracias por el cumplido. Intentaré recordarlo.

—Hombre del siglo pasado —repite incrédulo—. ¿En serio te parezco mayor y prehistórico? —No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Desean algo de tomar? —pregunta la azafata, interrumpiendo nuestra conversación.

—Dos copas de champán, por favor —pide casual, como si estuviéramos sentados en la barra de un bar.

—Un vaso de agua, gracias —le solicito a la mujer, dejándole saber a mi compañero de vuelo, que no me tomaría una copa con él.

En cuanto la azafata se retira acorta el espacio entre los dos.

—¿Tienes edad suficiente para tomarte una copa conmigo? —Baja el tono de voz para que solo yo pueda escucharlo.

Ahora soy yo la que alzo una ceja al observarlo. Por su actitud de casanova, deduje que estaba acostumbrado a que las mujeres se rindieran a sus pies, cosa que no sucedería conmigo.

Me acerco aún más, a unos pocos centímetros de su rostro, para que se dé cuenta de que no me intimida, ni tan solo un poco, usando el mismo tono confidencial.

—La tengo, aunque no lo aparente, querido Derek. —Le guiño un ojo con complicidad antes de volver a mi sitio, sin contestarle de manera directa a su pregunta.

En ese momento llegan las bebidas y ambos esperamos a que la chica las coloque sobre las bandejas.

Tomo el agua y no puedo evitar mirarlo. Él definitivamente es adorable.

—Debería caerme mal tu desplante, Penélope, pero no le voy a dar importancia. Incluso, aunque no te lo creas, lo disfruto. ¿Será que me estoy volviendo viejo? —pronuncia con perspicacia llevándose la copa a los labios, luego saca unos anteojos y vuelve su atención a la portátil.

No le quito los ojos de encima, la luz de la pantalla se refleja en su atractivo perfil, las gafas de lectura que se apoyan en el puente de su nariz le quedan perfectas y le dan un aire intelectual. Me pregunto cuál será su verdadero nombre. Sin duda, Derek, emana autoridad.

—¿Será? En todo caso no tiene importancia, es otra de las cualidades en extinción que poseo. No tomo copas con desconocidos.

Vuelvo a colocarme los auriculares buscando la canción *Someone You Loved* de Lewis Capaldi, dando la conversación por terminada.

# FaceTime

## Victoria (Tori)

—¿Qué pasa, Tori? Siento que no me estás prestando atención —me reclama Noah, frunciendo el ceño al darse cuenta de que desvió la mirada.

Hablábamos por FaceTime, él tiene razón, no lo estoy haciendo porque me acaba de entrar un mensaje de texto de Kate, mi mejor amiga, en el que me pide que pase a por ella al aeropuerto.

—No pasa nada, me distraje con un mensaje de texto —digo para calmarlo, mientras le contesto a mi amiga y, una vez que termino poso la mirada en su atractivo rostro—. En fin, me alegro de que todo marche sobre ruedas en el restaurante.

Los ojos le brillan con intensidad, Noah siempre ha sido muy apasionado en su profesión, creo que además de su increíble físico, fue su fuerte convicción por su carrera la que hizo que me enamorara de él como una loca.

—Me haces mucha falta. ¿Por qué no vienes a visitarme? —Hace un puchero.

Se me hizo un nudo en la garganta, quería decirle que también lo extrañaba; que cada noche lloraba antes de dormir al no tenerlo a mi lado en la amplia cama. Que estos tres meses sin su presencia se me estaban haciendo eternos. Que quería odiarlo por marcharse a cumplir su sueño sin importarle acabar con nuestra relación, pero no podía hacerlo, porque cuando me pidió que lo acompañara, no necesité pensarlo para negarme. Soy una egoísta, sin embargo, en mi defensa tengo una buena razón, yo también me encuentro cumpliendo el mío, no es un delito, ¿cierto?

—No pienso contestarte. Y por favor, te pido que no sigamos jugando a que seguimos siendo novios. ¿Es que no te das cuenta de que me haces daño? Esto no es sano.

Me sostiene la mirada por unos segundos hasta que no aguanto más y corto la llamada. No tenía caso seguir hablando de algo que no cambiaría. Él tomó la decisión de irse a Las Vegas y yo, la de quedarme y seguir viviendo en Manhattan trabajando en la revista.

Me levanto del sofá limpiándome las lágrimas que no tardan en rodar por mis mejillas, camino hasta la cocina en busca de una botella de agua pues necesito tranquilizarme.

Desde que él se mudó me siento asfixiada en el apartamento. Todo me recuerda a Noah, desde el color de las paredes que escogimos juntos, hasta las sartenes de la cocina que eligió con tanto esmero.

*«Sí las compramos de buena calidad, ten por seguro que nos durarán toda la vida»*, dijo cuándo me quejé del valor de aquella batería de lujo.

Extrañaba el aroma del delicioso café que se colaba cada mañana, las cenas románticas que cocinaba mientras compartíamos una botella de vino, sus fuertes carcajadas cuando le hacía cosquillas antes de dormirnos, las caricias de sus manos por todo mi cuerpo. Su voz, gruesa al despertarse, su cuerpo junto al mío...

Vuelvo a sentir las lágrimas llenar mis ojos y, sin fuerzas me desplomo en el piso dejando escapar un sollozo. El dolor que siento dentro del pecho es demasiado abrumador.

En un intento por recobrar el control, cierro los ojos e inspiro profundamente pensando que tal

vez Noah tiene razón. Podía pedir unos días libres en la revista e ir a visitarlo.  
Quizás necesitamos volver a vernos y despedirnos con propiedad.

## *Horas más tarde*

En cuanto Kate sale del aeropuerto me ubica recostada de mi todoterreno Renegado de color blanco, sonrío con amplitud. Su hermoso cabello rubio que le llega hasta la mitad de la espalda, flota por la brisa con suavidad.

—Bienvenida a casa, amiga —digo haciendo una reverencia dramática.

—Gracias por venir a rescatarme. Por un momento pensé que me abandonarías a mi suerte —confiesa al abrazarnos con efusividad.

—Eso no sería propio de mí. —Nos separamos.

—Lo sé, lo siento, ya sabes como soy de paranoica. —Algo muy típico de su personalidad, Kate es de las chicas que debe tener todo bajo control, de lo contrario su mundo se tambalea.

—¡Muero de ganas por saber cómo te fue con tus hermanos! —grito, alejándome para abrir la parte trasera cambiando de tema.

—Acerca de eso...

—¿No me digas que se negaron a ayudarte? —la interrumpo incrédula. Ellos siempre han cumplido con todos sus caprichos desde que nos conocemos.

—No, no. Nada de eso...

—Pero... algo me dice que hay un «pero» en la historia —apunto, mientras subimos la maleta entre las dos.

—Nada de peros, me dijeron que se lo tienen que pensar, es todo. Mejor hablemos de otra cosa, no quiero seguir atormentándome con eso. —Me guiña un ojo al avanzar hasta la puerta del copiloto.

Tiene razón, de seguro la pobre venía todo el camino pensando en ello.

—Vamos, sube —le pido haciendo lo mismo—. Me alegra que estés de regreso, Kate.

—Yo también me alegro de estar de vuelta. «*Home sweet home*» —pronuncia con alegría, ajustándose el cinturón de seguridad—. ¿Todavía Noah sigue llamándote todas las noches mientras toma su descanso?

Ojalá no lo hiciera, así sería más fácil olvidarlo.

—Sí, y ni lo menciones. No quiero hablar de él.

—Deja el melodrama, Tori —se burla.

—No es melodrama, amiga. Aunque no sé ni para qué lo hace...—Arranco el motor y me reincorporo a la vía.

—Claro que lo sabes, tonta. Noah te quiere Victoria. Lo hace porque sigue enamorado. ¿Acaso crees que te ha olvidado? Un amor como el de ustedes no es fácil de encontrar.

—Más bien creo que lo hace para manipularme —señalo con sarcasmo.

—¿Manipularte? No, Tori, no te engañes a ti misma. Lo hace porque no quiere perderte.

Nos quedamos en silencio por unos instantes.

—¿Te puedes creer que me invitó a visitarlo?

Y que me lo estoy pensando, quise confesarle, pero no pude.

—¡Tienes que ir! —exclama eufórica—. ¿No has pensado que quizá esta sea una prueba de amor que tienen que pasar?



La miro de reojo frunciendo el ceño mientras espero que cambie la luz del semáforo.

—Tú siempre tan romántica y empalagosa —refunfuño y, la miro por el rabillo del ojo—. Te prohíbo que te pongas se su parte, Kate. Te recuerdo que soy tu mejor amiga y, por ende, siempre debes estar de mi lado.

—¡Debemos apoyarnos en las buenas y las malas, ese es nuestro código de lealtad! —gritamos al unísono una de las tantas frases absurdas que nos inventábamos.

Nos reímos con fuerza.

—¿Y qué hay de Jack? Porque estoy segura de que a él fue al primero que llamaste para que viniera por ti.

Suelta un largo suspiro. Algo no anda bien.

—Tuvo que cubrir un evento en Manhattan.

—Cubrir un evento —repito desilusionada de que Kate esté tan ciega. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que no la ama? —. ¿Hace cuánto no se ven?

—Casi dos semanas, aunque hemos hablado todo el tiempo...

De inmediato lo defiende, no sé ni para qué lo hace, sabe perfectamente que nada de lo que me diga va a cambiar lo que pienso sobre él. Jack es un egoísta, que lo único que piensa es en él y su carrera, lo demás carece de importancia, incluyendo a Kate.

—No sabía que las cosas entre ustedes estaban tan mal —señalo con sarcasmo.

—No lo están, Tori, deja de decir tonterías —expresa desganada.

—Es cierto, quién soy yo para criticarte. Mi vida amorosa es un completo desastre.

La observo negar con la cabeza.

El timbre del móvil de Kate nos sobresalta.

—Hablando del rey de roma... —Despliega una sonrisa mostrándome el aparato—. ¿Le contesto o lo hago sufrir?

No le respondo y subo el volumen de la música para darle privacidad, entonces ella apaga la radio y pulsa el manos libres para que yo también pueda escuchar la conversación.

—Hola. —Kate lo saluda con moderado entusiasmo.

—¿Dónde estás?

—Cerca del edificio, ¿por? —Se esfuerza por no sonar desesperada.

—He llegado pronto del evento.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Quiero verte, Kate.

—¿Quieres verme? —inquirió con coquetería haciéndose de rogar.

—¿Está bien si paso a por ti en una hora?

—Sí, está bien.

Mientras Kate suelta un grito al cerrar la llamada, me quedo pensando en lo que ha dicho Jack, había algo en su tono de voz que no me gustaba, que implica incomodidad, molestia. Lo digo por experiencia, porque ese fue el mismo tono de voz que usó Noah cuando tomó la decisión de marcharse.

—Amiga, presiento que esta noche será inolvidable.

—Entonces disfruta por las dos —contesto resignada al apagar el motor frente al edificio, rezando en silencio que Kate no termine igual que yo.

# Savage Dior

## Kate

En lo que dejo la maleta en mi cuarto, me encuentro con una nota de mi madre sobre la mesita de noche, que reza:

*«El doctor Hill me invitó a cenar. No me esperes despierta, cariño. Mañana hablamos.  
Bienvenida a casa.  
Te quiero mucho.  
Mamá»*

Sonríó al leerla, mamá se merece vivir, ya que han transcurrido ocho años desde que se divorció de papá. Ocho años en los que se ha sumergido en el trabajo. Solo se preocupa por el bienestar de todos nosotros, ya es hora de que disfrute un poco de la vida. Si no lo hace ahora, entonces cuando.

Agarro el móvil y le tomo una fotografía a la nota para enviársela a Frank, le adjunto que me encuentro en casa sana y salva, luego me dirijo al baño para darme una ducha rápida.

Veinte minutos más tarde me encuentro envuelta en la bata de baño, abro el closet y saco un vestido verde militar, el modelo del corsé se pega como una segunda piel desde mi busto hasta la cintura, dejando que la falda caiga suelta con amplitud. Es de una tela de algodón, fresca y ligera que, al medírmelo por encima de la bata, me llega hasta la mitad de los muslos.

Con cuidado de no arrugarlo, lo coloco sobre la cama para aplicarme la loción del cuerpo. Por nada del mundo lo ensuciaría. Después comienzo a maquillarme, deseo que me vea diferente. La última vez que tuvimos sexo fue hace más de dos semanas.

Recuerdo que me escapé del trabajo para ir a verlo a su estudio. Estaba en medio de una sesión de fotografía para una campaña de GAP. Un grupo de veinte personas lo esperaba a que saliera del cuarto oscuro, mientras lo hacíamos apurados encima de una mesa en medio de líquidos de revelado, Jack me tapaba la boca con una mano para que nadie pudiera oír mis jadeos.

Así eran siempre nuestros encuentros; apresurados, urgidos y sin una pizca de romanticismo. Solo deseo.

Aparto ese pensamiento con la esperanza de que esta noche sea diferente. Abro la gaveta de la cómoda buscando un atrevido conjunto de ropa interior de encaje rosa que, con el bronceado y la depilación corporal a la que me sometí junto a Nicole en uno de esos sofisticados Spa de cinco estrellas, me hará lucir muy sexy.

Una vez que termino de abrochar el sujetador, me dirijo al espejo de cuerpo entero, doy un par de vueltas comprobando que todo está en su lugar antes de ajustarme las altas sandalias de tiras marrones que se atan en los tobillos con un broche de cristal en forma de corazón. Sé que es absurdo, pero soy de las que tienen la manía de esperar hasta el último minuto para ponerme la ropa, detesto las arrugas innecesarias, mucho menos cuando trato de impresionar.

Cepillo mi larga cabellera rubia y cambio el bolso por uno pequeño tipo sobre en el que solo

cabe la identificación, la llave, el móvil y el paquete de goma de mascar.

Estoy lista para todo lo que a Jack se le ocurra hacer con mi cuerpo. Esta noche estoy dispuesta a confesarle que lo quiero, que lo he extrañado y que necesito que le pongamos una etiqueta a nuestra relación. Deseo contarle abiertamente a mi familia de lo nuestro y, sobre todo, demostrarle a Frank que se ha equivocado con él.

Unos golpes en la puerta me devuelven al momento. Voy corriendo a verificar por el ojo mágico constatando que es él. Jack ha llegado en menos de una hora.

—Dame un segundo —le pido, mientras considero la idea de abrirle como estoy en ropa interior o, correr a la habitación a terminar de vestirme.

Realmente no tengo nada que perder y, qué mejor oportunidad que esta para romper el hielo. Tomo una bocanada de aire sintiendo los nervios revolotear cómo mariposas en la boca del estómago. Emocionada, abro con lentitud ocultándome detrás de la puerta, asomando la cabeza.

Jack Calaway viste unos vaqueros de diseñador ajustados y rasgados en las piernas, una camisa negra de manga larga y calza unos botines Vans de color blanco. Un estilo totalmente despreocupado, de chico rebelde. Su cabello sigue húmedo y huele a Savage de Dior. Tal como lo recuerdo.

—¿Estás sola? —inquire al entrar, observándolo todo sin percatarse de mi desnudez.

Nunca se había atrevido a subir, siempre me llamaba desde su auto para que yo bajara. Esto realmente es todo un adelanto.

Paso el pestillo y me quedo ahí, esperando a que me vea.

—Sí, estamos solos.

Jack se voltea al escuchar mi voz y se queda con la boca abierta.

No puedo resistirme, camino hacia él, me cuelgo de su cuello y lo abrazo. Él me corresponde. Nos quedamos en silencio por unos instantes, no sé qué decir, por un momento espero que me bese; que me alce en sus brazos y me lleve al sofá, pero nada de eso pasa.

—Kate... —pronuncia con esos labios que tanto me gustan, mientras se aparta de mí, adoptando una pose interesante al repasarme el cuerpo de pies a cabeza.

—Jack... —digo mordiéndome el labio inferior, reprimiendo el impulso de besarlo.

—¿Algún día me dejarás fotografiar ese cuerpo tan perfecto que tienes? —Rompe el incómodo silencio. Ladea la cabeza, toma una de mis manos y me hace girar.

—No, no. Por supuesto que no, Jack —contesto divertida—. Te he dicho mil veces que no me gustan los desnudos.

—No me lo tomes a mal, pero no pierdo la esperanza de convencerte algún día... —De repente, como si se hubiera acordado de algo importante, cambia su expresión—. ¿Te molesta si nos quedamos aquí? —pregunta en tono serio.

Entrecierro los ojos extrañada por su petición, pensaba que me llevaría a su apartamento.

—No, no me molesta —miento decepcionada.

Se acerca y con las dos manos acuna mi rostro, mirándome con intensidad. Me quedo embelesada observando cada detalle de sus ojos verde azulados, sintiendo unas irrefrenables ganas de besarlo, de sentir sus manos recorrerme el cuerpo entero.

—Me lo pones tan difícil, Kate...

No lo dejo continuar, me adueño de sus labios como una desesperada, estaba decidida a pasar un buen rato entre sus brazos.

Nos fundimos en un beso ardiente. Sus manos bajan hasta mis senos, mientras las mías acarician sus abdominales, tanteando a ciegas por el botón de los vaqueros.

—No digas eso, Jack, sabes que nunca te lo he puesto difícil —murmuro sobre sus labios con los ojos cerrados.

—Espera... —Me aleja por los hombros. Abro los ojos con sorpresa sin poder descifrar la expresión de su rostro—. Espera un momento.

—¿Qué pasa, Jack? Estás muy raro. —Suelta un largo suspiro, uno que me dice que algo no anda bien.

—Es que te he pedido que nos viéramos esta noche porque tengo algo que decirte. —Retrocede aún más, pasándose las dos manos por el cabello—. Es que quiero pedirte...

«¿Es esta su manera de pedirme que sea su novia?», pienso emocionada.

—La respuesta es sí, claro que sí, Jack. Claro que quiero ser tu novia.

Le impido continuar de la alegría que me embarga. Intento acercarme, quiero que me abrace, pero en vez de eso, toma la manta que reposa en el respaldo del sofá, la que usamos para ver televisión y la coloca sobre mis hombros, cubriendo mi desnudez.

—Kate, eres una chica muy bella. No te puedo negar que cada vez que te veo me desarmas con tu sonrisa, con tu cuerpo, con tus ocurrencias. Créeme cuando te digo que hubo un tiempo en el que llegué a pensar que lo nuestro tendría futuro, sin embargo, desde que volviste de París... las cosas entre nosotros ya no son como antes.

Recuerdo que en aquella época cuando le dije que me iría a estudiar fuera se quejó. Me vi en la obligación de explicarle que para mí no era nada fácil ser la hermana menor de los Duncan y, que al igual que él, yo también estaba enfocada en mi carrera. Deseaba triunfar, ser famosa y que mis diseños desfilaran con las grandes modelos internacionales por las pasarelas de Europa.

—¿Acaso me estás echando la culpa por haberme ido? —Mi tono irónico sale a relucir y, de la rabia que siento hasta la voz me tiembla. Me odio por eso, por lucir débil ante él. Por darle ese poder.

—Kate no he venido a discutir. Ya no tiene caso.

Me llevo una mano al pecho, quiero morirme, que se abra la tierra debajo de mis pies y desaparecer. Lo peor de todo, es que Frank tiene razón, soy una ingenua, una estúpida ingenua.

—Jack, fuiste tú quien me buscó cuando volví de París —le recuerdo, con la esperanza de que lo que acabo de oír ha sido producto de una broma pesada.

—Lo siento, Kate, no he sido del todo sincero. —Entrecierro los ojos sin comprender—. He estado saliendo con otra chica desde antes de que volvieras.

—O sea, que todo este tiempo has estado jugando conmigo, ¿con las dos? —Le sostengo la mirada desafiante, aunque en el fondo estoy dolida, a punto de desmoronarme.

—Sí —replica y baja la mirada al piso—, por eso te pedí que lo hiciéramos sin ningún tipo de compromiso y tú estuviste de acuerdo.

Sentí el comentario como una cachetada a mi ego.

—¡Eres un hijo de puta, Jack! —grito frenética, indignada.

Sin más, le doy una cachetada. Jack me mira con los ojos abiertos alejándose unos pasos, totalmente sorprendido ante mi reacción.

—Si te hace feliz que admita que soy un hijo de puta, entonces lo haré; soy un hijo de puta —pronuncia cada palabra con lentitud—, ¿contenta?

—¡Vete a la mierda, Jack! ¡Vete de mi casa, por favor! —vuelvo a gritar señalando la puerta.

—Lo siento, lo siento de verdad —pronuncia antes de salir dando un portazo.

¿De verdad lo sentía? No lo creo.

Aferrada a la cobija corro al cuarto, apago la luz y me desplomo sobre la cama, ya no puedo

contener las lágrimas que luchan por salir. La tristeza que siento en el pecho es opresora e incontrolable.

Acurrucada, pienso en él y al recordar la escena me siento poca cosa. Rechazada.

Mi corazón se contrae, mientras que mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas y no puedo evitar preguntarme, por qué no he sido suficiente para él. ¿Por qué?

Tanteo la mesita de noche, agarro el móvil, los auriculares y me desplazo hasta dar con la canción *Goodbyes* de Post Malone e intento calmarme, recordando las palabras de Frank. «*Eres una Duncan, te mereces a alguien mejor que él*».

—Sí, tienes razón, hermano, soy una Duncan y te juro que no descansaré hasta encontrarlo — afirmo con un hilo de voz, herida en lo más profundo de mi ser.

«¿De verdad existe esa persona?», me pregunto mentalmente dudando de mi suerte.

—¡Kate! —El tono preocupado de mi madre hace que deje de sollozar.

—Mamá —apenas digo tapándome con la cobija.

—Hija, ¿por qué lloras? —Una pregunta que parece sencilla de responder, pero que no lo es. Por lo menos no en este momento. Me gustaría decirle que lloro de rabia, que me odio por haberle entregado mi corazón a la persona equivocada.

—No es nada, mamá. No te preocupes, ya se me pasará.

—Cariño, ¿cómo me pides que no me preocupe cuando te veo en este estado? —Se sienta a mi lado y aparta el cabello de mi rostro—. Te lo preguntaré de otra manera. —Asiento, sin ánimos de discutir—. ¿Jack Calaway, tiene que ver en esto?

Claro que tiene que ver, es el culpable de que mi corazón se haya partido en dos. Suelto un largo suspiro.

—Solo te diré que no quiero volver a saber de él, nunca más. Jack Calaway ha muerto para mí.

# Rutina

Kate

## *Una semana más tarde*

—Tienes que comer, hija, estás en los huesos —repite mi madre cual disco rayado, la misma frase todas las mañanas desde que llegué de Dallas.

Taciturna y ensimismada me pasé la semana después de lo de Jack. Lo único que me reanimaba al despertarme era trabajar en la colección con la que abriría *Runway*. Me encerraba en el antiguo cuarto de Frank, espacio que habilité como atelier en mi época de estudiante, con estanterías para hilos, telas, botones, accesorios, pedrería, agujas, alfileres, patrones, etc., además de la máquina de coser, tres maniqués y un mesón largo que ocupa el centro de la estancia.

Allí, entre tijeras y dedales, me siento protegida, puedo pasarme horas investigando en internet sobre épocas anteriores, ojeo revistas de moda que me sirven como fuente de inspiración y realizo bosquejos en la tablet para las últimas prendas que completarán el repertorio de trajes.

Mi parte perfeccionista me obligaba a marcar una nueva tendencia, ese sello personal que me destacará del resto.

Hoy me he propuesto retomar la rutina; levantarme temprano, correr en la cinta mecánica que mamá tiene en su despacho, tomar una ducha, desayunar y arreglarme con esmero. Ahora más que nunca necesito reunir fuerzas para seguir adelante con mis planes, no dejaré que un chico que no me valora me haga sentir poca cosa y destruya mi futuro.

—Estoy tostando pan y ya he puesto la cafetera —comento—. ¿Quieres una tostada?

—Sí, hija, me comeré una tostada contigo antes de irme al despacho.

Las coloco en los platos, mientras ella se ocupa de servir el café, saco la mermelada y los cubiertos y, nos sentamos en la mesa de la cocina.

—¿Tus hermanos te han dicho algo del proyecto?

—No, aún nada.

—¿Quieres que los llame? —inquire, al tiempo que unta la mermelada de frambuesa por encima del pan.

—No, mamá. No quiero que se sientan presionados. Es mejor que no lo hagas.

—Podría llamarlos y preguntar como cosa mía —insiste.

En ese instante suena su móvil.

—No hace falta, en serio —la tranquilizo.

—Está bien, cariño. Seguiremos esperando.

Se levanta para contestar y yo aprovecho para enviarle un mensaje de texto a Victoria.

**Kate**

*Hola*

**Victoria**

*¿Estás viva? Ya decía yo que, si hoy no dabas señales de vida, le daría parte a las autoridades.*

**Kate**

*Gracias por preocuparte, amiga, pero necesitaba pasar unos días en soledad.*

**Victoria**

*¿Soledad? ¿Es por culpa de Jack?*

**Kate**

*Solo diré que soy una mujer soltera otra vez.*

**Victoria**

*Pues nada, bienvenida al club. ¿Quieres hablar de eso?*

**Kate**

*Por más que me duela aceptar que mi amor no fuera correspondido, he decidido pasar página. No vale la pena.*

**Victoria**

*Bien, me gusta lo decidida que estás. Entonces déjame decirte que se aproxima la fiesta de la revista, no quiero excusas.*

Agradezco que cambie de tema.

**Kate**

*Cuenta conmigo.*

—Hija. —Le quito mi atención al móvil para mirarla—. Son tus hermanos. Agita el aparato desplegando una sonrisa cómplice, me pregunto si ya sabrá la respuesta.

—Hola —saludo, y veo que la llamada es por FaceTime. Max y Frank están sentados uno al lado del otro y, no puedo evitar sentir los nervios en la boca del estómago.

—Buenos días, Kate —saluda Max.

—Hola, hermanita —agrega Frank.

Mi madre se sienta a mi lado para no perderse de nada.

—¿Tienen una respuesta para mí? —inquiero desesperada—. No aguanto este suspense.

—Ni yo —interviene mamá emocionada—. Vamos muchachos, digan algo y no se queden ahí con esas caras serias.

—Bien, será Frank quién les dé la noticia.

No decimos nada.

—Bueno, como ya sabes Kate, nos hemos puesto en contacto con el consorcio que trabajó con nosotros en las instalaciones de *Duncan Games*, son unos profesionales del ramo y confiamos en ellos con los ojos cerrados. —Max hace señas con las manos para que continúe—. Lo primero que les pedí fue que consiguieran un local bien ubicado y desde ese punto partiría el presupuesto.

—Me estás matando, Frank. Dilo de una vez —suplico con los nervios a flor de piel.

—Lo sé, hermanita y no sabes cuánto lo disfruto —replica y despliega una sonrisa maliciosa.

Me provoca hasta el punto de querer atravesar la pantalla y zarandearlo de los hombros, pero eso es imposible, entonces tomo una bocanada de aire y escucho el susurro de mi madre: «no le hagas caso, cariño».

—Hijo, quiero imaginar que esto es gracioso para ustedes los jóvenes, sin embargo, te ruego que no me hagas perder el tiempo, por favor.

—Lo siento, mamá. —Se aclara la garganta, parecía avergonzado—. Kate, hemos decidido apostar por *Runway by Kate*, a partir de este momento tienes carta blanca.

Me quedo sin aliento, con las palabras atoradas en la garganta.

—Felicitaciones, hermana —pronuncia Max—. Bienvenida al mundo de los negocios.

—Por favor, no bromeen conmigo —demando, cuando al fin gesticulo.

—Es en serio, Kate —asegura Max.

Mamá me abraza, mientras las lágrimas brotan de mis ojos por la felicidad.

—No sé qué decir...

—Podrías decir gracias —interviene Frank con ironía.

—¡Suficiente, Frank! —Max lo amonesta.

—Déjalo, Max —le pido, al recuperar la calma y verlos a punto de pelearse por mi culpa—.

Frank, tiene razón, gracias es lo mínimo que puedo decir. Muchas gracias, hermanos, por darme esta oportunidad.

—¿Lo ven? Al fin alguien en esta familia con sentido común.

—¡Frank! —Gritamos todos al unísono antes de echarnos a reír.

Max se despide y nos quedamos hablando Frank, mi madre y yo, ultimando detalles legales para que el atelier pueda funcionar en toda regla.

—Tengo mucha suerte de poder contar con ustedes.

—Pues entonces aprovéchala al máximo.

—Eso haré, Frank, no te preocupes.

Mi madre se despide de los dos para salir a la oficina, mientras yo sigo haciéndole preguntas a mi hermano de cómo hacer para comenzar a emplear personal. Ahora más que nunca necesito un grupo de costureras que bajo mi supervisión comiencen a trabajar en los diseños de la colección.

—Te enviaré todo lo que necesitas en un correo electrónico y en cuanto mamá te dé el ok de que todo está en orden, entonces lo único que resta es ponerte manos a la obra. Pero como mínimo necesitas tener un asistente.

—¿Tú crees?

—No solo lo creo Kate, te lo aseguro, va a ser imposible para ti estar encima de todo. Ahora más que nunca debes aprender a delegar responsabilidades.

Asiento con la cabeza y de inmediato tomo nota para no olvidar nada de lo que ha dicho.

## *Esa misma noche*

Después de tomar una ducha, me tumbo en la cama y me pongo a revisar el móvil, tengo veinticuatro correos electrónicos, pero solo uno llama mi atención, el que reza: «*Consortio RIFES*». Con las manos temblándome de la emoción, hago clic y lo leo.

Para: Kate Duncan

De: Preston Rife

Asunto: *Consortio RIFES*

Hola Kate, primero que nada, quiero presentarme, mi nombre es Preston Rife y soy el arquitecto encargado de *Runway*.

Trabajo para el *Consortio RIFES* desde hace ocho años y estoy realmente encantado de asumir este nuevo reto. He adjuntado una carpeta con la información de mis más recientes proyectos para, que te hagas una idea de mi experiencia.

De más está decir que puedes contactar conmigo a través de este correo electrónico y, si algún día deseas visitar nuestras sucursales, debes saber que tenemos dos: la sede principal que se encuentra en Londres y la segunda en Manhattan, Nueva York.

Atentamente.



Preston Rife.

Presiono el aparato contra mi pecho sonriendo con amplitud y vuelvo a sentirme yo otra vez. Ahora solo me falta contarle a Colette lo de *Runway* y empezar a contratar personal.

# Local

Kate

## *Al día siguiente*

Me despierto más temprano de lo habitual, la emoción de saber que al fin todo comienza a marchar sobre ruedas me mantiene ansiosa. Agarro el móvil que descansa cargándose en la mesita de noche y me dispongo a releer el mensaje del arquitecto, pero en cuanto me desplazo por los correos electrónicos veo que me ha enviado otro hace una hora, ¿a las cuatro de la mañana?

Me pregunto si será hora de Londres o de Nueva York.

Para: Kate Duncan  
De: Preston Rife  
Asunto: Local

Buen día, Kate.

Ya tenemos local. Está situado en una cuadra muy concurrida. Es un lugar espacioso, de techos altos y grandes ventanales, al final del correo e incluido la dirección para que vayas a visitarlo esta misma tarde, si es posible. Así que cuando vayas no quiero que te asustes de como luce por fuera, estoy al corriente de que su aspecto es un tanto siniestro. He ido a comprobarlo con mis propios ojos. Por eso, hago hincapié, en que solo te fijes en su locación y lo amplio que es.

Tiene mucho potencial.

Quiero que sepas que desde que Frank se puso en contacto conmigo, he estado trabajando en el diseño de lo que será el futuro atelier, pero deseo que seas tú la que marques las pautas en cuanto a las necesidades del local. Con «pautas», me refiero a esos detalles que deben ser cubiertos.

Por ejemplo, cuantos probadores, baños, salones privados, taller de costura y depósito quieres que tenga y su ubicación dentro del mismo.

Imagino que querrás tener un pequeño despacho privado. En fin, todo ese tipo de cosas.

¿Si me explico?

En esta parte del proceso vamos a trabajar codo a codo. Cada nueva idea que se te ocurra; ya sea incluir o desechar cualquier cosa, no dudes en enviarme un email, ¿de acuerdo?

Déjame saber la hora en la que irás a visitar el local, para que mi colega, Mathew, espere por ti.

Saludos cordiales.

Preston Rife

Se me escapa un grito de la emoción, mientras me aferro al móvil sonriendo, todavía no puedo creer lo que estoy viviendo, en cuanto verifico la agenda del día en el móvil, salto de la cama para escribirle.

Para: Preston Rife  
De: Kate Duncan  
Asunto: Hoy mismo.

Buenos días, Preston.

Esta misma tarde, a eso de las tres, pasaré sin falta por el local.

Hoy mismo te daré mis impresiones. Espero enamorarme.

Encantada de conocerte.

Kate Duncan.

Al terminar con el correo quedo con mi madre y Victoria, en vernos en la dirección que me ha facilitado Preston. Luego, ocupo las siguientes horas en la habitación de Frank y, a eso de las dos decido cambiarme de ropa para ir a visitar el local.

A las tres en punto, me alisé la falda y arreglé la blusa al bajarme del taxi frente a la horrible fachada de concreto. De inmediato rememoré las palabras del arquitecto; «*su aspecto es un tanto siniestro*», solo rezaba para que no estuviera equivocado.

Sacudí la cabeza apartando mi lado negativo. Debía concentrarme en el interior, ya se encargaría él, que era un profesional, en darle el atractivo necesario para que luciera como una encantadora boutique de alta costura.

—¡Kate! Por acá —grita Tori agitando la mano junto a mi madre.

—Gracias por venir —apunto, antes de saludarlas con un beso y un abrazo.

—Hija, no me puedo quedar mucho tiempo, debo volver a la oficina para terminar con unos documentos —expresa mamá, al tiempo que se acomoda el bolso Prada de piel negro en el antebrazo.

Modulo un «gracias», sin emitir ningún sonido y, al ver el rostro rebosante de alegría de Tori, supe que ella sí se quedaría hasta el final.

—Parece que hay alguien en el interior del local —comenta mi amiga en tono cantarín.

—Será mejor que llamemos a la puerta —sugiero.

Las tres intentamos ver a través del cristal, pero era imposible, la capa de mugre es muy densa.

—¡Adelante! —exclama con fuerza un hombre alto, de cabello castaño y piel blanca, al abrir la pesada puerta de doble hoja de par en par—. Una de ustedes debe ser Kate, Kate Duncan.

—Sí, soy yo. Encantada —digo y, me estrecha la mano con profesionalismo.

—Puedes llamarme, Mathew, soy el asistente del arquitecto, Rife, en este proyecto. —Asiento con la cabeza, comprobando que tanto mi madre como Victoria recorren el espacio—. Por favor, quiero que camines por la estancia y uses tu imaginación. Sé que es difícil al ver lo sucio y destartalado que se encuentran las instalaciones, pero eso no debe preocuparte.

—Lo intentaré —comento con desconfianza—. ¿Qué se supone que era este lugar antes de cerrar?

—Una fábrica de juguetes.

—Ya...

Miro en todas las direcciones, apreciando la luz del sol que se filtra a través de los ventanales de cristal, iluminando la amplia estancia.

—¡Por Dios! Una fábrica de juguetes —repite Tori—, no es por nada, pero suena a película de terror —añade, soltando una carcajada.

—Pues a mí me gusta, el espacio es fenomenal y la ubicación increíble —añade mi madre con frescura al llegar junto a mí—. Aprobado.

Le devuelvo la sonrisa y me dejo abrazar.

—Es bastante grande. —Intento concentrarme para imaginar dónde ubicaría la pasarela.

—Bueno, hija, te dejo en buenas manos. —Le lanza un beso a Tori y, le hace una seña para que se acerque—. Me marchó, cariño...

—¿Tan deprisa?

—Sí, lo siento. Tengo una junta en menos de una hora y si no me voy ahora mismo no llegaré a tiempo. Por cierto, los documentos estarán listos esta misma semana. Te sugiero que comiences a entrevistar candidatas.

—Mamá, todo está saliendo muy rápido, eso es maravilloso.

—Lo sé, lo sé, hija querida.

Se despide de ambas con afecto antes de salir apurada.

Tori, al percatarse de mi cara de felicidad, me toma de la mano esbozando una enorme sonrisa.

—¿Qué te dijo tu madre que te has quedado con esa cara?

—Me ha sugerido que comience a entrevistar candidatas para que trabajen en la tienda. ¿No te parece suficiente?

—Es super emocionante, amiga. —Me toma de la mano y me arrastra—. Kate, lo he visualizado todo. Ven conmigo.

—Chicas, estaré fuera —nos avisa Mathew—, debo tomar una llamada.

Lo despedimos con un escueto «aquí estaremos» y seguimos en lo nuestro.

—Por aquí al fondo puedes ubicar el taller de costura —explica—, del lado opuesto, los probadores.

—Sí, y de este lado —sigo yo y, me muevo un poco hacia el frente—, podría estar la pasarela. —Camino con soltura hasta la puerta de la entrada señalando las diferentes zonas—. Las vitrinas de cada lado de esta puerta. —Suelto un suspiro—. Que se sienta amplio, limpio y moderno.

Nos quedamos observando el piso, las paredes y luego alzamos la cabeza para mirar el techo, es alto, muy alto. Lo atraviesan varias vigas de madera y hierro forjado que le dan un aspecto orgánico, de buena vibra.

—¿Crees que te dejarían construir una segunda planta?

Su pregunta me da una idea. La segunda planta la podría utilizar como depósito, lugar de descanso o lo que fuera. Incluso hasta podría ser mi propio lugar para vivir.

—No lo sé, aunque me gusta esa idea. Sería cuestión de preguntárselo al arquitecto.

—Sabes que soy de las que piensan que se deben aprovechar los espacios al máximo.

—Lo sé. ¿Te imaginas que pueda usar la segunda planta para mi uso personal? ¿Mi propio apartamento?

—Sí, sería fantástico, Kate. No pierdes nada con preguntar.

—Lo haré, esta misma noche le enviaré un email al arquitecto.

Nos abrazamos, estoy emocionada y con las lágrimas a punto de salir de la felicidad que me embarga.

—Kate, yo también quiero ayudarte. Cuenta con mi visión en el campo de la decoración. Va a quedar fenomenal. Solo imagina este lugar en colores claros: blanco, dorado y marfil. Luciría limpio y sofisticado —agrega al separarnos.

—Gracias, amiga. No sé qué sería de mi vida sin ti. —Volvemos a abrazarnos.

—Cuéntame, Kate. ¿Te gusta el local? —inquire Mathew al entrar con el móvil en la mano.

—¡Me encanta! —exclamo, mientras lo recorro por segunda vez.

—Le encanta —repito mi respuesta a su interlocutor. Y yo solo me puedo imaginar que habla con él, con el arquitecto. Con Preston Rife.

Esa misma noche, después de cenar con mi madre, me acuesto en el sofá de la sala con el

móvil en la mano, lista para plasmar en un correo electrónico, lo que sentí en el local.

Para: Preston Rife  
De: Kate Duncan  
Asunto: Me he enamorado

Querido arquitecto.

Te cuento que la visita al local fue todo un éxito, es más, podría asegurar que me he enamorado.

- Enamorado de la altura del techo, de las vigas de madera y del hierro forjado.
- Enamorado de la gran puerta de doble hoja, que le da ese aire de «*Boutique Vintage*», sin mucho esfuerzo.
- Enamorado del amplio espacio.

Te dejo la lista de mis necesidades para que las tengas en cuenta:

- Dos baños.
- Una pasarela.
- Cinco probadores.
- El taller de costura.
- La tienda.
- Dos amplias vitrinas que enmarquen la puerta.
- Un depósito.

¿Me preguntaba si sería posible una segunda planta?

Me quedo a la espera de tu respuesta a punto de comerme las uñas, te ruego que no tardes en responder.

Atentamente.

La diseñadora de modas.

Kate Duncan.

# En Marcha

**Kate**

*A la mañana siguiente*

El sonido de la notificación de que he recibido un email me despierta, adormilada busco el móvil y lo reviso.

Para: Kate Duncan  
De: Preston Rife  
Asunto: Ya somos dos

Buenos días, querida diseñadora.  
¿Estás? ¿Tienes tiempo para chatear por mensaje de texto?  
Adjunto el número de teléfono al final.  
Saludos.  
Preston Rife.

¿Dijo chatear?, ¿en serio?, me quedo leyendo el mensaje sin saber qué responder, miro la hora en la que lo envié, es de hace diez minutos y sin saber por qué, me emociona la idea de poder tener la oportunidad de comunicarme con él de manera inmediata, aunque hubiese preferido una llamada.

Para: Preston Rife  
De: Kate Duncan  
Asunto: ¿Chatear?

¿En serio me has preguntado eso? ¿No es más fácil si me haces una llamada por FaceTime?  
Bueno, contestando a tu pregunta, sí, tengo tiempo.  
Dame unos minutos y te escribo un texto.  
Respondiendo a tus saludos...  
Kate Duncan.

Salgo de la cama y me voy al baño para aseoarme, luego me dirijo a la cocina por una taza de café y me siento en el taburete con el móvil en la mano.

**Kate**

*Hola, arquitecto.*

**Preston**

*Hola, diseñadora, gracias por acceder.*

**Kate**

*Te repito la pregunta del correo. ¿No es más fácil si me haces una llamada por FaceTime?*

**Preston**

*Sí, estoy de acuerdo en que sería más fácil lo que me propones, pero ahora mismo me encuentro en una pesada reunión de negocios y creo que haría un poco el ridículo si hago esa llamada. Por otro lado, me*

*alegra que el local llene tus expectativas.*

*Coincido con el encanto de la pesada puerta de doble hoja y las vigas del techo. Espero que también hayas podido notar la iluminación que penetra, es simplemente orgánica.*

Me quedo mirando la pantalla pensando en cómo responderle.

**Kate**

*Es una verdadera pena que tengas que asistir a esa aburrida reunión y, digo pena, porque te has perdido mi cara de sorpresa al leer la expresión «simplemente orgánica», me has arrancado una sonrisa y eso en estos tiempos es una tarea difícil.*

**Preston**

*Me hace feliz el hecho de hacerte sonreír y, ahora que me has dicho que hacerlo es una tarea difícil, le doy más mérito a mi hazaña.*

*Con respecto a la lista tengo que hacer una acotación, algo que no puedo dejar pasar porque me causa mucha curiosidad.*

*¿Acaso le tienes fobia a los números? ¿O es que tienes una fascinación con los puntos de enumeración?*

*Ah, y no te preocupes que haré lo imposible por incorporar todas las necesidades que has pedido.*

**Kate**

*Contestando tu pregunta acerca de mi debilidad, favoritismo o fascinación hacia los puntos de enumeración, debo admitir que estás en lo cierto. Sufro de un apego enfermizo e incontrolable por ellos.*

*Espero que mi respuesta aclare la duda.*

*No obstante, querido arquitecto, tengo que hacerte un reclamo, ¿qué hay de la respuesta a la pregunta de construir una segunda planta?*

*Sigo esperando con ansias.*

**Preston**

*He soltado una carcajada al leer la expresión de «apego enfermizo e incontrolable», en medio de la reunión. Creo que me he metido en problemas, espero que no me cueste mi puesto de trabajo, de todas maneras, quiero que sepas que aprecio tu sinceridad.*

*Volviendo al tema de la respuesta acerca de la posibilidad de construir un segundo piso, ¿podría saber para qué querrías usar el espacio? No es una curiosidad personal, te lo aseguro.*

Me rio abiertamente, este hombre sabe cómo alegrarme sin mucho esfuerzo.

**Kate**

*Tu aclaración me hace dudar, sin embargo, no tengo nada que esconder.*

*El espacio me gustaría usarlo para uso personal, me explico, una especie de miniapartamento que contenga lo básico; un cuarto, cocina, área común y baño.*

**Preston**

*Muy bien, no hay problema. Cuenta con ese «miniapartamento».*

*Ah, antes de que me despida, la razón por la que he querido que hablemos es para que sepas que, a partir de hoy mismo comienzan a trabajar en la obra.*

*¡¡¡Felicidades!!!*

## *Un mes más tarde*

Los días se me pasaron volando, ocupé las semanas entre la sugerencia de mi madre y las recomendaciones de Frank. Llamé a una agencia de empleo, que me aseguró conseguirme siete candidatas para la posición de costurera, cinco para la posición de asistente personal y, diez para la posición de encargada y empleadas del atelier.

A falta de oficina las cité en el Starbucks cerca del apartamento y, gracias a Victoria y sus contactos encontré un local en Brooklyn, que me alquilaron con las máquinas de coser incluidas para así comenzar a confeccionar las prendas.

—Buenos días, hija. ¿Cómo amaneciste? —me saluda mi madre al entrar en el antiguo cuarto de Frank, con una taza humeante en las manos.

—Bien, mamá. Con mucha energía —respondo, al tiempo que alzo la vista del carrito de hilo—. Con decirte que estoy despierta desde las cinco de la mañana.

—¿Haciendo qué cosa, cariño? —Me acaricia el cabello para luego darle un sorbo a la taza de café.

—He terminado la última pieza de la colección.

—Eso es maravilloso. —Me levanto y, busco el vestido de noche que acababa de colgar para enseñárselo.

—Kate, es hermoso. Muy elegante. —su voz se quiebra al pronunciar la última palabra.

—¿Qué te pasa, mamá? —le pregunto con afecto.

—Es que estoy feliz de verte tan animada, como antes.

—No llores, por favor —le pido, pasando los dedos por sus mejillas limpiándole las lágrimas.

—Lo siento hija, pero no puedo evitar preocuparme por ti.

—Pues ya no tienes nada de qué preocuparte. Estoy bien, mamá —le aseguro acunando su rostro.

—Estoy muy orgullosa de ti Kate, te has convertido en una mujer responsable, emprendedora y capaz.

—Gracias, mamá. Sabes que te adoro. —La abrazo por la cintura, las dos somos del mismo tamaño y muy parecidas en el físico, o, por lo menos, eso es lo que todos dicen.

Sin embargo, me siento mal por haberla preocupado todo este tiempo, mamá necesita una pareja con urgencia, no me quiero imaginar cómo se pondrá cuando se entere de que pienso mudarme.

—Y yo a ti, cielo —pronuncia al separarnos—. Por cierto, ¿cómo vas con el tema de las entrevistas?

—Muy bien, ya las tengo pautadas, con decirte que encontré un lugarcito en Brooklyn para alquilar con las máquinas y los mesones incluidos. Si todo sale bien esta misma semana comienzo con las costureras.

—Eso es maravilloso, hija, ¿y el local cómo va?

—Muy adelantado. El mes que viene tengo la cita con la decoradora.

El timbre del teléfono de la cocina suena y nos sobresalta.

—Genial, deberías pedirle a Victoria que te acompañe —comenta, mientras sale del cuarto para atender.

Vuelvo mi atención a la taza de café que mamá puso sobre el mesón y, me siento en la butaca pensando en todo lo que ha cambiado mi vida estas últimas semanas: el proyecto de *Runway* está en marcha, la colección está terminada y en cuestión de días contaré con la ayuda necesaria para hacer de este sueño una realidad.

—Hija, llamó tu padre. —Aparto los ojos de la taza y la miro. Siempre me preocupo por él, al no poder verlo a diario como antes.

—¿Todo bien?

—Sí, te manda decir que viene este domingo. Mencionó algo de una cafetería. ¿Te suena?

Asiento al recordarlo, se me había olvidado mi encuentro con papá. Él viaja desde Cambridge, Massachusetts, cada dos semanas para visitarme.

Cuando mis padres se divorciaron yo apenas contaba con dieciséis años, siendo la más chica



crecí muy apegada al concepto de familia unida. Ambos aparentaron por años que conformaban un matrimonio feliz, incluso frente a nosotros. A mamá le convenía para asegurar su puesto en el bufete y hacerse socia. Siempre nos han enseñado que la imagen lo es todo en la vida, que somos unos Duncan y que le debemos respeto al apellido de nuestro padre, de hecho, ella lo sigue llevando. Papá por su lado, se pasa los días enseñando en Harvard, como buen profesor, se caracteriza por ser bohemio, le gusta la música clásica y la ópera, además de ser un hombre de pocas palabras, las justas.

—Sí, claro que me acuerdo. Gracias.

—Bueno, me tengo que ir. —Se acerca y me da un beso en la coronilla—. No trabajes mucho, cielo.

No la pierdo de vista al ver, que lleva puesto uno de los tantos conjuntos que he diseñado exclusivamente para ella. Luce increíble enfundada en una falda de tubo de cachemir y chaqueta a juego en negro, muy sobrio.

—Tú tampoco, te quiero.

# Home Magazine

## Kate

### *Días más tarde*

—Hasta que al fin abres —se queja Tori, cargada de paquetes y bolsas.

—Lo siento, amiga. Estaba ocupada en el cuarto de Frank, desde ahí es difícil escuchar cuando llaman a la puerta —la saludo, con un beso en la mejilla—. Adelante, por favor.

—¿Cómo has estado?

—Ocupada. —Cierro cuando termina de entrar—. Estoy recogiendo los patrones y embalando las piezas de la colección para poder replicarlas en el taller.

—¿Ya empezaron a trabajar las costureras en el taller? —Deposita todo sobre la mesa del comedor, dejando una percha en sus manos.

—Comienzan la semana que viene —me detengo a su lado—. Dime algo, ¿se puede saber qué es todo esto?

—Te traje un regalo —declara y, frunzo el ceño sin entender.

—Hoy no es mi cumpleaños.

—Lo sé —sonríe con amplitud—. Pero vamos a pretender que lo es, nos cambiaremos juntas y saldremos a celebrar.

Suelto una carcajada.

—No se te olvide que en una hora tenemos la reunión con la decoradora, en las oficinas del consorcio Rifés.

—Lo sé, por eso me he traído todo de una vez, en lo que terminemos con ese compromiso, vendremos a cambiarnos.

—¿Y si no me gusta el traje que elegiste? —Me encantaría tener una buena excusa para no ir, estoy agotada.

—¡Tonterías! —exclama con alegría, dejándome saber que no aceptará un no como respuesta, bajando el cierre de la funda—. Con este Chanel te verás de ensueño. ¿Verdad que es precioso?

Mis ojos vuelan a la fabulosa prenda, es un vestido negro, precioso. Diseñado en un tejido abierto y delicado, el talle ceñido al cuerpo con las mangas largas, lo que lo hace aún más elegante, de falda amplia y adornado por un grueso cinturón de la misma tela con un bordado hecho a mano y pedrería.

—Es exquisito...

—Y no has visto la mejor parte... —Se mueve al otro extremo de la mesa para extraer algo de una caja de terciopelo—. Un bolso de mano a juego, ¿verdad que es una monada?

Mis pies se mueven solos, como si hubiera caído bajo los efectos de un hechizo y no se detienen hasta que la sostengo entre mis manos.

—Totalmente —admito, acariciando el bordado a mano—. ¿Y qué se supone que estamos celebrando?

—Hoy es la fiesta de la revista *HOME* y me aseguraste que no me pondrías excusas para acompañarme.

—Cierto.

\*\*\*\*\*

A las cuatro en punto salíamos del taxi frente al complejo de oficinas. En el alto edificio de estructura moderna y cristal, se exhibía el nombre del consorcio en grandes letras plateadas: RIFES.

La mujer madura tras el lustroso mostrador de esmalte negro del vestíbulo se puso de pie. Lucía un peinado *vintage* y los labios pintados de rojo sangre, por un momento me sentí tentada en preguntarle quién era su asesor de modas, pero me contuve.

—Hola, buenas tardes, soy Kate Duncan y tengo una cita con Marie Hunter, en el departamento de decoración.

—Buenas tardes, ¿la señorita, viene con usted? —se refiere a Victoria.

—Sí —afirmo.

—Entonces, pueden tomar asiento. —Aparta el contacto visual y luego alza la bocina.

Tori me hace una seña para que observe la estancia, decorada con buen gusto, sillas modernas encima de una moqueta blanca, un par de mesitas de cristal a cada lado, en donde descansaban revistas de arquitectura y colgadas en las paredes, fotografías de impresionantes edificaciones con las fechas en las que fueron construidas. Todo daba la impresión de orden y elegancia.

—Marie Hunter, la está esperando —explica la mujer, rodeando el mostrador—. Síganme. Por favor.

Comparto una mirada de complicidad con Tori al toparnos con el nombre de Preston Rife, colgado sobre una placa en una de las puertas al costado del pasillo. Le hago señas para que avance mientras me detengo, miro a los lados y entro. Su despacho es enorme, apenas dos paredes están revestidas de un tapiz azul claro, mientras las otras son de cristal por donde entra abundante iluminación.

Llama mi atención un escritorio atestado de planos y documentos y, del otro lado se encuentra una gigantesca mesa de dibujo, a un costado de la puerta descansa un sofá de tres plazas en gris claro, del otro una repisa desprovista de fotos. Desilusionada al no poder descubrir su apariencia, me dispongo a salir en lo que me volteo, un bloque de notas adhesivas llama mi atención, tomo un bolígrafo que yace a su lado y escribo una tontería, luego salgo y a pasos agigantados me uno a Tori sin ser pillada.

—Disculpe, ¿usted podría decirme si el arquitecto se encuentra en el edificio? —La mujer se detiene para responderme.

—El arquitecto salió hace un momento a revisar una obra en Manhattan.

—Es una lástima que no esté, me hubiese gustado hablar con él. —No sé por qué siento la necesidad de explicarme—. Tal vez le suene un poco atrevida la pregunta que le voy a hacer... —Me sonrío con curiosidad entrecerrando los ojos.

—Pregunte lo que desee, si está en mis manos, le daré la respuesta.

—Verá, es simple curiosidad —suelto un suspiro antes de hacerla. Porque mientras más me comunico con él, más son las ganas que siento de conocerlo en persona—. ¿Es el arquitecto un hombre mayor? —Me sonrío complacida, por la expresión de su rostro deduzco que no soy la primera en preguntarlo.

—¿Usted se refiere al arquitecto, Preston?  
—Sí, Preston Rife.  
—Ya, solo le diré que es un hombre joven y apuesto.  
«¡Bingo!», pienso para mis adentros.

## *En la Fiesta*

—Es barra libre, aprovecha —comenta Tori en tono maternal, como si esta fuera la primera vez que asisto a este tipo de fiestas—. Pásala bien, Kate. Necesitas salir de la rutina, respirar aire fresco, socializar, tomarte un cóctel o dos. ¿No te parece? Hay mucho por que celebrar.

Se refiere a la reunión con Marie, la decoradora, una británica simpática y profesional, que se encargó de sugerir varias ideas con respecto a las luces y las estanterías. Victoria y ella estuvieron de acuerdo con la paleta de colores que seleccioné, abarcando el piso, las paredes y el techo. Además de los azulejos que irían en el baño.

—Sí, tienes razón —conuerdo con ella, observando en todas las direcciones buscando algún conocido—. Trataré de integrarme, no te preocupes por mí. Anda y cumple con tus obligaciones.

No puedo negar que estar en esta fiesta es una buena oportunidad para hacer contactos.

—Bueno, estaré vigilando a la distancia y en lo que pueda escaparme de mi jefa vendré a hacerte compañía. ¿De acuerdo? —Asiento con la cabeza, antes de verla perderse entre la multitud.

—Un *Cosmopolitan*, por favor —le ordeno al barman, sacando el móvil de mi pequeña y adorable bolsa de Chanel.

Reviso el móvil con la esperanza de encontrar un mensaje del arquitecto. Tengo ganas de hablar con él, contarle lo de mi reunión de esta tarde y agradecerle que todo esté quedando tan bonito, pero al mismo tiempo dudo en hacerlo, no quiero ser yo la que lo busque, como lo hice muchas veces con Jack, no deseo repetir los mismos errores.

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias.

Me llevo la copa a los labios, para probar el delicioso cóctel admirando el ambiente. Todos los años la revista *Home* se viste de gala para la celebración de su aniversario, se reúnen conocidos fotógrafos, modelos, estrellas de Hollywood e importantes personalidades del mundo de la decoración. Solo esperaba no tener que toparme con Jack, eso sería el colmo de mi mala suerte.

—¡Kate! —escucho una voz femenina que me llama—. ¡Aquí, Kate! Ven por aquí.

Me hace señas una pelirroja al final de la barra, tomo la copa y me dirijo a ella con una sonrisa, siempre es bueno encontrarse con caras conocidas.

Especialmente si son amigas de la infancia.

—Madison —la saludo con un abrazo.

Madison Webber es una famosa fotógrafa en Manhattan, antigua vecina y buena amiga de mi hermano Frank.

—Estás preciosa, Kate, date la vuelta para apreciar el vestido. —Me giro con coquetería, sin imaginarme que alguien más me observaba—. Es un Chanel de la última colección —afirma, mientras me toma de las manos—. Deberías ser modelo, siempre te lo he dicho. Con el tamaño y la figura que te gastas ya estarías desfilando en las pasarelas de París —suelta de un tirón, con una

energía impresionante.

—Me lo has dicho muchas veces, pero que va, esa no es una opción para mí, prefiero ser yo la que vista a las modelos. De todas maneras, te agradezco el cumplido —comento, llevándome una mano al pecho.

—Hablé con Frank hace unos días y, me enteré de que estás por abrir tu propia casa de modas. —Siempre he fantaseado con que algún día se enamoren. Harían una pareja preciosa.

—Es cierto Maddy y, necesito de tus sabios consejos.

Le cuento que necesito organizar unas fotografías, publicidad, un desfile de moda privado y todo lo que conlleva la contratación de modelos y personal capacitado.

—¡Felicidades, Kate! Eso que me cuentas es maravilloso —exclama y, nos abrazamos emocionadas.

—Gracias, Maddy.

—Cuenta conmigo. Tengo un catálogo de modelos que te servirán para el desfile de la apertura. Podemos hacer la audición en mi estudio, si te parece bien.

—Me parece perfecto, todavía faltan unos meses para que me entreguen el local.

—Entonces no se hable más. ¿Hecho?

—Hecho, de verdad te agradezco la ayuda.

—No es nada. Por cierto —dice, al tiempo que vuelve a tomarme las manos y, al estudiarlas unos segundos agrega—, ¿dónde está el anillo de compromiso? —Entrecierro los ojos extrañada, ¿de qué anillo me habla?

—¿Anillo de compromiso? —repito como una idiota al no entender.

¿Será una broma de mal gusto? ¿Acaso Nicole no le ha contado que Jack ha terminado conmigo? Aunque no es propio de ella.

—Lo siento, Kate, creo que estoy siendo un poco impertinente, no pensé que sería un secreto. —Niego con la cabeza.

—¿Qué secreto, Maddy? No entiendo.

—El otro día, mientras estaba estudiando unas imágenes en el estudio, escuché a unas modelos murmurar algo acerca de Jack y su reciente compromiso —explica y, clava los ojos en mí—, y tú, Kate, eres la única novia que le conozco.

Me llevo la copa a los labios sin saber qué decir, me he quedado en blanco, como si alguien me hubiera borrado la memoria, por otro lado, no quiero que Madison se sienta incómoda, ella no lo ha dicho para molestarme. Me bebo la bebida de un solo trago y me armo de valor para contestarle.

—Jack terminó conmigo hace dos meses.

La miro y siento el estómago revuelto, no me puedo creer lo que ha dicho, ¿Jack comprometido?

Quiero salir corriendo o, mejor aún, que la baldosa debajo de mis pies se abra y me escupa en otro lugar donde nadie me conozca, sin embargo, nada de eso pasa y, me veo en la obligación de enfrentarla, disimulando lo mejor que puedo el dolor que me causa.

—Oh, cuanto lo siento, Kate —pronuncia incómoda. No quiero que sienta lástima de mí, mucho menos por ese motivo tan humillante.

—No te disculpes, por favor —le pido serena.

—Claro que me disculpo, me siento como una mierda por hacerte sentir mal. Jamás me lo perdonaré. —Fuerzo una sonrisa para quitarle hierro a la situación. No tiene caso explicarme.

—Hablo en serio, Maddy, no pasa nada. Incluso me siento feliz por él —miento.

—¿De verdad, Kate? —Asiento con la cabeza—. No sabes el peso que me quitas de encima.

—¡Madison! —La llama un moreno con barba desde la barra y yo. me siento librada de continuar hablando de ese tema.

—Bueno, tengo que dejarte, Kate, no quiero que mi cita se sienta abandonado.

—Claro, por supuesto que no.

—Mañana te llamo y nos ponemos de acuerdo.

Al verla alejarse, miro la copa vacía y decido ordenar dos *Cosmopolitan*, porque con uno no tendría suficiente para digerir la noticia del compromiso de Jack.

Mientras observo al barman preparar los cócteles, evoco palabras sueltas de la conversación que mantuve con Madison. «Anillo». «Compromiso». Y una frase que creí por meses era verdad: «La única novia que le conozco eres tú», he sido tan ingenua...

—Dos *Cosmos* para la señorita —me habla el hombre sacándome de mis pensamientos.

—Gracias —replico, posando mis ojos en el intenso color rojo de la bebida.

Me tomo la primera en tres sorbos, con la absurda certeza de que refugiarme en el alcohol es la mejor opción que tengo esta noche para no desplomarme. Determinada, agarro la segunda copa y, me desplazo por un pasillo que conduce a la terraza, con la esperanza de que el aire fresco aclare mis ideas.

Entonces pasa lo que he estado evitado estos dos últimos meses, volver a verlo. Me quedo paralizada en lo que nuestras miradas se cruzan, Jack Calaway está aquí, viste un traje de Hugo Boss de tres piezas en un sobrio gris plomo. Anda solo, luce elegante y distinguido, como nunca lo he visto.

Me reprocho mentalmente porque no puedo evitar que el corazón se me acelere y por mi debilidad para con este hombre al que no le importo, es más, debería odiarlo por partirme el corazón, por haberme traicionado con otra y por comprometerse en menos de tres meses, sin tener el gesto de avisarme. Aunque por desgracia, no lo hago.

Estas últimas semanas me he esforzado por actuar con normalidad delante de mi familia y amigos, pero cuando me quedo sola, no puedo evitar recordar la cruel manera en la que él terminó conmigo, la escena se repite una y otra vez en mi cabeza. Por más que deseo borrar ese recuerdo, me es imposible, cada día sigo cuestionándome: ¿en qué fallé?, ¿qué tiene esa mujer que a mí me falta?

¡Oh por Dios! Soy patética, lo sé.

Me sigo acercando y, por la manera en la que me sostiene la mirada, quiero pensar ingenuamente que ha venido por mí. Quiero con desespero creer, que se ha arrepentido por lo que me hizo, que este tiempo le ha servido para recapacitar y, que lo del compromiso es solo un chisme malintencionado.

Mi emoción dura poco, de repente aparece una rubia platino de cabello corto, facciones perfiladas y cuerpo de guitarra, que se sitúa a su lado tomándolo de la mano.

—Siento haberte dejado solo, cariño, pero es que me perdí al salir del baño —le dice la mujer, sonriendo.

—No pasa nada —le contesta, desviando la mirada.

A pesar de todo, sigo caminando y, cuando estoy a unos pasos de él, observo en cámara lenta cuando la rodea con un brazo por la cintura para presentársela a un hombre que se acerca a ellos.

—John, quiero que conozcas a mi prometida.

Me detengo en seco al escuchar la palabra: «prometida», lo que confirma que el chisme que escuché Madison es cierto. De pronto, siento que la sangre me hierve en las venas, que me falta el

aire y que si no me apuro en salir a tomar aire fresco puede que me desmaye frente a ellos.

Mis ojos se empañan y me debato entre: unirme a un grupo de gente que viene a mis espaldas o arrojarle el contenido de la copa en la cara. La duda me invade, giro el rostro hacia la izquierda y alcanzo a ver a Victoria, no puedo hacer un espectáculo en este lugar. No me lo perdonaría jamás.

«Date tu puesto Kate, ese hombre no vale la pena», me repito como un mantra en plan terapia.

Volteo hacia el lado contrario y nuestras miradas se cruzan otra vez, considero hablarle para pedirle explicaciones, pero recuerdo las palabras de Frank: «Eres una Duncan, te mereces un hombre mejor que él».

Respiro profundo negando con la cabeza, desesperada por salir. Entonces, tomo una decisión, aprovecho el grupo que pasa a mi lado y me mezclo entre ellos.

—¡Penélope! ¡Penélope! —pronuncia una voz profunda a mis espaldas.

Tomo una bocanada de aire con el firme propósito de calmarme y, cuando me giro, vuelvo a quedarme sin aliento al ver al hombre del Rolex, el que conocí en el vuelo de regreso a Nueva York, que se acerca con paso decidido.

—Creí que te había visto hace un rato en la barra. Sabía que eras tú, Penélope. Que agradable sorpresa.

Derek, está parado frente a mí luciendo un traje de chaqueta de Tom Ford, muy parecido al que le ayudé a escoger a Max, con la única diferencia de que este es azul oscuro.

—Derek —apenas articulo al mirarlo directo a los ojos, sintiendo una extraña tranquilidad, mientras él sonríe rebosante de alegría.

—Me complace saber que me recuerdas.

Lo repaso y noto que su barba es un poco más densa, volviéndolo aún más interesante y seductor.

—Recuerdo que me pediste goma de mascar —entrecierro los ojos—, y que eras algo curioso. —Suelta una carcajada divertido.

—Eso quiere decir que te dejé una buena impresión.

—Bueno... tanto como buena... —ladeo la cabeza—, creo que sería un poco optimista de tu parte decir eso.

Seguimos adentrándonos hacia la alta baranda. Estamos en un piso cincuenta, la vista es todo un espectáculo.

—¿Esta vez, aceptarás tomarte una copa conmigo? —inquieta, haciéndole señas a un camarero que pasa cargando una bandeja con copas de champán y, al verlo tomar dos sin esperar mi respuesta, no puedo hacer otra cosa que reír.

—Esta noche te acepto esa copa. —«Y hasta dos», digo mentalmente.

Antes de recibirle la bebida, me tomo el resto del cóctel, necesito sacar el amargo sabor que me dejó el encontronazo con Jack y su prometida, luego le intercambio la copa vacía por el champán que me ofrece.

—¿Estás bien? —Parece sorprendido.

—Nunca he estado mejor —miento, con unas ganas enormes de llorar en su hombro, el dolor que siento en el pecho es demasiado grande. Sin embargo, estoy decidida a continuar disfrutando de la noche, no le daré el gusto a Jack de arruinármela—. ¿Preocupado por mí, querido Derek? —Me bebo media copa, recuperando la calma.

—¿Debería? —Me observa con atención como si quisiera leer mis pensamientos, este hombre maduro comienza a agrardarme—. Ponte esto.

Me ofrece la chaqueta de su traje al verme frotar los brazos con ambas manos. En cuanto la

coloca por encima de mis hombros, aprecio la agradable fragancia de *Bleu* de Chanel y, sin que él se dé cuenta, le agradezco al universo por haber puesto a este hombre en mi camino, justo en este momento crítico de mi vida.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—Ante todo, soy un caballero.

—Y también eres un cliché, ¿lo sabías?

—¿Con cliché te refieres a que soy apuesto y atento? —Sonrío, me agrada lo ingenioso que es.

—No, yo más bien diría, educado y correcto. —Suelta una carcajada—. Ah, ¿te hace gracia?, qué bien, me alegro.

—Me río por la manera en que lo dices, tengo la impresión de que mis modales te resultan aburridos y pasados de moda, ¿me equivoco? —Se equivocaba, me encantaban sus modales, pero no lo admitiría. Por ahora.

—No, no te equivocas. —Se encoge de hombros y agrega:

—Bien, me gusta ser diferente. ¿Trabajas para la revista? —cambia de tema.

—Soy una invitada más, pero si me permites podría adivinar a lo que te dedicas... —Entorna los ojos divertido y pronuncia un «adelante»—. Mmm, por tu aspecto: traje a medida de la última colección de Tom Ford, botines de la misma marca y oliendo a *Bleu* de Chanel, diría que eres abogado, banquero, CEO de alguna gran empresa tecnológica, tal vez. Pero me inclino más a lo de banquero. —Lo medito un segundo y añado—: Sí, banquero, esa profesión te va perfecta.

—Banquero, me gusta cómo suena, puedo vivir con ese oficio. —Sonrío complacida, apartando un mechón de cabello que por la brisa se me había salido de lugar—. Entonces tú debes ser ¿modelo, clarividente quizá? —me analiza repasándome entera—. O, espera, ya sé, por la descripción tan acertada que le has hecho a mi atuendo, debes ser la editora de la revista GQ. Sí, no me queda la menor duda.

Suelto una carcajada.

—Editora. Bien, yo también puedo vivir con ese empleo —respondo, usando sus mismas palabras.

Por encima de su hombro diviso a Jack barriendo la estancia, y parece que está buscándome, «ahora ya es demasiado tarde, ni tú ni yo podemos dar vuelta atrás», pienso para mis adentros.

En un intento por ocultarme, me muevo frente al cuerpo de Derek. No quería enfrentarlo, mucho menos después de lo que me he enterado. Con el corazón latiéndome a toda velocidad y al verlo aproximarse a nosotros, tomo una decisión descabellada.

—Bésame, Derek.

Tarda una fracción de segundo en reaccionar y, sin más, me toma de la cintura arrastrándome hacia su pecho, lo abrazo por el cuello y acepto sus labios. Son suaves, tibios y expertos. Su boca exigente se adueña de la mía con pasión. Besa bien. Muy bien. Me pregunto qué otras cosas hará «bien».

Entreabro los ojos y veo que Jack se detiene en seco al mirar nuestro pequeño espectáculo. Entonces vuelvo a cerrarlos, hasta que siento la entrepierna de Derek rozarme el vientre.

—¿Esto es todo tuyo? —Con disimulo bajo una mano y la poso sobre su miembro, tomándolo por sorpresa.

A este punto no sé cuál de los dos está más asombrado, si él ante mi osadía o yo por el gran tamaño de su pene.

—Así es, todo mío. Espero que su longitud sea de tu agrado —expresa con la voz ronca, dibujando una sonrisa de medio lado.



Y aquí es donde radica su seguridad. Como la fábula de Sansón.

Desvió la mirada y lo dejo de tocar en cuanto veo a Jack alejarse. Preciso salir de aquí, siento que me asfixio.

—Sácame de aquí, Derek —le pido mirándolo a los ojos dejándome llevar por un impulso.

—¿A algún lugar en particular? —me susurra en el oído.

—No. Sorpréndeme.

# Hotel Plaza

## Penélope

Tomados de la mano atravesamos el salón hasta salir del edificio.

—¿Siempre eres así de impulsiva?

—Solo en casos especiales —respondo tajante.

No tengo ganas de dar explicaciones porque si lo hago de seguro cambio de decisión, estoy segura de que: regresaría a la fiesta, buscaría al hijo de puta de Jack y le reclamaría.

Al llegar frente al puesto de los aparcacoches, me pide que lo espere un momento mientras le entrega el comprobante. Al verlo alejarse aprovecho y le escribo a Victoria un mensaje de texto, para avisarle del inesperado cambio de planes.

Todo por culpa de él, de Jack.

### **Kate**

*Lo vi, Tori, vi a Jack con una mujer a la que presentó como su prometida. Así que no me tomes en cuenta que por primera vez en la vida quiera cometer una locura.*

### **Victoria**

*Sabes que Jack no vale la pena, Kate. Dime dónde estás y ahora mismo voy a buscarte.*

### **Kate**

*Lo siento, amiga, no sé si es el champán o los tres cosmos que me tomé, pero después de lo que escuché en la fiesta he decidido que todo me importa una mierda. Este hombre con el que me estoy yendo me gusta y, estoy resuelta a dejarme llevar. Quédate tranquila. TQM. Mañana hablamos.*

### **Victoria**

*Kate, ¿te has vuelto loca? No lo hagas por favor, de seguro mañana te arrepentirás.*

Aparto los ojos del aparato y me sorprendo al ver a Derek entrelazar su mano con la mía, luego se la lleva a los labios y la besa con dulzura. Es un seductor innato. ¿Debería asustarme?

—¿Todo bien? —pregunta, al verme guardar el móvil.

—Sí, le avisé a alguien más, por si te da por descuartizarme y lanzarme por el Puente de Brooklyn —replico y, él suelta una carcajada.

—Te doy mi palabra —alza la mano en señal de promesa—, que ni tú ni ese alguien más tienen de qué preocuparse. —Me le quedo mirando, asintiendo con la cabeza. Esperando no arrepentirme.

—Señor, tenga las llaves —dice el muchacho, rodeando un lujoso BMW Z4 convertible, de dos puertas en gris metalizado. Simplemente hermoso.

Con una familiaridad inesperada posa la mano en la parte baja de mi espalda, guiándome hasta la puerta del copiloto.

—Derek, me has desilusionado.

—¿Desilusionado? ¿A qué te refieres?

—A tu auto —afirmo, él no responde, solo se limita a mirarme—. Por un momento te imaginé en un minivan, con dos sillas de infante instaladas en el asiento trasero. —Vuelve a reír con

fuerza.

—Qué pena no poder complacerlas a todas... —Una vez que estoy dentro, cierra, rodea el coche, se sienta en el asiento del conductor y enciende el motor—. Intentaré traer el minivan la próxima vez y estar a la altura.

—Promételo —bromeo.

—Lo prometo.

La canción *Boys Like You* de Anna Clendening, suena en la radio y no puedo evitar cantarla, al darse cuenta me mira de reojo divertido y luego comprueba el espejo retrovisor para cambiarse de carril, dándome la oportunidad de observarlo maniobrar el volante.

Tengo debilidad por los hombres a los que les gustan los coches deportivos, me resultan irresistibles.

—¿En serio me imaginas casado y con hijos? —pregunta, en lo que se termina la canción.

—No me sorprendería para nada. No me lo tomes a mal, Derek, pero a tu edad...

—Cierto —me impide continuar—. Eres un poco más joven que yo.

—¿Un poco? Yo diría que mucho —confirmo—. Mínimo una década. —Se carcajea, mientras me quedo embelesada observando el iluminado tablero, es increíble.

—¿Qué edad tienes, Penélope?

—Veinticuatro.

—Eso quiere decir que te llevo once años para ser más exactos.

Trago grueso en lo que escucho el escandaloso número y, por un momento, me invade la duda; ¿debería continuar con esta locura? ¿O escuchar los consejos de mi amiga y pedirle que me deje en la próxima estación del metro?

Con Jack me había saltado una de las Reglas de Oro, que un día decretamos Victoria, varias botellas de vino y yo:

1. Prohibido repetir con un ex.
2. Prohibido los hombres mayores de treinta.
3. Prohibido los hombres casados.

Con la primera, el resultado fue catastrófico. Si continuaba por este camino, terminaría por infringir las últimas dos.

—¿A dónde vamos? Si mi sentido de la ubicación no me falla, estamos en el perímetro del Hotel Plaza.

—¿Es de tu agrado ese hotel, querida Penélope?

¡Por todos los cielos!, este hombre no se anda por las ramas, y yo de inocente pensando que me llevaba a tomarnos algo a un lugar más íntimo.

—Lo es —respondo complacida por su buen gusto, pero por otro lado me siento nerviosa, en mi vida había actuado de esta manera, nunca—. Derek —lo toco por el hombro buscando su atención—. ¿Me estás proponiendo que me acueste contigo? —Arquea una ceja divertido.

Detiene el impresionante coche frente a las escaleras de la entrada del Plaza, luego gira su rostro hacia el mío.

—¿Aquí lo único que importa es si tú quieres acostarte conmigo? —inquieta, con esa voz ronca bendecida por los dioses—. Porque yo quiero acostarme contigo desde el día que te conocí. —Alza mi barbilla con una mano, paseando su oscura e intensa mirada por todo mi rostro—. Dime, muñeca, ¿es eso lo que quieres que pase?

¡Calor! ¡Calor! Este madurito sabe lo que quiere y, aunque no es mi tipo por la inmensa cantidad de años que nos separan, me resulta fascinante, además, no tengo nada que perder.

¡Al diablo las Reglas de Oro!

—Sí, Derek. Eso es justo lo que quiero que pase.

Una deliciosa oleada de placer me recorre el cuerpo, al advertir el brillo de deseo que se refleja en sus ojos. Y de inmediato me sonrojo.

«Domínate», me digo para mis adentros. «No tienes por qué avergonzarte, él es un hombre y tú una mujer. Punto».

En ese instante suena el timbre del móvil con la entrada de un mensaje de texto:

—¿Me disculpas? —Lo saco del pequeño bolso de noche y lo reviso para comprobar que se trata de ¿Jack?

—¿En serio no puedes dejarlo para después?

Me debato entre hacer lo que me pide o responder. Quiero saber qué dice, la curiosidad que siento es más fuerte que la razón. Lo peor es que Derek se da cuenta de mi vacilación por más que trato de disimular.

—Adelante —toma la decisión por mí.

—No tardo, solo será un minuto.

**Jack**

*¿Dónde estás?*

**Kate**

*¿De verdad te importa?*

**Jack**

*Sí, claro que me importa.*

**Kate**

*Ya no me engañas, Jack. Vete a la mierda.*

**Jack**

*Quise decírtelo esa noche, pero no me diste la oportunidad. Siento que te hayas enterado de esa manera.*

**Kate**

*¿Sabes una cosa? No quiero volver a saber de ti nunca más.*

En lo que estoy a punto de guardar el móvil me acuerdo de Nicole y en la amistad que una vez pensé que teníamos, ahora sé que ha sido una farsa y que lo único que somos es «cuñadas».

**Kate**

*Me enteré del compromiso de Jack. Pensaba que éramos amigas.*

Ya no hay vuelta atrás, a partir de ahora, Jack pasa a ser parte de mi pasado.

**Nicole**

*Lo somos, no malinterpretes mi silencio, por favor. Tenemos que hablar.*

# ¿Novia?

## Derek

La ayudo a bajarse del auto percatándome de la tristeza que se ha instalado en su rostro una vez que responde el mensaje de texto, me pregunto quién será el hijo de puta que la hace sufrir.

Me adueño de su mano llena de gruesos anillos, mientras subimos los escalones. Penélope luce bellísima en un delicado vestido negro que le llega hasta la mitad de los muslos, adornado por un impresionante cinturón bordado en pedrería, enseñando unas piernas extraordinarias, largas y definidas. Ella es elegante, fresca y jovial.

Simplemente hermosa. Un soplo de aire fresco. Un flechazo inofensivo.

—Espera, por favor —solicita en voz baja antes de atravesar la entrada y, por una fracción de segundo, me preocupo, no deseo que cambie de opinión, esta mujer me gusta demasiado—. Póntela, por favor. Por nada del mundo entraré a este hotel luciendo desaliñada.

Me fijo en el tono rápido y energético, quiero reír, pero me contengo al darme cuenta lo importante que es para ella la imagen que proyecta ante la opinión pública. Me regresa la chaqueta y no se mueve hasta que me la coloco. Decidida, se alisa la amplia falda del vestido y, se gira apartándose con picardía un mechón de cabello del hombro.

—¿Cómo me veo? —Es tan distinta a todas las mujeres con las que he salido, me tiene seducido.

—Encantadora —respondo, arreglándome la chaqueta por las solapas—. ¿Contenta?

—Sí. Mucho.

Le robo un fugaz beso al que no le doy tiempo a reaccionar. Vuelvo a tomarla de la mano arrastrándola para que camine a mi lado. En un principio no dice nada, como si estuviera en estado de shock y, en cuanto cae en cuenta, la escucho protestar con un «No te pases, Derek», me hago el desentendido reprimiendo las ganas de callarla con otro beso, hasta que llegamos al mostrador.

Penélope, se aleja unos pasos en cuanto le suelto la mano para poder sacar la tarjeta de crédito. La veo revisar el móvil otra vez, cosa que ya comienza a irritarme y, por primera vez, luce nerviosa.

—¿Señor, la habitación es para una o dos noches? —inquire la empleada con cordialidad.

—Deme un momento para consultarlo con mi novia.

—Por supuesto.

Me acerco a ella y al ver la expresión de sorpresa reflejada en todo su rostro, le acaricio la mejilla y vuelvo a besarla sobre los labios.

—¿Una o dos noches, cariño? —Continúo con el juego, ese con el que ella ha marcado la pauta desde que nos conocimos.

—Cielo, es solo una noche, recuerda que mañana saldremos a París en el primer vuelo —contesta amorosa, guardando el móvil dentro de su pequeño bolso de diseñador que luce tan refinado como ella.

—Una sola noche, por favor —le confirmo a la empleada y enseguida me hace entrega de la llave.

No cruzamos palabra en todo el camino hasta que salimos del concurrido elevador.

—¿Novio? —Se deshace de mi agarre y, me empuja con su hombro mientras caminamos por el corredor.

—¿París? —No me quedo callado, la observo con perspicacia.

—No me dejaste otra opción. —Por supuesto que no.

—Te gusta jugar, Penélope —afirmo, al llegar a nuestro destino.

Abro la puerta y me hago a un lado para que pase. En cuanto la cierro, ella se gira haciendo un ademán con los dedos para apartarse un largo mechón de cabello rubio de su hombro izquierdo.

¿Mencioné que es una mujer hermosa?

—¿Jugar? No mucho, pero tengo que admitir que me gusta jugar contigo —comenta con frescura, retándome con la mirada.

—No te equivoques, muñeca, que a este juego... estamos jugando los dos.

Suelta un «*lo que tú digas*». Pone los ojos en blanco y me da la espalda.

Me encanta que no se quede callada, pero lo que más me impresiona, es su inagotable sentido del humor.

—De modo que así es como luce una suite en el Hotel *Plaza* —cambia de tema con demasiada naturalidad. Se desplaza complacida inspeccionando cada rincón.

—¿Nunca te habías quedado aquí? —pregunto, con la esperanza de saber algo de ella. Algo real.

—No, nunca. Dime algo, Derek, ¿es aquí a dónde traes a todas tus conquistas? —Me mira por encima del hombro con coquetería, está jugando con fuego.

—Solo las que lucen como tú. —Es mentira, esta es la primera vez que traigo a una mujer a este hotel.

—¿Debería tomarlo como un cumplido? ¿O sentirme mal por tu esposa que te espera en casa con los niños?

—¿Debería preocuparme tu fascinación por salir con hombres casados y con hijos? ¿O este juego en el que te gusta suponer mi vida inventando un mundo paralelo?

—*Touché* —sonríe—. Creo que este no es el momento oportuno para ponernos reflexivos.

—Concuerdo —afirmo complacido, me aflojo la corbata y llego hasta el teléfono—. ¿Tienes hambre, quieres que pida que nos suban algo de comer?

—Sí, algo de comer es buena idea —contesta con voz cantarina desde el extremo opuesto.

Una vez que ordeno que suban un aperitivo y frutas, me saco la chaqueta y la cuelgo en el respaldo de una silla, me doblo las mangas hasta los antebrazos y termino de quitarme la corbata abriendo los dos primeros botones de la camisa.

Ella al fin se sienta en el sofá de dos plazas, haciendo un amago para quitarse una de las sandalias.

—¿Te ayudo? —me ofrezco, con ganas de sentir el calor de su piel bajo mi palma.

—¿Algún fetiche? —sonríe divertida—. No me vengas ahora con que tienes manías raras.

Me arrodillo frente a ella y con delicadeza le tomo el tobillo derecho.

—No, no. Ni manías ni fetiches. Yo lo llamaría ganas de tocarte.

—Mmm, ¿siempre eres así de directo? —Asiento con la cabeza—. Entonces hazlo. Tócame —me provoca bajando el tono de voz.

Con mimo le acaricio las piernas, depositando suaves besos a lo largo del camino y luego,

después de sacar ambas sandalias, coloco los tobillos por encima de mis hombros. Ella se acomoda e intenta juntar las rodillas al darse cuenta de la posición en la que yo me encuentro, con la cara justo en el medio de sus muslos, a tan solo unos centímetros de su sexo.

Sin apartar el contacto visual subo la falda con lentitud hasta que llego a su ropa interior, de un fino encaje negro. Coloco las manos a cada lado de las caderas, hasta que percibo la delgada banda de la prenda.

—¿Me permites? —Busco aprobación en todo su rostro. Penélope no dice nada, me sostiene la mirada, luego, un par de segundos más tarde asiente con la cabeza, removiéndose con sensualidad para que pueda ayudarla a salir de ellas—. Me gustas —murmuro separando sus rodillas, abriéndome camino entre sus muslos—. Me gustas mucho, Penélope —agrego al descubrir su sexo depilado, sintiendo una irresistible necesidad de saborearla.

Nunca me he sentido más vivo y excitado que en este momento.

—Derek... —Me acaricia el cabello.

—No digas nada, muñeca. Cierra los ojos y siente, solo siente.

Con los pómulos enrojecidos, hecha la cabeza hacia atrás.

Me hace caso.

Deslizo un dedo en su interior y me doy cuenta de que está más húmeda de lo que esperaba. Lo ruedo un poco hacia afuera y meto el segundo dedo. Ella los aprieta soltando un gemido, totalmente enajenada, mientras yo continúo moviéndolos.

Al cabo de un rato los saco y paso la lengua sobre su sexo para avivar su excitación.

—Sabes a gloria, Penélope —declaro, apartándome para decírselo.

—Y tú eres muy talentoso con esa lengua, Derek.

—¿Tan talentoso como para ganarme un premio? —Le rozo el clítoris con la punta de los dedos. Necesito saber hasta dónde va a permitirme llegar.

—Solo si terminas con lo que has comenzado —responde con la voz entrecortada. Justo lo que quería escuchar.

Penélope levanta la pierna para darme mejor acceso. Deja caer la cabeza hacia atrás y yo vuelvo al ataque; cuando la succiono escucho un grito alucinante. Luego la mordisqueo por todos lados y enseguida sus caderas se mueven buscando más. En mi afán de darle «más», le entierro la lengua, entrando y saliendo sin piedad. Hasta que su respiración se vuelve cada vez más rápida y pesada.

Sus cortos jadeos van de un suave murmullo a repetir a gritos:

—¡Derek! ¡No pares, Derek! ¡No pares!

Hasta que su sexo se contrae en pequeños espasmos, clara señal de su inminente orgasmo. Penélope sabe a placer. A sexo y a lujuria y yo estoy tan duro que en cualquier momento voy a explotar.

Segundos después me levanto pasándome la mano por encima de la boca para limpiarme sus fluidos.

Ella se incorpora. Es alta, casi de mi tamaño, me llega a la altura de la nariz, como Ana.

¡Ana!, me acuerdo. Soy un hijo de puta, como he podido olvidarla.

—Deberías abrir —dice, sacándome de mis pensamientos al mismo tiempo que escucho cuando llaman a la puerta—, deben ser los del servicio de habitaciones —declara recogiendo su ropa interior—. Vuelvo enseguida. No me tardo.

Se encierra en el baño.

Me ocupo de recibir al camarero y, en cuanto sale, busco el móvil, compruebo la hora,

marcaban las once y quince. Es tarde, sí, pero no tanto como para despertarla. De seguro está viendo una de sus series favoritas.

Un gemido proveniente del baño me distrae, me pregunto si Penélope se estará masturbando pensando en mí. Exhalo con fuerza sintiendo la tensión en la entrepierna.

Vuelvo mi atención a la pantalla, debo apurarme. No puedo permitir que Ana se pase la noche en vela por mi culpa, mucho menos en su estado.



# Deliciosa Locura

## Penélope

Aseguro la puerta del cuarto de baño, necesito privacidad. La cabeza me da vueltas, la falta de alimento combinada con el alcohol ingerido en la fiesta están haciendo mella en mi organismo. Inhalo con fuerza antes de cerrar los ojos en un intento por recuperar la compostura.

No sé si llorar por haber descubierto que hasta este momento he sido una total ignorante en el tema «sexo oral», en el que creí que me las sabía todas o reír de la felicidad por haber experimentado el mejor orgasmo de mi vida.

Me miro en el espejo que tengo enfrente y desplazo una mano hasta mi sexo que sigue hinchado por la excitación.

—Mmm—se me escapa más alto de lo que lo imaginé en mi cabeza.

Los recuerdos nublan mi mente, la manera delicada y cariñosa con la que me devoró, lamió, mordió... ¡Por Dios! Es un experto, un seductor que me hizo sentir en la cima del cielo.

Sin poder controlarme vuelvo a sentir una urgencia desesperante en medio de las piernas. Estoy excitada otra vez, el mero recuerdo de sus lamidas hace que vuelva a arder de deseo. Froto mis dedos contra el sensible clítoris para calmarlo, no puedo salir a enfrentarme a él en este estado.

—Esto es una deliciosa locura —le hablo a mi reflejo sin poder reconocerme, luzco como una mujer sexy y atrevida.

¡Una puta Diosa!, así me siento.

—¿Necesitas ayuda? —Abro aún más los ojos, presa de la vergüenza, me pregunto si me habrá escuchado.

De todas maneras, no tiene caso posponer lo inevitable. Deseo volver a sentir sus manos recorrerme el cuerpo, su lengua humedecer mi piel y ese pene, grueso y de tamaño prometedor, en medio de mis piernas.

Presa de las ansias me desabrocho el gafete del vestido, lo dejo caer al piso, repitiendo lo mismo con el sujetador. Estoy completamente desnuda, mis mejillas sonrojadas reflejaban mi estado de embriaguez y deseo, mis senos sinuosos suben y bajan ansiosos de ser tocados. Mi corazón late con fuerza ante lo que se avecina y, mi sexo palpita desesperado por sentir el pene de Derek.

¡Por todos los cielos, esta es una sensación increíble!, una que Jack nunca me hizo sentir.

«¡Arg! ¡Maldito, Jack!», me recrimino mentalmente al traerlo a colación. Cuando será el día en que deje de pensar en él.

Envalentonada y decidida a olvidarme de su recuerdo, quito el pestillo, de inmediato la manilla se gira por el lado opuesto mostrándome a un Derek, que está tan desnudo como Dios lo trajo al mundo.

—Estoy listo para reclamar mi premio —dictamina, agitando un condón en mis narices.

¡Madre mía! Este hombre es impresionante. Qué bueno está, me lo quiero comer con los ojos,

con la boca, con las manos, todo, todito. En seguida me enfoco en sus pectorales trabajados en el gimnasio, sin un vello, ni uno, totalmente depilado, como yo.

Nos sostenemos las miradas. Él está excitado, yo también. Lucho con todas mis fuerzas para no correr como una desesperada a tocarlo. Pero a quién quiero engañar, estoy loca por acariciar sus fuertes hombros, su apretado abdomen, y ¡oh, oh, oh... su enorme pene! Ese que se acaba de agarrar desde la base, frotándose sin una pizca de vergüenza y con toda la intención de provocarme.

¡Mierda! Y con la asombrosa habilidad con la que se coloca el preservativo, me hace imaginar lo que se avecina.

Su cuerpo me incita a querer cometer una locura. Todo él es grande, fibroso y masculino. A pesar de su edad, Derek está en forma, tiene el físico de un atleta, mucho mejor que el de...

«¡Basta! ¡Basta! No lo nombres. No vale la pena», me repito.

Entonces, de repente, siento un ataque de pudor. Mi cordura ha decidido entrar por la puerta grande.

Me dice que pare. Que este no es mi estilo. Que no soy este tipo de mujer. Y me grita la frase de Victoria: «No lo hagas, por favor, de seguro mañana te arrepentirás».

¿Me arrepentiré?

# Don Pene

## Victoria (Tori)

—Que sepas que estoy molesta contigo —señalo y, me aparto de la puerta para que pueda entrar—. Pasa, no te quedes ahí.

Son las dos de la madrugada, me pregunto qué ha estado haciendo todo este tiempo, Kate nunca se ha comportado de esta manera tan irresponsable. Le hago una seña para que me siga hasta la sala.

—Lo siento, Tori, pero... —comienza a disculparse.

—Pero nada —no la dejo continuar—. Acompáñame. Necesitamos una taza de café. De aquí no te vas hasta que me cuentes todo.

Kate asiente y me sigue por el pasillo hasta que llegamos a la pequeña isla que divide la cocina del salón. Luego se sienta en uno de los taburetes, mientras abro la despensa para buscar los granos de café.

—Me dejaste muy preocupada cuando te fuiste de la fiesta de esa manera. —Alzo la cara y la veo verificar el móvil—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

No dice nada.

Coloca su pequeño bolso de Chanel sobre la encimera.

—En el Plaza.

—¿El Hotel Plaza? —Estoy anonadada. Ella asiente—. Espera, Kate. Vamos por partes, por favor, porque no quiero perderme de nada.

—De acuerdo.

—Bien. Primero me dijiste que viste a Jack en la fiesta con una mujer. —Asiente otra vez con la cabeza y sus ojos se entristecen de inmediato—. ¿La conozco?

—No.

—¿Y qué más pasó? —Intento ser paciente.

—Eso no fue lo primero que pasó.

—Entonces cuéntame —le pido y vuelvo mi atención al artefacto, verifico que todo está en orden y pulso el botón de encendido.

—Cuando me dejaste sola en la barra, hice lo que me pediste, ordené un cóctel y socialicé un poco, incluso, me encontré con Madison Weber, ¿te acuerdas de ella?

—Claro que me acuerdo. Tu amiga la fotógrafa.

—Sí, ella. Pues eso, nos saludamos y hablamos de *Runway*, le pedí ayuda para realizar la audición de las modelos para el desfile.

—¿Y qué te dijo?

—Que sí, que me va a ayudar, que cuente con su catálogo.

—Eso es muy bueno, Kate, pero ¿qué tiene que ver con el Plaza? —pregunto, sin comprender hasta dónde quiere llegar.

Me cuenta lo de que tomó sus manos y le preguntó por el anillo de compromiso, el chisme en

su estudio y la desagradable sensación de incomodidad que se instaló cuando ella le dijo que habían terminado hace tiempo.

—¿Compromiso?

—Entonces lo vi, Jack estaba vestido de traje. Lucía tan apuesto...

—¿Te vio? —la interrumpo, al mismo tiempo que pita la cafetera.

—Sí, pero no me habló.

—¿Azúcar y crema? —inquiero antes de servirlo.

—Negro está bien. Solo azúcar, gracias. —Busco la azucarera de la alacena, la coloco entre las tazas humeantes y me siento a su lado.

Kate relata la parte en la que llega la rubia platinada y, el desagradable momento en que la presenta como su prometida.

Nos quedamos unos instantes en silencio.

—En un principio me emocioné pensando que estaba allí buscándome, ¿sabes? Sueno patética, lo sé. Por favor, no digas nada.

—No lo haré, continúa. —Le damos un sorbo a la taza—. ¿Y qué hiciste?

—Nada, no hice nada. Me debatía entre arrojarle la bebida en la cara, pedirle una explicación o seguir adelante con mi vida.

—Amiga, qué fuerte. No sé qué hubiese hecho en tu lugar. —Le damos otro sorbo al café—. ¿Y al final qué decisión tomaste?

—Seguir adelante, me mezclé entre un grupo que salía a la terraza y luego salió detrás de mí.

—¿Y entonces? Esto se pone bueno.

—Entonces no pasó más nada, porque me encontré con Derek.

—¿Derek? —pregunto con perspicacia, nunca lo había escuchado nombrar.

—Derek es el hombre con quien me escapé de la fiesta.

—¿Y por qué nunca te había escuchado hablar de él?

—Porque es irrelevante. A él lo conocí en el vuelo de regreso a Nueva York cuando fui a visitar a mis hermanos a Dallas. —Asiento con la cabeza y hago un ademán con la mano para que continúe—. En esa ocasión compartimos unas palabras, me pidió goma de mascar y luego quiso presentarse, pero ese día yo no estaba de ánimos para hablar con un desconocido, entonces para salir de él, le inventé el nombre de Derek y él me asignó Penélope.

—¿No sabes su nombre real? —inquiero divertida.

—No.

Suelto una carcajada, esto solo le puede pasar a Kate.

—No te rías, Tori, te estoy hablando en serio.

—¿Cómo me pides que no lo haga cuando la situación es completamente ridícula? —Vuelvo a reír al verla poner los ojos en blanco—. Bueno, ya. Prometo quedarme seria si me cuentas qué pasó con él.

Me observa con agudeza y continúa.

—No sé si serán sus años de experiencia, pero...

—Espera, no me vengas a decir que es un viejo verde.

—¡No! ¡No! —Ahora es ella la que se ríe—. Derek es un madurito de... treinta y cinco años.

Sus ojos se iluminan y la tristeza con la que llegó, poco a poco se va apagando a medida que me cuenta lo habilidosa que es la lengua de Derek, lo ágil de sus dedos, su boca y, el tamaño y grosor de su increíble pene.

Con una sonrisa llena de satisfacción me relata al detalle en el momento en que ella se le

ofreció como su premio, lo preparado que lo encontró y lo que le hizo sentir a él cuando lo cabalgó, besó, mordió y arañó, en su ataque de enajenación.

—Y si la pasaste tan bien con «Don Pene» —apodo con el que decido bautizarlo—, ¿por qué no te quedaste con él a pasar el resto de la noche?

—Porque a pesar de haber pasado una noche increíble, llena de sexo desenfrenado, ese hombre no significa nada para mí. Ni siquiera sé su nombre o si es un asesino en serie —suelta un largo suspiro—. ¿Sabes?, me gustaría odiar a Jack por ser un hijo de puta que jugó con mis sentimientos, pero para mí desgracia, no me lo puedo sacar de la cabeza ni del corazón con tan solo chasquear los dedos.

Ahora soy yo la que suelto todo el aire de mis pulmones.

—Lo sé, amiga y, aunque no tengo experiencia en estos casos, lo mejor que puedes hacer es pasar la página de Jack. Olvídate de él, sea con Don Pene, o cualquier otro hombre, necesitas volver a ser tú, sobre todo ahora que tienes el proyecto del atelier en marcha. No permitas que ese cabrón arruine tu salud mental y emocional.

Nos abrazamos por unos instantes mientras se desahoga.

—Te prometo que lo haré —susurra entre sollozos. En cuando se calma nos separamos y, mirándome con los ojos enrojecidos agrega—: ¿Tori, me perdonas?

—¿El qué?

—Por irme de la fiesta de esa manera, soy una amiga de mierda.

—Tonta, no digas eso. No tengo nada que perdonarte y que sepas que no eres una «amiga de mierda», eres «mi mejor amiga». Si mal no recuerdo fuiste tú la que se aguantó mi drama cuando Noah se fue a Las Vegas.

—Noah —repite, al tiempo que levanto las tazas vacías y las coloco en el lavavajillas—. ¿Todavía te pide que lo visites?

—Sí. Sabes de sobra lo testarudo que es.

—Tienes que admitir que te adora.

—Yo también lo hago, Kate. Tú mejor que nadie sabes que lo amo con locura, sin embargo, esto de seguir manteniendo contacto y pretender que somos los mejores amigos, no es sano para ninguno de los dos. Con decirte que desde que volviste de Dallas, no he contestado sus llamadas... Y en su desespero ¿sabes lo que ha hecho?

—No. Cuéntame. —Sonríe expectante.

—Le ha pedido a Mario, ¿te acuerdas de él?

—Sí, claro, su amigo el camarero.

—Ese mismo, pues le ha pedido que viniera a ver si estaba bien.

—¿Cuándo fue eso?

—Esta noche, en lo que llegué de la fiesta lo encontré sentado a un lado de la puerta y, para completar, Mario lo llamó por FaceTime. Al final tuve que tomar la llamada.

Las carcajadas de Kate son tan contagiosas que terminamos las dos riendo.

—Que ingenioso es Noah.

—Sí que lo es.

—¿Qué piensas hacer? ¿Irás a visitarlo?

—No lo sé todavía.

Sí que lo sé, pero tengo miedo de decirlo en voz alta.

El sonido de su móvil nos distrae.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —se queda pensativa.

—Podría ser Don Pene, triste al no verte a su lado —me río.

—No, imposible, no tiene mi número.

—Entonces revisa para salir de dudas —la animo.

—Es la notificación de un mensaje de texto —agrandando los ojos emocionada—. Amiga, es el arquitecto.

—¿Qué dice?

Abre el mensaje y lo lee en voz alta.

### **Preston**

*Marie me dijo que estuviste por las oficinas del consorcio, es una pena que no hayamos coincidido, de todas maneras, me alegro de que la reunión que mantuvieron fuera todo un éxito y, también de que te haya gustado mi oficina. Pronto arreglaré el tema de personalizarla mejor, prometo que la próxima vez tendrá alguna fotografía.*

—¡Vio la nota! —grita eufórica.

—¿Qué nota? —inquiero riéndome.

—¿Te acuerdas cuando entré en su oficina? —Asiento al recordarlo—. Bueno, le escribí una nota que decía:

*«Lindo lugar de trabajo, pero te sugiero personalizarlo un poco, una fotografía tuya le quedará genial. Saludos, Kate Duncan».*

—Creo que me estoy poniendo celosa —arrugo la cara—. No me habías contado nada de esta reciente amistad.

—No hay nada que contar, con lo del local nos hemos hecho amigos, eso creo.

—Ya, ahora entiendo el porqué de la pregunta a la secretaria —digo, y se tapa la cara—. Bueno, contéstale algo ingenioso, que tal si le dices abiertamente que lo quieres conocer. —Kate me observa pensativa con el móvil en la mano y, mientras teclea el mensaje lo lee en voz alta.

### **Kate**

*Sinceramente esperaba poder conocerte en persona cuando Marie me citó en el consorcio, pero no pierdo la esperanza de que haya otra oportunidad.*

*¿Problemas para dormir?*

—Me gusta lo que escribiste, no sueñas desesperada.

—Me muero, lo leyó enseguida —dice Kate, mordiéndose una uña mientras vemos que él está tecleando.

### **Preston**

*Yo también tengo ganas de conocerte Kate, espero poder hacerlo el día que se te haga entrega el atelier. Y, por lo del insomnio, no te preocupes, que no es crónico.*

—Awww... —decimos al unísono con complicidad.

### **Preston**

*Quiero que sepas que la obra estará lista en dos meses.*

—¡En dos meses! —exclamamos al mismo tiempo.

—Adelantó la fecha. —Me mira pasmada.

—Vamos, despídetes para que se quede con las ganas —sugiero con picardía, ella sale del

trance y escribe con rapidez.

**Kate**

*Me quedo más tranquila al saber que tu problema de insomnio no es usual, yo tampoco puedo dormir, ahora menos al saber que el local estará listo en dos meses.*

*Gracias por avisarme.*

*Buenas noches.*

**Preston**

*Buenas noches.*

—Tori —se lleva el móvil al pecho—, creo que me estoy enamorando de este hombre.

—Me cae bien —afirmo—. ¿Y de Don Pene? Con lo que me constaste que te hizo sentir, hasta yo podría enamorarme de él.

Ambas reímos a carcajadas.

—Los dos son tan diferentes... —suspira—. Con Preston me siento en confianza, podemos pasarnos horas hablando de nosotros, de su trabajo, del mío. He aprendido que es un hombre familiar, trabajador y con buen sentido del humor. En cambio, con Derek, todo es pasión, magnetismo, química y misterio. El no saber nuestras identidades hace que el juego sea aún más divertido.

—No me gustaría estar en tu lugar, Kate.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en algún momento vas a tener que escoger entre los dos y, esa va a ser una decisión difícil de tomar. Reconócelo, amiga, los dos hombres te gustan por igual.

—Sí, es cierto, los dos me encantan, pero eso no va a pasar, algo me dice —se lleva una mano al pecho—, que sería demasiada casualidad toparme con Derek una tercera vez.

—Mmm... —me quedo pensando en que puede que tenga razón, sin embargo, con la suerte de Kate, no me extrañaría—. Aunque podría pasar —insisto.

—Podría.

# Audiciones

## Kate

### *Un mes más tarde*

Dos semanas después de la gala de la revista, Madison me llamó para hablar acerca de los preparativos para el desfile, nos pasamos días organizando la logística, pidiendo presupuesto a las compañías de eventos, luces y música. Hasta se puso a la orden para ser ella la encargada de la fotografía y el video de esa noche.

Ahora estamos en su estudio para hacer las audiciones a las modelos y organizar los perfiles. Un proceso largo, a la par que muy gratificante.

—He contado treinta mujeres, así que cuando a ustedes les parezca, podemos comenzar —nos explica la nueva asistente de Madison.

Astrid, es una trigueña de ojos verdes, caderas y labios generosos, pecho exuberante y gesto alegre. Es de esas personas que nacen con la sangre liviana, de las que caen bien a todo el mundo. Una mujer encantadora.

—Bien —Madison le contesta y luego se dirige a mí—. Debemos comenzar Kate, se nos está haciendo tarde —sugiere y yo asiento con la cabeza llena de energía—. Astrid, explícales a las chicas cómo se hará la prueba y una vez que termines puedes decirle a la primera que pase, por favor.

—En seguida —afirma. Se retira y nos quedamos a solas.

—Solo necesito doce chicas —le recuerdo a Madison, acomodándome en la silla.

—Tratemos de escoger quince por si más de una decide no presentarse —dictamina, mientras acomoda la cámara encima del trípode.

—Bien pensado —respondo emocionada.

Desde donde nos encontramos podemos escuchar cuando Astrid les dice:

—¡Atención, chicas! —da un par de palmadas para llamar la atención—. En esta prueba de fotografía que hoy estamos realizando, buscamos a la modelo que encaje en la idea de lo que busca el cliente, en este caso, la diseñadora Kate Duncan, para el desfile de apertura de *Runway by Kate*, su nueva casa de modas. La fotógrafa Madison Webber, les hará tomas de la cara, perfil y cuerpo entero. Desfilarán en traje de baño, para poder apreciar el tipo de cuerpo de cada una de ustedes, se les tomarán medidas reales y peso. También se tomará en cuenta la actitud y postura corporal. ¿Les quedó claro?

—¡Sí! —afirman al unísono.

—Bien, recuerden que las audiciones no son remuneradas y que la respuesta final se hace después de una larga deliberación, esa decisión se les comunicará directamente a las respectivas agencias. Luego ellos se podrán en contacto con ustedes. Así que traten de ser cordiales, seguras y profesionales y si no quedan elegidas, no se desanimen y sigan adelante.



—Esta mujer es una máquina. —le murmuro a Madison.

—Astrid es la mejor —me guiña un ojo—. Estás en buenas manos, Kate. Todo va a salir super bien.

## *Siguiente sábado*

Eran las dos de la tarde, cuando termino de seleccionar las modelos que recibirán la oferta de trabajo para caminar en la pasarela de *Runway*. Suelto un suspiro de satisfacción y me pongo a redactar los emails para las agencias de modelaje. Diez minutos más tarde, apago el ordenador desplegando una sonrisa que me abarca el rostro, pensando en el cambio que ha sufrido mi rutina en tan poco tiempo.

Los días se me pasaban demasiado deprisa; entre la organización del desfile, verificar que las prendas se confeccionaran a la perfección en el taller de costura, mis constantes visitas al local para aprobar los detalles de la decoradora y las diarias conversaciones con el arquitecto, no me queda tiempo para recordar cómo había sido mi vida antes de este maravilloso caos.

Ya no quedaba casi nada para la apertura. Hasta ahora todo marcha sobre ruedas, no le podía pedir más a la vida.

—Así que en esto se ha convertido mi habitación, ¿ah? —Salto al escuchar la voz de Frank, no tenía la más mínima idea de que vendría a visitarnos. Viste pantalón deportivo, camiseta y una gorra.

Se me hace raro verlo tan informal.

—¡Frank! —exclamo con alegría.

—¡Kate! —replica él con una sonrisa socarrona.

—¿Cuándo llegaste? —inquiero.

—Hace un momento.

—No sabía que venías, mamá no mencionó nada —comento extrañada.

—Querrás decir, vinimos. Max también está aquí —me informa Frank y, agranda su sonrisa.

—¿Y Nicole? —indago, no he hablado con ella desde la noche de la gala.

—No vino con nosotros —contesta extrañado—. ¿Qué te pasa hermanita? ¿No estás contenta de verme?

—Sí, claro. —Me debato entre decirle la verdad o inventarme una excusa—. Lo siento, Frank, es que...

—¿Es que? —Me levanto y lo abrazo por la cintura. Prefiero no arruinarle el día, si Frank no ha mencionada a Jack todavía es porque Nicole no les ha contado.

—Nada, no pasa nada. Por supuesto que me alegro de que estén en casa —afirmo con cariño.

—Max no se quedará mucho tiempo, quisimos pasar a saludar antes de acudir a un compromiso —explica. Me separo y lo observo sin entender—. Estamos aquí porque tenemos una cita en el Consorcio Rifés.

—¿Es acerca de *Runway*? —Espero que no haya ningún problema de última hora.

—No —asegura rotundo. Toca la máquina de coser y se queda mirando el carrete de hilo—. Papá también ha venido.

—¡Papá! —exclamo abriendo los ojos.

Esto no suena bien, la familia Duncan reunida es preocupante, la última vez que estuvimos todos juntos fue cuando Max sufrió un percance en Las Vegas y, estuvo hospitalizado unos días en

el Hospital General.

—Ven conmigo, deja lo que sea que estés haciendo y dedícanos un rato —pide, al tiempo que me toma de la mano y me arrastra a seguirlo, sin esperar a que le responda.

Salimos y, efectivamente están mis padres y Max, sentados en la mesa del comedor.

—¡Kate! Hasta que al fin apareces. —Max se levanta para saludarme con un abrazo. Me dejo revolver el cabello una vez que nos separamos, viste de negro, como de costumbre y huele a una mezcla de colonia y cigarrillo.

—Qué sorpresa tenerlos de visita... —Miro a mi madre buscando una respuesta, pero ella parece tan sorprendida como yo—. Nadie me avisó de esta reunión.

Saludo a mi padre con un beso en la mejilla y, me siento incómoda cuando veo dos maletas estacionadas a un costado de la puerta. Me pregunto de quién serán.

—No mires a mamá, que ella no sabe nada y, a papá le pedí la semana pasada que viniera hasta el apartamento porque Frank y yo tenemos una noticia que comunicarles —explica Max, en cuanto vuelve a sentarse—. También queremos saber, por qué el local del atelier tiene una segunda planta acondicionada con un apartamento.

Abro los ojos como platos al sentirme expuesta delante de mis padres de esta manera.

—¿Kate, es cierto lo que dice Max? —Mamá se lleva una mano al cuello, la noticia le ha caído como un balde de agua fría.

—Antes de venir —la interrumpe Frank—, hemos ido a dar una vuelta por el local y la verdad es que estamos muy contentos de cómo va quedando, pero cuando subimos a la segunda planta nos dimos cuenta de que se trata de un apartamento tipo *loft*. —El comentario suena a reproche, me cae fatal—. ¿De verdad te quieres mudar y dejar sola a mamá?

Suelto un largo suspiro, ha llegado la hora de revelar mi único secreto, ya no puedo seguir ocultándole a la familia que deseo independizarme, vivir sola y experimentar la vida bajo mis propios términos.

—Sí —afirmo. Max abre la boca para decir algo, parece molesto—. Déjame terminar, por favor —le pido en tono apaciguador, no quiero discutir—. No lo hago porque quiera salir corriendo de casa, o porque no aguante vivir con mamá —añado y, le dedico una mirada llena de afecto—, ella sabe que la adoro. Lo hago porque me parece que ya tengo edad suficiente para vivir con una adulta independiente, y la única forma de hacerlo es yéndome de casa, así como lo hicieron ustedes en su época.

—No te compares con nosotros —expresa Max con seriedad.

—No lo hago —me defiendo—, fue solo un ejemplo.

—Por mí no se preocupen muchachos —interviene mamá, al percibir la tensión en el ambiente—. Kate está en su derecho de vivir su vida a plenitud —asegura, al tiempo que me dedica una mirada—, aunque debo admitir que no me esperaba esta noticia, ha sido totalmente repentina.

—Lo de la mudanza me parece una decisión tomada a la ligera —interviene mi padre, que había permanecido en silencio—, sin embargo, si tu deseo es vivir sola —continúa mirando a mis hermanos y agrega—, ninguno de nosotros puede impedirte.

—¿Más tranquilos? —les pregunto a Frank y a Max que me observan sin poder aceptar que ya no sigo siendo «la pequeña, Kate».

—Cómo quieras, hermanita. Solo opino que es muy pronto —señala Max, no muy convencido.

—Lo que ustedes digan —farfulla Frank con desagrado, caminando hacia la cocina—. ¿Sé puede saber para cuándo es la mudanza? —indaga, mientras saca una botella de agua del refrigerador.

—Pronto —digo escueta, no quiero dar más detalles, esta situación es realmente embarazosa.

—Bueno, aclarado ese punto, pasemos al siguiente, «la noticia» —acota Frank con los dedos —, por eso estamos aquí.

—No le des más largas, Frank —lo anima mi padre y, yo me alegro de no seguir siendo el centro de atención.

# Duncan Games

## Kate

—Hemos decidido expandirnos —puntualiza Max con orgullo—. Abriremos una sucursal en Nueva York.

Me quedo en silencio procesando la noticia, mientras mis padres abrazan a mis hermanos.

—Esto hay que celebrarlo por todo lo alto —declara mi madre, dirigiéndose a la cocina—, creo que tengo una botella de champán.

—Un triunfo más para la familia Duncan —pronuncia papá con sobrada alegría—. Sara, déjame ayudarte con esa botella.

—Es una excelente noticia, muchachos —apunto, me acerco a ellos y abrazo a cada uno—. ¿Y esas maletas?

Ya no puedo seguir ocultando mi curiosidad, son demasiadas noticias en menos de dos horas.

—Son más —responde Frank como si cualquier cosa.

—¿Regresas a casa? —pregunta mamá emocionada, seguida de mi padre con las copas en las manos.

—Hoy tenemos una reunión en el Consorcio Rifés, la idea es abrir la segunda planta en menos de un año —explica Frank.

—Yo seguiré en Dallas —responde Max—, no considero que sea buena idea mudarnos los dos al mismo tiempo. Tal vez en un futuro.

—Bienvenido, hermano. —La idea de tenerlo cerca me alegra el corazón.

—Gracias, Kate —dice y acepta la copa—, aunque todavía no me creo que esté de vuelta en Nueva York de forma permanente, han sido muchos años de ausencia —dramatiza, dejándose abrazar por mi madre.

—Me hace muy feliz que vuelvas a casa, hijo querido, muy feliz.

—¿Quién fue el que dijo que mamá se quedará sola? —bromeo. Todos reímos, incluyendo mi padre.

—No es por nada, Sara —comenta papá con alegría—, pero si hay algo de lo que me siento inmensamente orgulloso es de nuestros hijos.

Esta es la primera vez que escucho a mi padre hablar con tanta satisfacción, no puedo evitar emocionarme.

—Francamente Clark, por primera vez en mucho tiempo coincidí contigo. Nuestros hijos son lo mejor que hemos hecho juntos.

Los tres compartimos una mirada llena de complicidad a la vez que alzamos las copas y gritamos al unísono:

—¡Por Duncan Games! —Como si lo hubiésemos practicado.

El ambiente se relaja después de que se acaba la botella, mamá se queda conversando con Frank y Max, mientras que mi padre se despide de ellos y cuando llega mi turno, me pide que lo acompañe a la puerta.

—¿Te apetece un café? Tengo algo que contarte —confiesa mirándome a los ojos.

—Sí, claro, un café me viene bien —afirmo. Le sugiero que me espere en el pasillo, mientras entro a despedirme.

Me invento una excusa, no deseo alarmarlos, mucho menos sin saber lo que mi padre tiene que decir. Sin embargo, sospecho que algo no anda bien.

Salimos del edificio en silencio, él lleva su acostumbrada americana de tweed tradicional, pantalones de vestir y camisa a juego, el típico estilo de profesor universitario.

—¿Cómo te va este semestre con los estudiantes? —pregunto, tratando de entablar una conversación.

—Normal —responde, con solo un monosílabo, no obstante, seguimos caminando. Cuando entramos al local, nos sorprendemos al verlo tan lleno de gente.

—¿Me vas a contar lo que te pasa? —indago.

—Me voy a casar —suelta de golpe.

—¿Qué? —No me lo puedo creer, de seguro oí mal.

—Lo que escuchaste Kate, me voy a casar —repite en tono suave.

Papá tenía a lo sumo seis meses saliendo con una colega, me lo contó al poco tiempo que volví de París, pero no me imaginaba que era algo tan serio como para casarse otra vez.

—¿Con Lora, la profesora de economía? —Asiente con la cabeza—. ¿Eres feliz con ella?

—Lo soy —asegura.

En ese instante me entra un mensaje de texto, reviso el móvil y compruebo que se trata de Tori.

—Lo siento, estoy esperando una llamada —me excuso, ganando tiempo para comprender lo que ha dicho.

—Por supuesto. Contesta.

—Es solo un mensaje de texto. No me tardaré mucho.

### **Victoria**

*Auxilio, Noah ha llegado de improviso y no quiero quedarme a solas con él. Soy débil, lo sabes. Le he dicho que no puedo cancelar los planes contigo.*

### **Kate**

*Estoy con mi padre, en cuanto regrese a casa me cambio y nos encontramos por ahí. No te preocupes, saldré al rescate.*

### **Victoria**

*Gracias, amiga, me has salvado la vida.*

—Bien, papá —digo y, cierro los ojos buscando las palabras adecuadas, si él me asegura que es feliz con esa mujer, quién soy yo para oponerme a que lo sea, además, la decisión está tomada —, ¿y cuando se lo dirás a los demás? Debiste aprovechar que estábamos todos juntos hace un rato, ¿o acaso tienes dudas?

—No quise quitarles protagonismo a tus hermanos, de todas maneras, es mejor que lo sepan más adelante.

—¿Qué quieres decir con más adelante? —cuestiono.

—A ellos se lo diré después de que tu negocio esté abierto —sentencia serio.

—¿Y a mí por qué me lo dices ahora? —demando.

—Porque necesito que seas tú la que le diseñe el vestido a mi prometida —me contesta con soltura.

¡Vaya sorpresa!



# Starbucks

## Derek

En cuanto entro al Starbucks de la calle 1500 y Broadway, me arrepiento pues está repleto de turistas. Como puedo me abro paso entre la multitud que entra y sale, hasta que logro ordenar un café. Llevaba días preocupado por Ana, las cosas en casa no marchaban bien.

—Tenga —me habla el barista, sacándome de mis pensamientos al entregarme la bebida.

Desde mi posición alcanzo a ver una silla vacía cerca de la fila para ordenar. Con esfuerzo me llevo hasta ella y me siento. Reviso el móvil y leo una y otra vez los mensajes de texto de Ana, necesito buscar la manera de hablar con ella, de decirle la verdad a pesar de su estado.

—¿Quieres que te pida un té? —inquirió una voz conocida a mis espaldas, le hablaba con afecto a su acompañante, al que podía mirar de frente, un hombre de entrada edad, alto, rondaba los sesenta largos, de semblante formal.

—No, gracias, cariño. Compra uno para ti. —Se mete la mano al bolsillo frontal del pantalón y saca un billete de veinte dólares—. Debo tomar esta llamada —comenta, agita el móvil y luego agrega—: te espero afuera, aquí hay demasiada gente.

—Está bien, no me tardo.

Sin girarme para comprobar que mi suposición es correcta, sé que pertenece a la creadora de mi vida paralela, en la que me llamo Derek, estoy casado, tengo dos hijos, una minivan y un matrimonio de mierda. Además, soy banquero de profesión y un derrochador que tengo por costumbre llevar a mis conquistas de una noche a hoteles de cinco estrellas, para luego irme de juerga a París.

Ante mi golpe de suerte, me bebo el resto del café de un solo trago, me levanto y, me volteo decidido a toparme con mi rubia favorita, Penélope.

—¿Tan mal nos fue en París que ya me has sustituido con otro más ilustrado y sabio? Por no decir demasiado mayor para una chica como tú. —Agranda los ojos asombrada, sin embargo, ella es rápida, recobra la compostura de inmediato y asoma una lenta sonrisa.

—La verdad es que ese viaje a París fue toda una revelación —replica. Reparo en el lenguaje informal, ella siempre tan rebosante de seguridad.

Estoy feliz de habérmela encontrado, me he pasado un mes entero tratando de dar con ella, con decir que volví a la revista a diferentes horas del día, a ver si la veía rondar la zona, o algún tipo de conexión, pero nada. Me uno a ella en la fila para seguir conversando, luce preciosa como de costumbre, incluso hasta más joven con esa cola de caballo y esa pinta de gimnasio, fresca y despreocupada.

—¿Revelación?, que yo recuerde fue muy satisfactorio.

—Lo fue —dice y, se le sube el color al rostro al entender que me refiero a nuestro apasionado encuentro sexual, aquella noche en el Hotel Plaza—, hasta que decidiste terminar con la relación, algo acerca de... mm —se tranca, se queda en blanco mientras inventa una nueva suposición—. Ya me acuerdo, una despanpanante francesa que te flechó el corazón —agrega

divertida, con esos labios que no hacen más que provocarme ganas de besarla.

—La despampanante francesa, cierto, esa con la que hicimos el trio aquel fin de semana —le sigo la corriente—. Te cuento que el flechazo duró poco, en cuanto te fuiste ya no fue tan divertido. —Entrecierra los ojos negando con la cabeza— ¿Qué hay de ti y el nuevo pretendiente? ¿Algo serio? —Necesito saber si tengo que preocuparme. Suelta un largo suspiro. No me gusta.

—Mi relación es tan seria como lo fue la tuya con la francesa —coquetea conmigo y eso me agrada, me da alas para continuar.

—Es bueno saberlo. ¿Me permites? —Me apodero del móvil que sostiene en la mano y, me hago una llamada para asegurar que ambos tenemos los números.

—No debiste, Derek —me reprocha en cuanto se lo entrego—. ¿Debería preocuparme por este arranque tuyo de espontaneidad? ¿O, tal vez se deba a que te sientes amenazado por la competencia? —suelta con fingida desilusión antes de que me empiece a reír.

—Para demostrarte que no soy un hombre celoso, me iré ahora mismo para que puedas despedirte de tu cita. Luego, en tres horas, nos encontraremos en una dirección que te mandaré a través de un mensaje de texto. —Recorro su rostro con la mirada y la veo levantar una ceja a modo de «¿y este de qué va?»—. Te sugiero unos vaqueros y una blusa que te protejan del sol, nada elegante, por favor.

—Derek, no puedes estar hablando en serio. Sé que eres un banquero derrochador y todo eso, pero yo no puedo seguirte el ritmo, como editora de una revista tengo asuntos que atender. Asuntos realmente importantes —expresa con discreción, mientras comienzo a alejarme dando el tema por zanjado.

Entonces veo que cambia su expresión y el «No me hagas esto», que se va formando en sus labios, yo sigo retrocediendo y modulando: «nos vemos a las cinco en punto», abriendo y cerrando el puño hasta que salgo de la cafetería.

Apostando en silencio por un nuevo encuentro.



# Marina

## Penélope

Dos horas más tarde llego al apartamento y, en lo que me desplomo sobre la cama recibo un mensaje de texto de Derek con la dirección del lugar de encuentro. Busco su teléfono y le marco pensando, que volver a verlo es una locura que no debería repetir, o ¿sí?

—Penélope, si me estás llamando para adelantar la hora, déjame decirte que...

—Para, Derek, por favor. Déjame hablar, es en serio...

—¿En serio? Y cuando hemos hablado en serio, nena, ¿se puede saber?

—Nunca, lo sé, lo sé. Lo admito —exhalo derrotada—. Todo este enredo es mi culpa.

—Vamos, nena, arriba ese ánimo. No arruines lo que tenemos. Prometo no hablarte de mis hijos, ni de mi arruinado matrimonio, en vez de eso, voy a comportarme como un banquero derrochador. Será divertido. Venga, no digas que no.

Su tono animoso me convence, qué puedo decir, soy una mujer débil a ese acento australiano meloso y profundo, además, me lo merezco después del día que he tenido.

—Mmm, está bien, Derek. Pero hay un problema.

—Suéltalo.

—He quedado en verme con una amiga y ella anda acompañada.

—Vente con ellos, no hay problema.

—Bien, también quiero que sepas que no voy a volver a acostarme contigo —declaro y, lo escucho soltar una carcajada—. No estoy bromeando —le aclaro.

—Eso ya lo veremos. Por lo pronto ocúpate de llegar con tus amigos.

Corta la llamada dejándome en el aire y yo lo único que pienso es en como lucía en la cafetería. ¡Arrrg! Por todos los demonios, estoy perdiendo la cabeza, ese hombre con cuerpo de pecado se veía increíble en vaqueros y camiseta, de lo más casual y moderno.

—¡Maldición! Soy demasiado fácil —grito frustrada, mientras le escribo un mensaje de texto a Victoria avisándole del cambio de planes.

—Hija, ¿está todo en orden? —Entra mamá en la habitación.

—Sí, sí. Todo está en orden —digo, con la esperanza de que no me haya escuchado.

—¿Cómo te fue con tu padre?

—Bien, lo mismo de siempre, hablamos un rato y nos tomamos un café. —No quiero decirle la verdad, papá me hizo prometerle que lo mejor es esperar—. ¿Y mis hermanos? —Intento desviar la conversación.

—Se fueron a la reunión en el consorcio. —Suelto un suspiro de tranquilidad.

—Hay algo que no te he dicho —cambio de tema—. Voy a salir otra vez. Tengo una cita. —Si ella supiera...

—Cariño, eso es fantástico —me guiña un ojo—. ¿Lo conozco?

—No, no lo conoces. Me lo presentaron en la fiesta de la revista *HOME*, aquella gala que fui con Victoria —miento a medias para no entrar en detalles.

—Ya, bueno. De todos modos, me alegro de que salgas a divertirme un rato. Te lo mereces, hija, trabajas mucho.

—Es que quiero que todo salga bien con *Runway*, mamá. No deseo defraudar a mis hermanos.

—Lo sé, lo sé —afirma. Se acerca y me abraza con cariño, mi madre siempre ha sido muy afectuosa conmigo—. Bueno, te dejo para que te arregles con calma.

Abro la puerta del closet y me quedo mirándola salir tarareando una canción. Me pregunto por qué nunca volvió a casarse, al contrario de papá que está a punto de volver a hacerlo. Tengo que ingeniar algo para ayudarla a conseguir un novio, con el único hombre con el que sale de vez en cuando a cenar, es con su amigo el psiquiatra.

Debo apurarme, sobre todo ahora que me iré a vivir fuera de casa.

Me acuerdo de Victoria y le envío un mensaje de texto en el que le confirmo que tengo la solución a nuestra salida, pero no le digo con quién, solo que pase a recogerme a las cinco en punto, quiero ver su expresión cuando lo haga, porque este tercer encuentro con Derek ya no es coincidencia, parece más bien obra del destino.

Inhalo profundamente y me enfoco en sacar los vaqueros rasgados, los botines de tacón bajo y una camisa amarilla estampada de manga larga, confeccionada en cambray, un tejido ligero de algodón.

Dejo la ropa sobre la cama y me desplazo hasta la cómoda en busca de los accesorios a juego: una combinación de pulseras, anillos y cadenas. Y una vez que me las coloco, me aplico una capa de maquillaje; un toque de sombra, máscara para las pestañas, un poco de rubor y brillo de labios. Quiero lucir muy natural.

Cepillo mi larga cabellera y decido hacerme dos trenzas. Un estilo completamente nuevo, deseo que Derek me vea diferente, más yo.

A las cinco en punto atravieso la puerta doble del edificio para esperar a Victoria y, treinta segundos más tarde, llega mi amiga en su imponente todoterreno estacionándose enfrente, Noah sale del puesto del copiloto abriendo los brazos para saludarme con afecto.

—Me alegra verte —lo saludo.

Noah es un hombre atractivo, posee una contextura atlética y fibrosa, de ojos grises, mirada intensa, cabello castaño oscuro, lo lleva corto, aunque lo suficientemente largo para levantárselo con gel, nariz respingada y labios finos. Tiene un aire a Michael Fassbender, pero un poco más tostado por el sol.

—Luces estupenda como siempre.

—Gracias —le respondo al subirme a la parte trasera.

—¿A dónde vamos? —indaga Tori, detrás del volante con entusiasmo.

—A la marina, la de la calle 79, Boat Basin. ¿Conocen? —contesto.

—Claro que la conozco —contesta Noah metiendo la información en el dispositivo de GPS—. Una vez tuve que acompañar a un compañero de trabajo.

—Yo nunca he visitado la marina —se sorprende Tori, al ver la dirección en pantalla.

—Hoy es el día, preciosa. —Noah le acaricia el rostro con un dedo—. Nos vamos a navegar, señoritas.

—Eso parece —agrego sonriendo—. Derek es una caja de sorpresas —revelo, fijándome en la manera que Tori agranda los ojos como platos. Totalmente asombrada.

—Entonces nos vamos a encontrar con Derek.

Ambas reímos.

—Fue una trampa, me lo encontré esta tarde en el Starbucks cuando estaba con mi padre y él

asumió que...

—No me digas, creyó que tu padre y tú... —ríe abiertamente

—No te rías. Hablo en serio.

—Vamos, Kate, admite que la situación es divertida.

—Lo es, sí que lo es —digo, y la escucho reír—, de todas maneras, no sé si hice bien aceptando su invitación.

—¿Qué te hace dudar? —interviene Noah.

—El problema es que no nos conocemos como la gente normal y, de seguro asume que soy una chiflada. No creo que me esté tomando en serio, además, ¿qué tal si está comprometido? O peor aún, que mis suposiciones no son desacertadas y, es un hombre casado y lleno de hijos, ¿ah? Además, que no estoy preparada para tener una relación, menos ahora que estoy tan enfocada en mi carrera.

—Okey, te doy la razón en eso último que has dicho —me responde con seriedad—. ¿Entonces por qué aceptaste venir?

—No lo sé, Noah, pero estoy segura de que me dejé convencer por ese acento australiano que tiene —contesto, al darme cuenta de que hemos llegado, mientras que Noah suelta una carcajada.

Tanto mi padre como mis hermanos tienen botes, no es la primera vez que visito este lugar. Veníamos a menudo en mi época de adolescente, antes de que mis padres se divorciaran. Recuerdo a mamá con su enorme sombrero, protegiéndose el cutis de los rayos solares, cuidados que le han valido la pena, su piel lozana goza de una increíble tersura para su edad.

—Bueno, ya saben, a partir de ahora mi nombre es Penélope y por favor, no olviden que no podemos hablar nada acerca de mi carrera, ni mi vida personal.

—Intentaré, recordarlo —bromea Noah al bajarse.

—No te preocupes, amiga, soy una tumba.

Enseguida me entra un mensaje de texto de Derek, en el que escribe las indicaciones para llegar al bote. Le respondo con un escueto emoticono del pulgar hacia arriba y, le entrego el móvil a Noah para que nos guíe.

En cuanto diviso el imponente yate, me quedo paralizada al leer «*ANA*», en letras cursivas en azul marino. Ese nombre, siempre el mismo, me pregunto quién es ella y qué tan importante es para él.

—¡Penélope! —Alzo la vista y lo veo.

Se cambió la camiseta por una camisa manga larga blanca de algodón, abierta en la parte frontal hasta la mitad del pecho, dejando al descubierto sus enfáticos pectorales, remangada en los antebrazos, en uno lleva su imponente Rolex y, en el otro unas pulseras de plata increíblemente varoniles.

—Derek.

«No hay nada como un hombre que le gusta usar accesorios», pienso mirándolo embelesada. «Y yo que me he prometido no volver a acostarme con él», me recuerdo al borde del arrepentimiento.

—La espera se me ha hecho eterna —me recibe con una gran sonrisa, de esas que desarman—. Gracias por venir. —Me ofrece una mano con galantería ayudándome a abordar. Luego repite lo mismo con Tori y Noah.

—Si mal no recuerdo, no me dejaste otra opción —contesto, agradecida de que ambos llevemos puestos gafas de sol, así no puede darse cuenta de la manera en que lo miro.

Descarada. Indecente. Carnal.

—¡Bah! Tonterías, las opciones en estos tiempos están sobrevaloradas. ¿Me presentas a tus amigos?

—Por supuesto, te presento a mi mejor amiga, Victoria y a Noah, su ex.

—Es un placer conocerlos. Bienvenidos a bordo —les estrecha las manos.

—Gracias —responden al unísono.

—Pueden dejar los zapatos aquí —señala un espacio donde se encontraban los suyos—, el piso está recién pulido —nos explica.

—Vaya, que considerado. ¿Algún trastorno obsesivo compulsivo del que no hemos hablado? —bromeo como de costumbre.

Noah y Tori, se descalzan con agilidad y caminan en dirección a la proa. Me saco los botines y las medias y los dejo donde había señalado, agradecida de tener recién echa la pedicura.

—No, nada de trastornos, deja la paranoia —acuna mi rostro en cuanto me levanto y me calla con un ¿beso?

Este hombre sí que sabe besar, lo hace con una experiencia asombrosa, cierro los ojos, mientras dejo que nuestras lenguas se reconozcan. Le envuelvo la cintura con los brazos, para sentir la dureza de su cuerpo. Derek sigue haciendo magia con sus labios y por un instante, temo encariñarme con él, por lo mucho que me gusta lo que me hace sentir.

—Me besaste. —Rompo la burbuja y me alejo unos pasos llevándome un dedo a los labios.

—Nos besamos —rectifica—. Me gustan mucho tus labios, Penélope.

—Ya te dije que no me voy a acostar contigo, Derek, hablo en serio. No quiero que tengas una idea equivocada del por qué he aceptado venir. —No me lo puedo creer. ¿De verdad he dicho eso?

—Lo tengo claro, nena. Fue solo un beso, no le des tanta importancia —dice como si nada y me guiña un ojo, mientras se aleja.

—Noah, ¿me echas una mano con los amarres?

—Por supuesto.

# Navegando

## Penélope

El momento incómodo referente al beso pasa demasiado rápido, los chicos alistan el bote para zarpar mientras Tori y yo le damos un recorrido. Hace un día precioso, soleado y sin nubes. Nos dirigimos a la proa y agradezco en silencio el haberme hecho las trenzas, me agarro de la baranda y siento la brisa soplar en mi rostro a medida que la lujosa embarcación se adentra en las aguas dejando atrás los rascacielos de Manhattan.

—¿Qué hay de Noah? —rompo el silencio.

—Se apareció en el apartamento esta mañana, yo no me lo podía creer cuando abrí la puerta —se queda callada unos segundos—, me trajo flores y me dijo que me extraña.

Tori luce preciosa enfundada en una blusa azul claro a juego con unos pantalones ceñidos blancos. Ella es bajita y muy delgada, tiene el cabello castaño oscuro, lo lleva un poco más largo de los hombros, además posee los ojos color chocolate más adorables y expresivos que conozco.

—¿Qué le dijiste?

—No le dije nada, lo invité a entrar y le ofrecí café. Luego hablamos de cosas triviales, una cosa llevó a la otra y...

—No me digas que es lo que me estoy imaginando... ¿Se acostaron? —bajo el tono de voz.

—Y fue maravilloso —cierra los ojos sonriendo—. No sé qué va a pasar de ahora en adelante, Kate, pero no quiero que se vaya.

—Entiendo. —Le paso el brazo por encima de los hombros y nos quedamos viendo el paisaje.

Ellos hacen una pareja preciosa, yo tampoco quiero que él se regrese a Las Vegas, me gusta verla feliz y radiante. Espero que Noah haya vuelto para quedarse, de lo contrario mi amiga va a sufrir amargamente.

—Por cierto —dice después de un rato—, me encanta este hombre para ti, es apuesto, atento, educado y te lleva el ritmo como ningún otro. Hacen una bonita pareja.

—Deja de meterme ideas en la cabeza, Tori, ya bastante tengo con el atelier y mi familia. No estoy para romances. Esto que tenemos es perfecto, por ahora.

—No es por nada, pero deberías pensarlo mejor. Es tremendo partido, sin mencionar el hecho de que es la tercera vez que se encuentran... —se calla en cuanto sentimos que alguien se aproxima.

—¿Te gusta? —pregunta Derek uniéndose a nosotras.

—¡Me encanta! —exclamo alegremente—. Podrías vivir aquí, es enorme, suntuoso y elegante. Hace juego con tu vida de banquero derrochador.

—Me complace estar a la altura de tus expectativas —replica, yo sonrío, es imposible no hacerlo.

—¡Vengan para que conozcan el resto, todavía no han visto la cocina y los camarotes con baño incorporado! —grita Noah, desde la butaca de mando.

—No lo hagamos esperar —bromea Derek, esbozando una sonrisa torcida.

Nos unimos a él en la espaciosa y cómoda cabina con butacas de piel, sofás y aire acondicionado.

—Camarotes, cocina... —Abro los ojos—. ¿Te dije que me encanta?

—Sí, creo que mencionaste algo de eso —responde Derek señalando con el dedo a su izquierda—, también hay un equipo de entretenimiento con música y televisión. —Tori aplaude contenta, a ella le gusta mucho la música.

—Pondré música, si no les molesta —declara, Tori.

—Por favor, todo tuyo —le dice galante.

—¿Alguna canción en particular? —le pregunta encendiendo el equipo de sonido.

—Confío en tu buen gusto.

—¡Uff! Y además cuenta con un moderno sistema de navegación y seguridad —agrego pasando los dedos por el tablero.

—¿Sabes de botes? —inquire con asombro.

—Solo un poco —admito, no quiero dar explicaciones ni hablar de mi familia—. ¿Es tuyo?

—¿Quieres que lo sea? —cuestiona con picardía.

—Eres un banquero derrochador, creo que podrías permitirte un gusto como este —contesto, usando el mismo tono bajo y meloso.

Paso frente a él, rozo su brazo a propósito y no puedo evitar estremecerme. Me gusta mucho, por no decir... demasiado.

—He comprado cerveza y comida, por si les apetece —dice muy cerca de mi rostro. Levantándose la gafas de sol, clavando sus hermosos ojos en los míos, invadiendo mi espacio personal.

—Todo un detalle —contesto, repitiendo lo que él acaba de hacer, me saco las gafas y las coloco por encima de mi cabello.

Mientras Noah sale disparado a la cocina en lo que escucha la palabra «comida».

—¿Has comprado suficiente como para un ejército! —exclama y todos nos reímos.

—Iré a ayudar a Noah —le aviso a Derek antes de bajar los escalones.

—Te acompaño.

¿Será celoso?

De camino Tori se nos une sonriendo con alegría, moviéndose al ritmo de la música.

—Derek, te felicito. Excelente elección de restaurante —lo elogia Noah, mientras sustrae los envases de comida y los coloca sobre una mesita.

—¿Lo conoces? —pregunta Derek.

—Sí, es el mejor de comida australiana que puedes encontrar en Manhattan. Eres australiano, ¿cierto?

—Así es. ¿A qué te dedicas, Noah?

—Soy chef.

Los dos se enfrasan en una conversación acerca de restaurantes y yo me alejo unos pasos para buscar algo de beber. Abro el refrigerador, está repleto de botellas de agua y cerveza.

—¿Quién quiere cerveza? —ofrezco y todos gritan: «Yo».

Saco cuatro, las destapo y le digo a Tori que me ayude a llevárselas a los chicos.

—¿Y estas galletas? —agito el empaque al entregarle el botellín—. No las conozco.

—Se llaman Tim Tam. Son mis favoritas. —Arrugo la cara—. No me vengas con que eres de las chicas que solo comen lechuga y toman agua. —Ahora soy yo la que me río.

—No, no sufro de ese mal. ¿Son australianas? —retomo el tema de las galletas.

—Sí, son australianas.

Abro la bolsa, saco una y le doy un mordisco, son deliciosas, dos galletas rellenas de crema, cubiertas por una capa de chocolate.

—Muy buenas... —Me detengo al sentir su dedo limpiarme una borona en la quijada.

—De tus labios deben saber mejor —susurra en mi oído, provocándome un delicioso calor entre las piernas.

—¡Y falta que prueben el «Barramundi» y los «Rollo de Salchicha»! Este hombre ha comprado de todo —exclama Noah sin darse cuenta de que estamos a unos pasos de él.

—Pues no esperemos más, con todo lo que han hablado de comida ya me dio hambre, ¿te ayudo? —se ofrece Tori.

—Llévemolo todo a la mesa —sugiere Derek.

—Llevaré los cubiertos —agrego para sentirme útil.

Nos movemos en equipo y en menos de cinco minutos, nos sentamos en la popa a disfrutar del banquete mirando una hermosa puesta de sol.

—Esto está muy sabroso, ¿cómo me dijiste que se llama este pescado? —le pregunto a Noah.

—Barramundi —contesta llevándose un bocado a la boca.

—Barramundi, es un pescado al que los aborígenes llamaron «pez de río de escamas grandes», es muy popular en Australia, tal vez se deba porque se puede hacer a la barbacoa, a la plancha o simplemente freír. —Derek habla con orgullo de sus raíces, eso me gusta.

—Estos rollos de salchichas también están muy buenos —opina Tori.

—Mójalos en esta salsa napolitana —se la acerca, Noah—, te va a encantar.

Hago lo mismo y cuando lo pruebo siento una explosión de sabores en mi boca.

—Esta comida es muy sabrosa —me llevo otro trozo de pescado a la boca—. ¿Cocinas, Derek?

Este hombre ha despertado mi curiosidad, pero sé que debo andarme con cuidado.

—Me gustaría decir que sí, que toda esta comida la he preparado con mis manos, aunque como ya saben, este festín lo he comprado en un restaurante que me recomendó un amigo.

Todos reímos y luego alzamos la bebida bajo el resplandor de los últimos rayos que bañan el agua.

—Por las casualidades —dice Tori mirando a Noah.

—Y los atardeceres —agrega Noah.

—Por Penélope —añade Derek guiñándome un ojo.

—Por Derek —pronuncio regalándole una sonrisa.

Le damos un largo trago a la cerveza, luego Tori saca el móvil y toma una foto en la que salimos todos.

—El paisaje es precioso, Noah aprovechemos la luz para sacarnos unas fotos del otro lado del bote —se levanta Tori y él la sigue hasta la baranda.

Derek vuelve a darle un trago al botellín, estudio la nuez de su garganta mientras sube y baja. Se pasa la mano por el cabello y se lo deja desaliñado, bajo los ojos a la abertura de su camisa, aprecio su torso semidesnudo y recuerdo ese pecho en mi mano, esa garganta en mi boca y mis dedos viajando sin freno por sus fuertes hombros, cuando estuvimos juntos en el hotel. Subo la mirada y lo descubro mirándome con intensidad, acortando el espacio que nos separa.

No me muevo. Deseo que me acaricie el rostro y que pegue sus labios a los míos.

—Quédate conmigo esta noche —me susurra al oído rozándome la mejilla, me estremezco de deseo al sentir su cálido aliento en la base del cuello.

—Créeme que ganas no me faltan, pero no debo.

—¡Penélope! ¡Derek! —exclama Tori—. Vengan, desde este ángulo salen unas tomas impresionantes.

Y soy salvada por la campana. Después de la sesión fotográfica, nos quedamos conversando.

—Entonces Victoria, tú eres la mejor amiga de Penélope —indaga Derek.

—Así es. Nos conocemos desde hace un montón de tiempo —le responde Tori.

—¿A qué te dedicas?

—Soy editora de la revista HOME.

—Ya —asiente y sonrío atando cabos—. ¿Y a Victoria desde cuando la conoces? —le pregunta a Noah.

—A Victoria la conozco desde hace varios años. En aquella época no creía en el amor a primera vista, me burlaba de mis amigos cuando contaban esas historias, hasta que conocí a esta mujer maravillosa —le dedica una mirada—. Me enamoré de ella cuando entró en la habitación de mi hermana, las dos estudiaban juntas el último curso de la preparatoria, en cuanto la vi me quedé sin palabras, esos primeros tres minutos fueron cruciales.

—Lo de nosotros fue mutuo —añade Tori, sonriendo—. Llevaba semanas escuchando a Leonor, su hermana, hablarme con orgullo de Noah, recuerdo que me contaba que se había graduado de chef, que cocinaba como los dioses —le acaricia la mejilla—. Cuando lo vi en su habitación aquella tarde, supe que...

—Nunca me lo habías contado —la interrumpe embelesado.

—Bueno, ahora lo estoy haciendo —le da un beso fugaz en los labios y continúa—. Supe que me enamoraría de él. Ese día me quedé hasta tarde con su hermana terminando los deberes y, cuando llegó la hora de marcharme Noah se ofreció llevarme a casa.

—Su casa estaba a la vuelta de la esquina—explica Noah—, lo supe cuando me dio la dirección, pero me hice el perdido para retenerla un rato más y cuando aparqué frente a la puerta, no hallaba cómo despedirme.

—Me acuerdo de que le dije: «Gracias por traerme», apenas modulé nerviosa, luego salí cargando el morral en el hombro y cuando comencé a caminar, escuché que se cerraba la puerta del coche y lo vi seguirme, «¿qué se supone que estás haciendo?», le pregunté.

—Y yo le respondí: «Te acompaño hasta la puerta, es tarde y está oscuro», fue lo único que se me ocurrió.

—Cuando llegamos a la entrada —continúa Tori—, saqué la llave del morral y me preparé para despedirme, sin embargo, en lo que alcé los ojos, lo vi ahí parado con las manos metidas en los bolsillos delanteros de los vaqueros, lucía adorable. En ese momento supe que deseaba volver a verlo.

—Estaba nervioso, Victoria me resultaba hermosa y no deseaba por nada del mundo que me rechazara, sin embargo, me animé y le dije: «No me quedo muchos días, ¿cenarías conmigo mañana?»

—No me pude resistir —los dos se sostienen las miradas con afecto—, le dije que sí.

—Qué historia tan bonita —comento conmovida—, amiga, gracias por compartirla con nosotros.

—No me lo tomes a mal, Victoria, pero Noah se merece que le des otra oportunidad —propone Derek rodeándome por la cintura.

—¿Cuánto te pagó? —le pregunta Tori bromeando y todos reímos.

Verifico la hora, son casi las ocho de la noche.



—Siento ser una aguafiestas, se nos está haciendo tarde.

—Un ratito más, amiga —me pide Tori haciendo puchero—. No me quiero ir todavía.

—Yo tampoco quiero que se vayan, ¿un ratito más? —añade Derek, usando las mismas palabras de Tori y yo me derrito con ganas de besarlo—. Hacía años que no disfrutaba de un paseo como este.

—Nos quedamos entonces —sentencio derrotada, dejándome abrazar por este hombre que de a poco se está ganando mi cariño.

## *Horas más tarde*

Recibo un mensaje de texto del arquitecto mientras termino de ponerme el pijama.

**Preston**

*¿Estás bien, Kate?*

**Kate**

*Sí. ¿Qué te hace pensar que no lo estoy?*

**Preston**

*No sé si lo sabes, pero hoy me reuní con tus hermanos. ¿Te dieron algún problema con la segunda planta?*

**Kate**

*Ya. Bueno, lo de siempre, me sobreprotegen demasiado, no entienden que su hermana se ha convertido en una mujer. ¿Se quejaron contigo?*

**Preston**

*No, pero por sus rostros y comentarios fuera de lugar, deduje que no estaban al tanto de la situación.*

**Kate**

*Lo siento, no debí meterte en el medio. Es mi culpa.*

**Preston**

*Nunca te disculpes por tomar tus propias decisiones, estás en tu derecho de querer independizarte. No te sientas mal por eso.*

**Kate**

*Lo sé, pero en mi caso, son ellos los que van a pagar la factura. Debí ser sincera desde un principio.*

**Preston**

*Tal vez pensaste que lo entenderían.*

**Kate**

*Sí, ese fue mi error, asumir. En todo caso ya lo he solucionado. Gracias por estar pendiente de mí, gracias de corazón.*

**Preston**

*No me agradezcas, lo hago con gusto. Yo también lo he solucionado, Kate, ya no tienes que preocuparte por ellos.*

¿A qué se refiere con lo último que dijo de: «ya no tienes que preocuparte por ellos»? No me queda claro, de todas maneras, no le voy a dar importancia, ya bastante con el mal rato que pasó con mis hermanos, para seguir insistiendo en el tema.

**Kate**

*¿Preston?*

**Preston**

*¿Kate?*

**Kate**

*Me gustaría hacerte una pregunta.*

**Preston**

*Adelante.*

**Kate**

*¿Por qué nunca nos hemos reunido en persona? A veces siento que todo el mundo te conoce menos yo.*

**Preston**

*Porque el universo no ha estado de nuestro lado, esa vez que fuiste a mi oficina, yo me encontraba cerciorándome de que construyeran la tuya. Y si con todo el mundo te refieres a tus hermanos, entonces tienes razón, no es justo que no tengamos el placer de conocernos. De todas maneras, lo haremos el día que se te haga entrega del local.*

**Kate**

*Suena convincente, ya pronto nos veremos.*

*Buenas noches, mi querido arquitecto.*

**Preston**

*Buenas noches, mi querida diseñadora de modas.*

Corto la conexión y en seguida recibo las fotos que nos sacamos en el yate, Derek acaba de enviármelas por mensaje de texto. En varias salíamos todos sonrientes, posando para el lente del móvil, pero en dos de ellas salíamos los dos solos, desplegando unas auténticas sonrisas, me quedo detallando nuestra imagen, Derek es tan apuesto, tan educado y lleno de detalles. Ese hombre me agrada y me abruma.

El móvil suena y me trae al presente, reviso la pantalla y sonrío, es Derek por FaceTime.

—¿Te llegaron las fotos? —Se pasa la mano por el cabello sin dejar de observarme. Está sentado en el sofá de piel de la cabina de mando.

—Sí, las acabo de recibir, gracias. —Desvía la mirada por un momento, entonces lo veo alzar un botellín de cerveza—. Por cierto, deberías borrarlas, no quiero que las descubra tu mujer y pasar a ser de amante divertida a la causante de tu divorcio.

Se ríe, me gusta como suena su carcajada, su voz y esa manera tan intensa con la que clava su mirada en la mía, cómo si me estuviera estudiando.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto una vez que para.

—En ti.

—Eso es peligroso. No deberías.

—No te puedo sacar de la cabeza Penélope, no dejo de darle vueltas a eso que me dijiste la noche que tuvimos sexo en el Plaza.

«Y yo tampoco», pienso.

—¿A qué te refieres? —me hago la desentendida para escucharlo elaborar la respuesta—. Esa noche dije muchas cosas...

—Si mal no recuerdo, fue algo así como que te gustaba el tamaño de mi pene y lo bien que encajaba en tu sexo apretado. —Los ojos le brillan y no puedo evitar sonrojarme.

—Eres un perverso. ¿No me digas que me estás llamando para tener sexo por video? —Despliega una sonrisa maliciosa, lo que me confirma que no estoy equivocada.

—No sería mala idea.

Por supuesto que no es mala idea, en realidad es una idea magnífica sobre todo ahora que comienzo a sentir una creciente necesidad que late entre mis piernas.

—Te aconsejo una ducha con agua fría. Es tarde y mañana tengo que trabajar.

—¿También te darás una ducha fría? —inquire en plan de broma con doble intención.

—Derek, no te pases —le advierto, y él alza las manos en señal de rendición.

—¿Sé puede saber qué me estás haciendo, Penélope? —su tono es bajo, no digo nada—, creo que tengo derecho a saberlo, porque esto que me está pasando contigo no es normal, con decirte que estoy a punto de dejar mi trabajo en el banco, buscar a un abogado y legalizar mi divorcio.

Ahora soy yo la que me río, este hombre se ha vuelto loco.

—No olvides arreglar una buena manutención para los gemelos —agrego.

—Cierto, los gemelos —repite y la expresión de su rostro se endurece—. ¿Alguna vez hablaremos en serio?

Me gustaría decirle que sí, que me llamo Kate y que soy diseñadora de moda, que me gustan las gominolas y el café moca de Starbucks, que duermo sin ropa interior y que desde que tuvimos sexo, me he masturbado varias veces pensando en su increíble pene.

—Algún día —admito solemne—. Buenas noches.

—Buenas noches.

# Condenadas

## Kate

### *Un mes más tarde*

Me hallaba sentada en la silla frente a la máquina de coser, cuando Marta una de las costureras, me avisa que hay una mujer en la puerta del local hablando con Liliana, mi asistente.

—Pregunta por usted, señorita Kate, parece famosa.

—¿Famosa? —¿Quién podrá ser? Las únicas personas que conozco son Colette y Nicole—. Gracias por avisar, Marta y, por favor, dígalas a las chicas que no olviden planchar las prendas con la plancha de vapor antes de colgarlas en las perchas. Mañana estaremos operando desde el atelier.

—No se preocupe, todo estará listo.

Me levanto y camino por el angosto pasillo hasta la entrada, en lo que salgo, me encuentro con Nicole enfundada en uno de sus impresionantes uniformes de carreras. Recostada en una imponente motocicleta, sostiene el casco con una mano y se arregla el largo cabello con la otra.

—Nicole —digo y, me le quedo mirando sorprendida de verla en Brooklyn—. ¿Qué haces aquí?

—Kate, disculpa que haya venido sin avisar...

—¿Cómo supiste donde encontrarme? —la interrumpo.

—Tu madre me dio la dirección. Tenemos que hablar. No me gusta que entre nosotras exista esta tensión insoportable.

Después de aquel mensaje de texto que le envié la noche de la gala de la revista Home, más nunca le contesté.

—No tenemos nada de qué hablar, lamento decirlo, pero has perdido el viaje.

—No digas eso, desde que me enviaste aquel mensaje de texto, sé que estas molesta conmigo y no te culpo, tienes derecho a sentirte herida y traicionada. Por eso, en vista de que no me has contestado ninguno de los mensajes y llamadas, me he tomado la libertad de venir personalmente —da dos pasos al frente—. No me iré de Nueva York hasta que hablemos y aclaremos este asunto —me dirige una expresión triste.

—¿No te parece que es demasiado tarde para eso? —bajo la voz— ¿Cuántos meses han pasado?

—No lo sé, sin embargo, lo que, si tengo claro, es que nunca es tarde para que dos amigas hagan las paces —asegura, yo no digo nada, solo le sostengo la mirada—. Kate, solo te pido que me des la oportunidad de explicarme, por favor.

Suena sincera, no puedo negarme, pienso en Max, en que muy pronto se convertirá en su esposa, sería una estupidez de mi parte, además, aunque quisiera, tampoco tengo derecho a odiarla por estar del lado de su hermano.

—Está bien —confirmo la hora en mi Apple Watch—, no tengo mucho tiempo, pero te

escucho.

Se relaja, suelta el casco y lo coloca encima del asiento.

—Quiero que sepas que no voy a justificar las acciones de Jack, sé que estuvo mal, que es un cabrón por lo que te hizo y que lo que le está pasando es una consecuencia de sus actos.

—¿Le está pasando? —inquiero extrañada.

—Sí, le está pasando. La chica con la que lo viste en la fiesta está embarazada y ahora, él se siente en la obligación de casarse con ella —su voz es suave y pausada, me siento estúpida por haber sido tan dura con ella—. Y, si te sirve de consuelo, pienso que mi hermano es un imbécil que nunca supo valorarte.

La cabeza me da vueltas, pienso en la suerte de Jack; va a convertirse en padre, en un hombre de familia, cuando en realidad es un muchacho que todavía no sabe lo que quiere. De pronto, siento lástima por esa pareja, por su futuro y por el rumbo que han tomado sus vidas en tan poco tiempo.

Las dos nos sostenemos la mirada, todo este rollo es una mierda que no vale la pena, estoy cansada y asqueada de lo que acabo de escuchar.

—Sí que lo es, es el imbécil más grande del mundo.

—Estoy totalmente de acuerdo, ha perdido a una mujer maravillosa —declara y, se acerca un pocos centímetros.

—¿Por qué me dices todo esto, Nicole?

—Porque te aprecio Kate y, pienso firmemente que tienes derecho a saber la verdad.

«La verdad», repito mentalmente, y ahora que la sé, ¿en serio me importa?, quiero creer que sí, pero sería una gran mentira admitirlo. Me inclino por afirmar que a pesar de que llegué a quererlo en una época, ya no lo hago. Ahora, mi prioridad es mi carrera, triunfar con *Runway By Kate* y no dejarme engañar por ningún otro hombre. Ninguno.

—Yo también te aprecio, Nicole, y, si te soy sincera, creo que lo que más me dolió de todo ese mal rollo con tu hermano, fue el sentirme sola.

—No digas eso Kate, no estás sola, tienes una familia preciosa, tus hermanos te adoran y te apoyan. Nunca dudes de ellos. —Las lágrimas me ruedan por el rostro al corroborar que Max no estuvo solapando a Jack.

—Lo sé, pero, por un lado, no podía contarle nada a Frank, ya sabes que sufre de mal genio y ni me quiero imaginar lo que le hubiese hecho a Jack, y contárselo a Max, es complicado.

—¿A qué te refieres con complicado?

—Pues, que sé cuánto te ama, sería una insensatez de mi parte ponerlo en la molesta situación de estar en medio de nosotras dos.

—Kate, que mal me siento —dice Nicole al tiempo que se acerca unos pasos, acortando el inmenso espacio que nos separa—. Me enteré una semana más tarde, después de que volvimos de celebrar nuestro aniversario. Cuando Jack me lo dijo, quise matarlo con mis propias manos, pero por suerte, mi madre se interpuso —comenta y, sus ojos se llenan de lágrimas.

De repente me siento mal, tal vez he sido muy rápida al juzgarla, no tiene caso que siga molesta con ella, menos ahora que nos hemos sincerado. Ahora soy yo la que me acerco, la abrazo y lloramos por unos instantes.

—¿Sabes una cosa? —Ella niega con la cabeza al separarnos—. Ya no tiene importancia, créeme que entiendo el que hayas preferido quedarte al margen.

—Eso quiere decir que ¿volveremos a ser amigas otra vez? —pregunta expectante.

Las dos nos limpiamos las lágrimas y de alguna manera la situación es un poco graciosa.

—¿Podremos ser amigas después de todo esto? —entrecierro los ojos con perspicacia—. No lo sé, pero de algo sí estoy segura, estamos condenadas a convivir en la misma familia. —Reímos con fuerza y la tensión que una vez hubo se desvanece.

—Gracias Kate por darme una oportunidad.

—Bueno, no te emociones mucho, que eso te va a costar un poco.

—Ya decía yo —sonríe—. A ver, pide lo que sea... —Asumo una sonrisa maliciosa.

—¿Tienes un casco que te sobre?

—Claro —abre el compartimiento trasero y me lo entrega—. ¿A dónde quieres ir?

—Llévame a *Runway by Kate*, quiero que lo conozcas.

—Estaba esperando que lo dijeras.

—Hay más.

—¿Más?

—Y no puedes negarte —le advierto.

—Por supuesto que no.

—Serás mi modelo estrella, la que saldrá al final del desfile y me acompañará en la pasarela.

—Será un honor —afirma y, despliega una amplia sonrisa mientras me ayuda con el casco.

# Local

## Kate

—¿Cómo va el local? —pregunta Frank, sentándose a los pies de la cama.

—Mañana me lo entregan. Estoy super ansiosa, no creo que pueda dormir esta noche. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo se siente estar de vuelta en la ciudad?

—Raro —dice y, suelto una carcajada al verlo con cara de aburrido—. ¡No te rías! —me lanza un osito de peluche que todavía conservo de cuando era niña.

—¿Qué tiene de raro?

—Que tengo mucho tiempo libre y no estoy acostumbrado a eso, ya sabes. El caos en la oficina, el móvil que no para de sonar. Jamás imaginé que extrañaría esas cosas. —Exhala con fuerza.

—Tal vez te hace falta buscarte una afición —le arrojo el osito de vuelta—, ¿qué tal si me ayudas con la mudanza? Yo podría mantenerte ocupado por días si me dejas.

—Muy graciosa —se levanta de la cama—, ¿qué tal si contratamos a un servicio de mudanza y nos vamos a Long Beach? Tengo años que no voy por allá.

—¡Ja! Te recuerdo que yo, por el contrario, tengo muchas cosas que hacer y lo que menos me sobra es tiempo para andar de guía turística —lo jalo de la manga para que no se vaya—, ¿qué tal si llamas a Carol y la invitas a visitar la ciudad? Con ella podrías matar el aburrimiento —me burlo. Él me fulmina con la mirada.

—Hemos terminado —admite. No me lo puedo creer, pensé que no llegaría a vivir este día.

—¿Hablas en serio? —Asiente con la cabeza, entonces se me ocurre una idea—. ¿Qué tal si llamas a Madison y le pides una cita? —Arqueo una ceja esperando su respuesta.

—¿Qué tal si dejas de meterte en mis asuntos, hermanita? —inquire con ironía zafándose de mi agarre, dirigiéndose hacia la puerta.

—Buenas noches, gruñón —comento al verlo salir de la habitación.

—Buenas noches, celestina.

Dos horas más tarde, me doy una ducha, me pongo el pijama, me cepillo los dientes, el cabello y me meto a la cama con la intención de relajarme, mañana será un día de emociones. En lo que hago un amago para taparme con las cobijas, suena el móvil. Lo tomo y verifico la pantalla:

—¿Derek?

—Mi querida, Penélope, si no te llamo no me llamas ¿ah?

—El deber me ha mantenido muy ocupada.

Era verdad, después del paseo en el bote nos volvimos a ver entre semana, siempre fiel a la promesa de no volver a acostarme con él.

Un día fuimos a correr juntos por Central Park. Otro día salimos a almorzar en la mitad de la siguiente semana, en un pequeño restaurante cerca del taller de costura en Brooklyn y, la última vez, nos tomamos un café en el Starbucks cerca del edificio.

—Excusas, excusas. Yo también podría decir lo mismo, pero ya ves, soy un hombre que le gusta tener prioridades.

—¿Qué quieres decir con prioridades, exactamente?

—Quiero verte antes de marcharme. —Me quedo en silencio sin saber qué decir, ¿acaso se regresa a Australia para siempre?

—Penélope, ¿sigues en la línea?

—Sí, lo siento, es que me entró otra llamada —le invento—, ¿decías?

—Te decía que una tarjeta espera por ti en el vestíbulo del Hotel Plaza, por si te apetece pasar a darme un beso de buenas noches. —Suelto una carcajada.

—¿Estas de broma?

—No, nunca he hablado más en serio en toda mi vida —lo escucho exhalar y, por primera vez siento cierta inseguridad en su tono de voz, ¿teme que lo rechace?—. ¿Vendrás?

—¿A nombre de quién me dijiste que dejaste la llave en el vestíbulo? Es solo por pura curiosidad.

—P e n é l o p e... —pronuncia despacio y, cierra la llamada sin darme tiempo a pensármelo mejor.

No sé qué me excita más, si esta inesperada invitación o el hecho de conocer al arquitecto mañana en el local. Tengo tantas ganas de ponerle un cuerpo de carne y hueso a sus palabras. Es estúpido que lo diga, pero creo que entre los dos existe una química genuina. No quiero decir que con Derek no la tenga, porque la de nosotros es explosiva, sin embargo, con él todo es un juego lleno de mentiras y suposiciones absurdas, nada de lo que hablamos es real.

Entonces suena el móvil con un mensaje de texto.

**Preston**

*¿Despierta?*

**Kate**

*Sí, no puedo dormir.*

**Preston**

*Lo puedo imaginar, en cuestión de horas podrás tener las llaves de tu futuro negocio en las manos.*

**Kate**

*Y al fin podremos conocernos.*

**Preston**

*Por eso te escribo, me ha surgido una emergencia familiar.*

¿Emergencia familiar? ¿O es una excusa para no darme la cara?, quiero preguntarle, aunque me guardo las palabras, primero muerta antes que parecer desesperada, he aprendido la lección y no volveré a cometer el mismo error.

**Kate**

*Entiendo. Gracias por avisar.*

**Preston**

*Kate, te prometo que estaré el día de la inauguración.*

**Kate**

*Preston, no hagas promesas que no puedas cumplir. Buenas noches.*

Molesta, apago el móvil y me levanto de la cama. Tengo que arreglarme para mi australiano favorito.



# Suite

## Derek

Cierro la llamada y le escribo un mensaje de texto a Ana, en el que le notifico que no me espere despierta. Ella me contesta con un escueto: «Cuídate. TQM». Apago el móvil, no deseo ningún tipo de interrupciones mientras Penélope esté conmigo.

Al salir de la ducha, me anudo la toalla alrededor de la cadera, tomo otra del estante y me seco los brazos, el pecho y el cabello, por un momento observo mi reflejo en el espejo, «debería afeitarme», pienso, pasándome la mano por la barba, o «por lo menos rebajármela», salgo a la habitación en busca de la afeitadora en el mismo instante que abren la puerta.

Me emociono, no puedo evitarlo, ella, Penélope, es en lo único que pienso últimamente. En el delicioso sonido de su voz, en su inagotable sentido del humor, el olor de su cuerpo y en esos labios carnosos y tentadores. La escucho pronunciar un: «Hola, hola», en tono cantarín, la busco con los ojos y, al verla cambio de parecer, ya es demasiado tarde para afeitarme, ha llegado.

La repaso entera, luce espectacular como de costumbre, lleva un vestido estampado con volantes en la falda, dejando al descubierto sus largas y esbeltas piernas que terminan en unos zapatos altos, que realzan su elegancia. La parte de arriba se sujeta en el cuello por un lazo, se ha recogido el cabello de un lado y maquillado con ligereza. Penélope posee un gusto exquisito para vestirse, cosa que me encanta.

—Wow, Derek, no mencionaste nada acerca de una pijamada nudista —reclama enarcando las cejas, colocando su bolsa tipo sobre, encima del sofá de dos plazas, devorándome con sus hermosos ojos azules.

—Es un detalle fácil de solucionar —le contesto con voz gruesa.

Ella avanza, se detiene frente a mí y, con las dos manos, acaricia mis pectorales con la yema de los dedos, ese simple contacto, provoca que mi pene se levante.

—Me encanta tu cuerpo —me elogia mordidiéndose el labio inferior. Es una provocadora.

—Ven aquí —gruño tomándola de la cintura con ambas manos y, la arrastro hasta que su busto se pega a mi pecho, estamos tan cerca que siento una de sus piernas entre las mías, en cuanto posa los ojos en mis labios, la beso.

Me la quiero comer, deseo arrancarle la ropa y empotrarla contra la pared, pero entonces recuerdo que andaba en plan «no voy a acostarme contigo», por lo que me detengo. No me gusta que me rechacen.

—Gracias por venir a darme un beso de buenas noches —le digo al separarnos, luego la hago girar—. Estás preciosa.

—Gracias, me arreglé para él.

—¿Para él? —pregunto asombrado, debe ser otra de sus bromas.

—Sí, para él —afirma, al tiempo que coloca una mano por encima de mi miembro y lo aprieta—. Puede que sea joven y nueva en esto de salir con un hombre de tu edad, Derek, pero sé exactamente a quién quiero impresionar y créeme cuando te digo que es a él. —Sonrío, es

imposible no hacerlo.

—Eso jamás lo pondría en duda —contesto—. ¿Lo extrañabas? —Coloco una mano sobre la suya para ejercer más presión.

—Demasiado —reconoce entrecerrando los ojos. Es una coqueta.

No tan solo me gusta que lo extrañe, me pone mucho.

—¿Solo a él? —inquiero. Subo las manos y la abrazo por la cintura, meto la cabeza en su cuello e inhalo, huele tan bien, es tan suave, tan delicada...

—No he venido a inflar tu ego más de lo que ya lo tienes.

—Te aseguro que un elogio más, no me hará daño —declaro, ella acuna mi rostro y deposita tiernos besos por toda mi cara. Me siento como un adolescente, caliente todo el tiempo cada vez que la veo.

—Eres adorable y sabes de sobra lo apuesto que eres —replica y, yo sonrío complacido—. ¿Contento?

—Mucho. —Escucharlo de sus labios me agrada más de lo que admito.

Nos fundimos en un beso apasionado, me estoy encariñando con ella y no debería, sobre todo ahora con la situación familiar por la que atravieso con Ana, pero es tan dulce y cariñosa que me es imposible resistirme a sus encantos, a su voz y al cuerpo que se gasta.

—¿Has levantado ya el castigo? —indago con voz ronca, ardiendo de deseo al separarnos, no me aguanto más—. En el bote me dejaste claro que no volverías a acostarte conmigo y ni hablar de todas las veces que los has repetido cada vez que nos vemos.

—Lo sé, lo sé, pero si te soy sincera, no sé para cuál de los dos ha sido el castigo, porque yo me he vuelto una viciosa de masturbarme pensando en ti desde que tuvimos sexo en este hotel.

Suelto una carcajada, no me puedo creer lo que ha dicho. Las palabras se repiten en mi cabeza: «Viciosa». «Se masturba pensando en mí». No sé qué pensar, esta es la primera vez que una chica me dice algo igual.

—Ah, ya, te da risa.

—No, por supuesto que no, me he reído por la manera que lo has dicho —aclaro. Le acaricio el rostro y puedo ver que se ha sonrojado—. ¿Sé puede saber qué ha cambiado desde el día del bote hasta hoy? ¿Acaso alguien o algo te ha hecho reflexionar sobre lo buen partido que soy?

Vacila, retrocede unos pasos, parece que va a decir algo, sin embargo, cambia de opinión demasiado rápido, me pregunto qué piensa, y sin más, desata el lazo de su cuello y se desabrocha el vestido, la prenda cae deslizándose por sus largas piernas, dejándola en ropa interior y con los zapatos altos.

—¿Cambiado? —su tono es bajo y sensual—. Nada o todo. De todas maneras, en este momento eso no tiene importancia, porque lo único que quiero esta noche, es que nos olvidemos de los castigos innecesarios, las diferencias de edades y las reflexiones —sentencia y, se acerca otra vez colocando las manos en la toalla, la abre y sale mi pene como un resorte, luego la deja caer, dejándome totalmente desnudo frente a sus ojos—. ¡Shhh! —Penélope se lleva un dedo a los labios para que no diga nada y, de repente, se arrodilla, lo toma con ambas manos y... ¡Oh, maldita sea!, se lo mete en la boca.

Chupa con fuerza mientras lo agarra con las manos por la base, y las mueve arriba y abajo, con lentitud. Cierro los ojos, me ha tomado desprevenido, este arranque apasionado no me lo esperaba. Los abro al escucharla emitir un suave gemido.

—¡Ah! —se me escapa, y a medida que Penélope gana más confianza, levanto las caderas y me empujo más adentro en su boca, pensando en que, si ambos seguimos a este ritmo, voy a

eyacular en cualquier momento.

—¿Te gustó? —pregunta un momento después, le da una última lamida y se levanta.

—Déjame agregar: «felación» ... —Acuno su rostro con ambas manos mirándola a los ojos—, a la lista de cosas que me fascina que me hagas —murmuro y, la beso—. Ven conmigo, voy a demostrarte cuánto me gustó.

# Adiós

## Penélope

Lo observo abrir el preservativo, lo saca y estira para ponérselo con facilidad y aunque me recrimino al instante, no puedo dejar de pensar en todas las veces que Derek debe haber repetido esta acción.

¿Debería importarme su pasado? «No, para nada, déjate de prejuicios», me digo apartando esos absurdos pensamientos de mi cabeza.

Estoy excitada y con el corazón latiéndome a toda velocidad cuando se coloca en medio de mis piernas, suelto el aire que había estado aguantando, en lo que siento sus dedos rozar el fino tejido de la ropa interior sobre los labios vaginales, me estremezco extasiada, gimo. Y, en vez de ayudarme a salir de ella, la corre a un lado para empujar la punta del pene.

—Me gustas demasiado —declara.

A mí también me gusta; él, su cuerpo, el tamaño de su virilidad y la manera en que nuestros cuerpos se acoplan.

—Eres tan suave, tan apretada —sigue diciendo, al tiempo que se introduce un poco más.

Se me escapa otro gemido, me tiene completamente seducida. Se desliza dentro y fuera con lentitud, le rodeo las caderas con las piernas, deseo fundirme con él.

Me besa suave y luego con tanta intensidad que me deja sin aliento, de repente, siento ganas de oírlo pronunciar mi nombre, mi nombre verdadero, con ese acento australiano tan sexy y sugerente, entonces me muerdo el labio inferior reprimiendo el impulso de confesárselo en voz alta:

¡Kate!

¡Kate!

¡Kate!

Quiero oírlo gritar.

—¿Te dije que la tienes un poco grande? —se me ocurre comentarle entre jadeos acunando su rostro.

Derek sonríe con suficiencia, hinchado de orgullo mientras nos movemos acompasados.

—¿Te estoy haciendo daño? —Baja la intensidad del movimiento.

—No, no, para nada, el tamaño es perfecto, me agrada.

Se ríe y vuelve a acelerar el ritmo, yo no puedo parar de tocarlo, sus hombros, su ancha espalda, sus nalgas apretadas. Derek está como quiere, con ese cuerpo de infarto que se gasta y la experiencia que posee, no me quiero imaginar con cuantas mujeres...

«¡Basta, Kate! No te sabotees a ti misma y disfruta mientras dure», me repito.

—Me complace saberlo, porque quiero que tengamos sexo varias veces y de diversas maneras. —Esa promesa me fascina, porque también deseo repetir con él innumerables veces.

Lo separo por los hombros y rodamos en la cama hasta que soy yo la que quedo encima y, no sé por qué, me siento como una diosa: con poder, con el control absoluto de nuestros orgasmos.

—Voy a bailar encima de ti —le advierto apartándome el cabello de los hombros—, voy a hacer que te corras como nunca lo has hecho.

De repente escucho una vocecita, es mi conciencia, que me dice: «Esta no eres tú, Kate. No eres tú, tú jamás le hablarías a un hombre de esta manera tan escandalosa».

Pero sí lo soy. Mías son las manos con las que le desaté la toalla, como también es mía la boca que le practicó sexo oral hace un momento. ¿Será Penélope la que me hace actuar así? Quiero creer que no.

Derek me retuerce los pezones acelerando mi excitación, nuestras caderas se mueven frenéticas, dejo caer la cabeza hacia atrás y apoyo las manos en su duro vientre.

«¡Mierda! Estoy en el puto paraíso», pienso con los ojos cerrados.

Sus manos me acarician, lo escucho gruñir, su respiración es irregular, la mía también lo es, siento que estoy perdiendo el control, que estoy a punto de correrme. Entonces los abro, anhelo ver su rostro enrojecido y sus ojos nublados de lujuria, como la primera vez que lo hicimos. Nos sostenemos las miradas, su boca se entreabre y, sin más, los dos gritamos de placer al mismo tiempo, me dejo ir, el orgasmo ha sido aún más espectacular que el primero. Derek traza una línea de besos, desde la nuca hasta la punta de mi nariz. Es delicado, tierno, me gusta cómo me hace sentir; deseada, respetada, segura.

Nos quedamos un rato abrazados mientras nuestras respiraciones recuperan la normalidad, luego me acuesto a su lado. Él me abraza y yo me acurruco encima de su pecho. Se siente íntimo y familiar como si fuéramos una pareja que lleva años saliendo. Como nunca me he sentido en los brazos de nadie.

Creo que me gusta.

—Ha sido increíble, Penélope —susurra, alzo la cara y nos besamos.

Luego se levanta con la excusa de deshacerse del condón, me recuesto sobre las almohadas, estoy adormilada, satisfecha. Soltando un suspiro, miro el reloj que está en la mesita de noche, verifico la hora y recuerdo el móvil, el móvil que apagué cuando leí las excusas del arquitecto y que sigue apagado.

De repente, me siento como una traidora, traidora con mis principios y mi corazón, por acostarme y sentir todas estas cosas por dos hombres al mismo tiempo. Algo me dice que todo esto no va a terminar bien.

¿Es normal que me muera de ganas por conocer a Preston? ¿Qué disfrute de nuestras largas conversaciones? ¿Qué lo extrañe cuando no nos hemos visto, ni tan siquiera escuchado su voz?

¿También es normal que cada vez que escuche la voz y el acento de Derek, me moje y sienta una necesidad irrefrenable de querer practicar sexo con él?

Por supuesto que no. No soy normal, estoy jugando con fuego y tengo miedo de quemarme. ¿En qué clase de mujer me he convertido?

Me levanto, tomo la camisa de Derek y me la pongo, me queda tan grande que la podría usar de vestido, sonrío, huele a *Bleu* de Chanel. Suspiro.

Camino en busca del bolso de mano que había dejado sobre el sofá, me siento, la abro y saco el móvil, lo enciendo y, en cuestión de segundos, comienzan a entrar un montón de mensajes de texto, la mayoría son de... no, no me lo puedo creer, son de Preston, mi querido arquitecto.

**Preston**

*Lo siento, Kate. Sé que suena a excusa barata.*

**Preston**

*Contéstame, por favor.*

**Preston**

*Kate, déjame explicarte.*

**Preston**

*Está bien, tienes derecho a molestarte conmigo. Si te sirve de consuelo, yo también lo estoy. He dejado mi vida en pausa por mi familia, mi padre ha enfermado, y mi madre no tiene cabeza para otra cosa que no sea cuidarlo. Como de costumbre, todos esperan que haga lo debido, no sé decirles que no, así que por ahora debo hacerme cargo de la oficina en Londres.*

*Si no te dije esto antes fue para no agobiarte, ya bastante has hecho con mantenerme cuerdo estos meses. Sin nuestras interesantes conversaciones, no sé qué sería de mi vida en estos momentos. Pero hay algo que quiero pedirte, necesito que me creas cuando te digo que no hay día en el que no piense en ti, anhele escuchar tu voz y al fin ponerle un rostro a mi querida diseñadora. No volveré a escribirte, la próxima vez que hablemos será en persona.*  
*Adiós.*

Abrazo el aparato, me siento fatal, ya que, me he comportado como una caprichosa al exigirle explicaciones cuando no las podía dar.

—¿Qué haces, nena? —Me sobresalto al escucharlo.

—Reviso las redes sociales, Facebook, Instagram, Snapchat —recito de un tirón. Nerviosa, como si me hubiese descubierto. Vuelvo a apagar el móvil y lo introduzco en el bolso.

Derek se ha vestido con el pijama, camina en mi dirección sujetando dos móviles en la mano, enciende uno y lo deposita en el asiento contiguo, el otro se lo lleva y lo introduce en el maletín que descansa en la butaca de enfrente.

—¿Dos teléfonos? —pregunto extrañada.

—Sí, uno es de trabajo y el otro es personal —explica sin darle importancia y se aleja—. Voy a pedir algo de comer al servicio de habitaciones —agrega.

—Vaya... —Respondo distraída al ver que se ilumina la pantalla de su móvil—. ¿Y a mí dónde me tienes, en el personal o el de trabajo? —indago con desconfianza. No puedo quitarle los ojos al aparato, en seguida comienzan a entrar varios mensajes de texto, todos los envía la misma persona: «Ana».

Otra vez ese nombre, no me gusta lo que siento, ¿rabia? ¿Celos? Un sentimiento oscuro y desagradable me invade. Es como si todo esto se tratara de una competencia por sus atenciones, por su interés.

Mi orgullo se resiente, no estoy para esto. Ya no.

—En el personal, por supuesto —apenas le escucho decir—. Ven aquí —me pide cariñoso.

Tomo una decisión, le sostengo la mano que me ofrece y digo:

—Es tarde, Derek. Me tengo que ir.

—No te vayas. Quédate, además, voy a ordenar frutas y champán.

—No puedo quedarme. Se romperá el hechizo si lo hago —intento bromear, no serviría de nada revelarle mis verdaderos motivos.

Me alejo en busca del vestido, el ajustador y me doy cuenta de que sigo usando los zapatos.

—¿No te parece que estamos llevando este juego demasiado lejos, Penélope? —No me pierde de vista con los ojos, mientras me visto con premura angustiada por la pregunta.

Quiero contestarle: «Sí, por supuesto que sí, claro que se nos ha ido de las manos». Sin embargo, apenas modulo:

—Tal vez.

—¿Y si te digo que ya me cansé de jugar al banquero derrochador? —«No lo admitas, Derek», pienso—. ¿Seguirías saliendo conmigo?

—Para, Derek. No sigas, todavía no estoy lista para acabar con el juego —replico irritada, aparto el contacto visual y agarro el bolso de mano, él se acerca y me toma de la barbilla—. No, no tienes derecho de arruinarlo, por favor, te lo suplico, necesito que sigamos siendo Derek y Penélope.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que sea necesario.

—No llores, por favor —su tono es suave, condescendiente, me siento estúpida y vulnerable al permitirle verme en este estado, en el que ni siquiera sé por qué me afecta tanto.

—No estoy llorando, debe ser una alergia —disimulo y, me limpio la cara con las manos.

—¿A qué le temes, nena? —Me desagrada ser tan evidente.

Lo miro unos instantes planteándome la misma pregunta: «¿A qué le temo?» Vamos, Kate, por lo menos sé sincera contigo misma y admite que te horroriza que todas tus predicciones sean ciertas; el que sea un hombre casado, con hijos y responsabilidades. Sabes perfectamente que jamás te permitirías mantener ningún tipo de relación con él. Pero también te duele que se acabe. Que te gusta demasiado y que lo vas a extrañar profundamente.

Por otro lado, está Preston, ese hombre agradable que te escucha, que te entiende y que está pendiente, aunque siempre se encuentre ocupado. El arquitecto te ha demostrado, en todos estos meses, ser más real que este adonis que tienes frente a tus narices.

—A la verdad —admito con un hilo de voz. Retrocedo.

—Pregúntame lo que quieras, no tengo nada que ocultar —responde y yo niego con la cabeza. No me lo creo, todos tenemos algo que ocultar.

Me giro y camino en dirección a la puerta sin mirar atrás y antes de abrirla para salir, me escucho decir:

—¿Es Ana importante para ti? —Con el corazón laténdome a toda velocidad.

—Mucho.

—Entonces adiós. Adiós, Derek.

# Lirios Orientales

Kate

## *Un mes más tarde*

—Ha llegado este ramo de flores —me avisa Liliana, esbozando una sonrisa que le abarca el rostro entero, sino supiera que las flores son para mí pensaría que se las ha enviado su esposo—. ¡Son exquisitas!

Sí que lo son, los lirios orientales son unas de mis flores favoritas, los encuentro románticos y exóticos al mismo tiempo.

—Gracias, puedes dejarlas encima del mesón —le señalo sin darle importancia.

Hoy es el día de la apertura de la tienda y el local se ha convertido en un espacio de locos, la compañía de festejos se encuentra organizando las sillas de cada lado de la pasarela. Madison anda por todos lados verificando que, el sistema de cámaras y de iluminación funcione a la perfección. Frank me ha estado ayudando desde que me entregaron las llaves del local con la logística de la mudanza, la parte administrativa y las invitaciones a las celebridades, que siempre han apoyado a *Duncan Games*. Aunque el local es grande solo tiene capacidad para cien personas. Nicole, mi cuñada, se ha convertido en la embajadora de la línea de ropa casual, ha convocado a la prensa local para que hagan un poco de bulla, haciendo hincapié en que esta noche estará desfilando para la nueva revelación del año en el mundo del diseño de modas, la gran «Kate Duncan», mientras yo me muero de la angustia, presionada al punto de la asfixia, esta noche pase lo que pase, debo dar la talla y no desilusionar a ninguna de las personas que han creído en mí, especialmente a mi familia.

Mamá, por su lado, ha regado la voz entre un grupo selecto de mujeres profesionales que siempre la apoyan. Mi padre, me avisó hace unos días que vendrá con su futura esposa, mientras yo rezo para que todo salga bien. Por suerte, Noah regresó a la ciudad la misma noche de mi apoteósica despedida con Derek, con el firme propósito de reanudar su relación con Tori y abrir su propio servicio de catering, con el que también se estrena esta noche en la inauguración.

—El ramo trae una tarjeta.

—¿Quién la firma?

—Preston Rife. También le ha escrito un mensaje. —Sonríe emocionada, mi querido arquitecto, ojalá y cumpla su palabra.

—Gracias, Liliana, lo leeré más tarde, puedes dejar la tarjeta en el despacho —asiente—. ¿Llegó el equipo de estilistas y maquilladores?

—Sí, las modelos también. Solo falta Nicole.

—Lo sé, está en camino.

Sonríe, me siento plena, orgullosa de mis logros y agradecida a cada una de las personas que hoy me acompañan a cumplir este maravilloso sueño. Muchas veces, la carrera de diseñador está sobrevalorada, las personas no saben que debemos saber de historia, contexto actual, tendencias,



sobre fibras, tejidos y teoría del color. Mientras más criterio y herramientas de inspiración se tengan, mejor será el producto final, sin olvidar que, la moda es un negocio con el que se tiene la intención de generar ganancias, lo que implica que también debemos ser cautos a la hora de negociar para obtener los mejores precios en algunas de las telas más lujosas del mundo, adornos y embellecimientos en general.

Recorro la tienda a conciencia, cerciorándome por enésima vez que todo está en orden. *Runway by Kate*, es elegante y sobria, de escaparates muy cuidados, con estilo moderno, al nivel de Carolina Herrera, Chanel y Tom Ford, por nombrar algunos. La inauguración comenzará desde la entrada, un ancho listón rojo espera ser cortado en la puerta de doble hoja, luego se dará comienzo el desfile y por último se cerrará con un coctel de agradecimiento.

—¡Kate! —me llama Noah con una mano desde la larga mesa de bocadillos—. Acércate, quiero que pruebes esta delicia.

No tengo estómago para nada, los nervios y la ansiedad se han apoderado de mi cuerpo, sin embargo, no puedo negarme, sería de mala educación.

—Todo se ve delicioso, has hecho un trabajo impecable —lo elogio.

La mesa le ha quedado preciosa, decorada entre velitas, flores y manjares. Noah me ofrece un tentempié.

—Mmm... —Sabe a los rollos de salchicha que probamos en el bote, pero en versión diminuta—. Exquisito.

—Me inspiré en la comida australiana.

Enseguida me invade el recuerdo de mi australiano favorito, no he querido saber nada de él desde aquella noche en la que le dije adiós.

—Pues te ha quedado para chuparse los dedos.

—Gracias. Me alegra que estés satisfecha. Recuerda que eres mi primera cliente, necesito impresionarte. —Sonrío.

—Ya lo has hecho, Noah.

—Por cierto, ayer me topé con Derek.

El corazón se me acelera con tan solo escuchar su nombre.

—¿Está aquí, en Nueva York?

Me encantaría verlo de nuevo, pero me he prometido a mí misma no hacerlo, no responder a sus innumerables mensajes de texto, ni las llamadas, a no meterme en su vida. No más.

A lo único que no puedo resistirme es a escuchar los mensajes de voz que deja usando ese tono bajo y sensual, en el que me dice que quiere verme; que no me olvida, que me extraña, que le dé otra oportunidad. Sin embargo, por más que me encante su cuerpo y que disfrute de su compañía, lo nuestro es una relación destinada al fracaso.

—¿Desde cuándo no lo ves?

—Un mes.

—Por un momento pensé que entre ustedes...

—Al fin los encuentro —comenta Tori con alegría, impidiendo que Noah continúe.

—Tori... —Noah gira la cara y la observa embelesado. Lo ha sorprendido.

—En carne y hueso y, a todo color —le contesta, acunándole el rostro con las manos para luego estamparle un fugaz beso apasionado.

Él se olvida de todo y le rodea la cintura, mientras que yo me quedo pensando en las casualidades de la vida. Derek ha vuelto a la ciudad y se ha topado con Noah, increíble.

—Todo está precioso, Kate —pronuncia Tori oprimiéndome la mano—, he venido a buscarte,

debes arreglarte, la prensa se está instalando allá afuera y los invitados están a punto de llegar. Vamos, no hay tiempo que perder. —Asiento con la cabeza, dejando que la emoción de la inauguración del local vuelva a contagiarme—. ¿Nos disculpas un momento Noah?

—Adelante.

# Pelirroja

## Frank

—¿Cómo va todo? —le pregunto a Madison, que viene caminando en mi dirección.

—Franky —me saluda con un beso en la mejilla, con esa frescura que la caracteriza—. Súper bien, Jason, el chico de las luces, ya está en su lugar, al igual que el DJ con la música esperando la hora para comenzar.

—¿Y tú estás encargada de las fotografías y el video?

—Así es, ya he instalado todo el equipo.

—Eso me tranquiliza, porque toda la parte trasera del local es una locura, mujeres cambiándose de ropa, las estilistas terminando de darle los últimos retoques a las modelos, las maquilladoras que parecen unas hadas aplicando magia a los rostros de las chicas...

Se ríe a carcajadas, me encanta cuando lo hace, toda su cara resplandece, sus pecas, sus ojos verdes. Es hermosa. Debería decírselo, debería hacer lo que Kate no se cansa de repetirme.

—Esa es la idea, tonto —me da un golpe suave por el hombro—. Un desfile es mucho más de lo que se ve sobre una pasarela. Lleva bastante trabajo, desde la escenografía, pasando por la música, hasta los peinados y maquillajes que llevarán las modelos. Además, Kate necesita que las personas que asistan no lo vayan a olvidar durante mucho tiempo.

—Lo sé, por eso le pedí que me dejara ocuparme del material gráfico para el evento, así como también de publicitarlo en las redes sociales y la prensa local —comento y, comenzamos a movernos.

—Kate tiene mucha suerte de contar contigo.

—Querrás decir con nosotros —afirmo, al tiempo que rozo su hombro con el mío.

—¿Hasta cuándo te quedas? —me consulta casual.

—¿Y a qué se debe tanta curiosidad? —pregunto bromeando.

—He escuchado rumores —dice coqueta. Levanto una ceja y le sostengo la mirada—. Está bien, seré sincera, escuché a Kate hablando con Victoria...

Está tratando de averiguar, me gustaría saber el por qué.

—¿Qué fue lo que escuchaste? —Entrecierro los ojos.

—¿Es cierto que te quedas indefinidamente?

—Disculpe, señor Duncan —nos interrumpe Liliana, la asistente de mi hermana, me giro y le dedico mi atención—. Su hermano está en el despacho y lo está esperando junto al resto de su familia.

—No sabía que Max había llegado —declaro, sin perder de vista a Madison.

—Lo hizo por la parte trasera para evitar a la prensa —me explica la asistente con eficacia.

—Bien, gracias por avisarme, Liliana.

Después que la chica se aleja, me volteo y tomo un mechón de la hermosa melena de Madison:

—Me tendrás por aquí por mucho tiempo, pelirroja. —Se muerde el labio inferior reprimiendo una carcajada—. Te veo luego.



# Inauguración

## Kate

Una vez que corto la cinta roja frente a la puerta doble, el destello de la cámara de Madison immortaliza el momento. Mi madre, mis hermanos, Nicole, Victoria, papá y su novia me rodean.

Los invitados nos observan sonrientes y en lo único que puedo pensar es en respirar, la emoción que me embarga es indescriptible, los latidos del corazón los siento en la garganta.

—Bienvenidos a *Runway by Kate* —pronuncio con orgullo invitándolos a entrar.

Liliana y el resto de las chicas que trabajan en el taller son las encargadas de recibir a los invitados, los meseros se paseaban ofreciendo champán mientras que yo me desplazo hacia la parte trasera del local.

—Felicidades, Kate. —Me alcanza, Marie, la decoradora.

—Gracias —la saludo con un beso en la mejilla— ¿Y tu pareja?

—Lo de siempre —exhala desilusionada—. Ya sabes, un retraso de última hora.

—Entiendo. —Bajo la mirada hasta su abultado vientre de ¿ocho, nueve meses?, ya debe estar por dar a luz.

Marie es tan alta como yo, de contextura delgada, cabellos castaños claros. Lo lleva corto, hasta el cuello. Su piel es blanca y pecosa. Bonita. No soy muy buena para calcular edades, luce joven, de mi edad quizá. Y si no fuera por la barriga de embarazo, diría que es bailarina.

—La verdad es que estoy muy emocionada por ver la colección que has preparado, sueño con volver a mi talla regular en poco tiempo —comenta, al tiempo que se soba la panza.

—Magnífico, te he apartado un puesto en primera fila.

—Gracias, Kate, nos vemos más tarde.

—Por supuesto.

Avanzo y le pido a una de las chicas que estén al pendiente de ella y luego me voy tras bastidores.

—¿Cómo están esos nervios, amiga? —Tori me pasa un brazo por los hombros, mientras me cercioro de que cada una de las modelos esté lista para salir a desfilas. Nicole es la única a la que están terminando de peinar y maquillar, debido al retraso del vuelo.

—Más tranquila. Solo falta que llegue Colette y me sentiré totalmente relajada.

—¿Colette será la moderadora, ¿cierto? —Asiento con la cabeza, al tiempo que le doy el visto bueno al peinado de mi cuñada.

—Kate —me llama Liliana—. La señora Colette acaba de hacer su gran entrada —me informa. Sonríe soltando un largo suspiro.

—Estupendo, dime algo, ¿hemos llegado al límite de capacidad de invitados?

—Le preguntaré al señor Frank, es él quien lleva el conteo —dice y, la veo teclear en su móvil—. Dijo que acaban de cerrar las puertas.

—Bien, entonces que comience la música —le pido y, me giro al escuchar la voz de Colette.

—Kate, querida —me abraza y luego nos damos dos besos, uno en cada mejilla—. ¿Estás

bien? —Asiento con la cabeza—. Allá afuera todo luce majestuoso, digno de una profesional.

—Gracias, me alegro de que todo esté quedando a la altura.

Caminamos hasta el área donde están los modelos.

—¿Están listas para comenzar? —les pregunta a las chicas, mientras las repasa de arriba abajo.

Un fuerte: «¡Sí!», responden.

—Recuerden hacer su mejor caminata y disfrutar el momento —les aconseja y me toma de la mano—. ¿Estás lista, Kate?

—Sí, Colette, tengo un año esperando este momento.

—Bien —me acuna el rostro con ambas manos—. Recuerda que esta noche es tuya, hoy le enseñarás a Manhattan tu visión acerca de la moda, tu estilo moderno y elegante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces vamos y que comience el espectáculo.

—Gracias, muchas gracias por hacerme sentir tan especial.

—Eres brillante, Kate Duncan, te lo dije cuando te conocí en París.

Se me llenan los ojos de lágrimas al escucharla, ella ha creído en mí en momentos en los que yo no lo he hecho, sin sus constantes empujes para que deje fluir mis ideas y sus exigencias a la hora de perfeccionar una prenda, no sería lo que soy hoy en día.

# Colección

## Victoria (Tori)

La música electrónica comienza a sonar, las luces se bajan de repente y se centran en el fondo de la pasarela que cuenta con dos pantallas enormes de lado y lado para mejor visibilidad.

—Buenas noches y bienvenidos a *Runway by Kate*, soy Colette Feraud y estoy feliz de estar aquí con ustedes. —La mujer se desplaza por el escenario con soltura—. Cuando conocí a Kate Duncan hace unos años en París, fui testigo de sus comienzos y en especial de su talento — comenta. Fuertes aplausos retumban en el salón—. Esta noche podrán contemplar sus diseños, que van en armonía con la música y la escenografía. Sin más preámbulos les presento a la creadora de la colección de otoño.

Vuelve a retumbar el salón con los aplausos, me muevo al otro lado dedicado a la prensa local y, me mezclo entre los fotógrafos, desde allí se tiene un mejor ángulo, subo la vista buscando a Noah, que se está luciendo con el servicio de catering. Desde el día que fuimos a la marina hemos vuelto, a las semanas regresó de Las Vegas y se propuso abrir su propio negocio de catering. Sara, la madre de Kate lo ayudó con las gestiones legales y Frank, lo ha aconsejado en la parte administrativa. Ahora nuestra relación es más comprometida y esta noche no puedo evitar sentirme feliz y orgullosa por él y por Kate, ambos me han enseñado que, a pesar de las circunstancias, debemos seguir adelante, no podemos conformarnos. Esta noche, tengo llenito el corazón.

De repente mientras Kate toma el micrófono de la mano de Colette y se abrazan frente al público, veo que Noah conversa con, espera, ¿Kate lo invitó? No creo, lo último que me dijo es que lamentaba tener que olvidarse de él, pero aquí está, en carne y hueso, luciendo un traje espectacular. Derek acepta una copa de champán y la alza en mi dirección a modo de saludo.

—Gracias, Colette por esa introducción. —La señora se despide con la mano y toma asiento al lado de Sara—. Buenas noches, primero que nada, quiero agradecerles a todos los presentes por acompañarme en este momento tan especial, también, quiero agradecer a mis hermanos Max y Frank, por apoyarme cuando les hable de *Runway*, sin ni siquiera tener un plan de negocio — apunta, muchos ríen—. A mi madre, por escucharme y preparar café todas esas noches que le hablaba de colores, tejidos, forros y por aguantarme las largas explicaciones acerca de cada puntada, cada tipo de hilo para la confección de la colección de otoño, la primera que diseño para mi propia casa de moda y, la que, sin duda, espero que disfruten. —Un «Te quiero mucho», se escuchó de Sara y las risas y los aplausos retumbaron otra vez—. En esta colección van a encontrar modelos con personalidad para la mujer de hoy, prácticos y pensados para diferentes tipos de cuerpos, fisonomías y tallas. Sin más que agregar, ¡que comience el desfile!

Kate hace una breve reverencia y desaparece tras bastidores, el DJ cambia la canción por una más potente y en seguida hace su aparición la primera modelo.

Me voy en busca de mi amiga, tengo que contarle que Derek está aquí, tal vez este no sea el mejor momento, porque debe estar como loca con la adrenalina del espectáculo. No obstante, tiene que saberlo.

—Kate, ha pasado algo —le susurro en cuanto la encuentro.

—¿Qué pasa, Tori? ¿No me digas que algo se dañó?

—No, no se trata de eso, amiga —sonríó—. Todo está saliendo maravillosamente bien, es que... —dudo al verla poner cara de angustia, cuando ve a una modelo luchar con la cremallera de unas botas altas.

Me aparto y la observo literalmente arrojarse al piso para ayudarla, en cuanto se soluciona todo, me hace señas para que la siga.

—Tori, quita esa cara que me estás poniendo nerviosa. ¿Se puede saber qué es lo que pasa?

—Es Derek.

—¿Derek? ¿Mi Derek? —corroboro, mientras asiento con la cabeza.

—Está aquí —suelto. Sus ojos se agrandan de la sorpresa y por un instante me temo que se desmaye—. Hace un rato lo vi hablando con Noah.

—Ese Noah, me da la impresión de que anda de celestino con nosotros.

Suelto una risa, lo de celestino no le va a Noah, pero nunca se sabe, la otra noche me dijo que se había topado con él en la calle, aunque más nada, ¿será él quien lo invitó?, no se me ocurre otra cosa.

—¿Cómo hará para enterarse de este tipo de eventos? —inquiero pensativa.

—Tal vez trabaje en este ramo, la moda, la publicidad, el diseño. También asistió a la gala de la revista Home, debe haber algún tipo de conexión —se queda pensativa—. ¿Me pregunto quién será en realidad?

—Amiga —le hablo en tono cómplice—, eso es fácil de averiguar.

—No, Tori, no quiero que intervengas en esto. Me prometí no volver a verlo y eso es justo lo que voy a hacer —suspiro desilusionada.

—Eres una aguafiestas.

Yo que pensaba que esta noche habría más acción y un poco de drama. Mejor voy a buscar a Noah, tal vez él sepa algo interesante acerca de ese hombre tan misterioso.



# Despacho

## Kate

Cuando salgo al escenario de la mano de Nicole, siento un chute de adrenalina recorrerme el cuerpo, las luces no me dejan ver más allá de la primera fila, Frank aplaude con entusiasmo, Max lo acompaña, mi madre se limpia las lágrimas mientras sonrío y papá me lanza un beso que atajo en el aire.

Soy feliz, me siento plena y agradecida de poseer a la familia que tengo, aunque la mayoría de las veces la pasemos discutiendo, nos queremos, de eso no hay duda.

Los flashes de las cámaras no paran y cuando mis ojos se han adaptado a la luz, entonces lo veo. Derek se encuentra al final, de pie y me observa complacido, levantando la copa de champán. Siento que la sonrisa se me paraliza y que no puedo caminar. Por suerte, Nicole me lleva y sin saber cómo, vuelvo a llegar a la parte trasera.

Las modelos me encierran en un círculo, la buena vibra es contagiosa y, de repente, llega mi familia en pleno, mis hermanos sostienen en cada mano un botella de champán, seguidos de Noah y su escuadrón de meseros cargando las copas servidas.

—¡Por Kate! Porque este triunfo sea el primero de muchos —exclama Max.

—¡Por Kate! —gritan todos tras bastidores alzando las copas.

Luego Max le hace señas a Madison, para que immortalice el momento en el que Frank me coloca una botella entre las manos.

—Bebe de la botella, como una Duncan —me pide Frank, mientras río nerviosa y emocionada.

Estoy en el medio de los dos y a la cuenta de tres hacemos lo mismo, tomamos del pico de la inmensa botella. Por primera vez, me siento parte de esa complicidad que siempre ha habido entre ellos. Ya no soy la pequeña Kate, la hermanita a la que hay que proteger, ahora soy una más del clan «Hermanos Duncan».

Al rato me dejo llevar al área de la boutique que está llena de futuras clientas, sin embargo, mi atención es dispersa, Derek ocupa gran parte de mi interés, lo busco con la mirada barriendo toda la tienda, pero no hay rastro de él.

—Hija —me llama mi padre para que me acerque a ellos—. Nos vamos. —Lora deposita una mano sobre mi hombro con afecto.

—Te felicito, Kate. Ha sido un desfile maravilloso.

—Gracias por venir, Lora.

—Ni lo menciones, he pasado una velada digna de recordar —afirma. Es simpática, atractiva y unos cuantos años más joven que mi madre—. Clark me dijo que, te mencionó mi interés en que seas tú la que diseñe el vestido de novia.

—Sí —exhalo incómoda ante la idea, es como si estuviera traicionando a mamá—. ¿Ya tienen fecha de boda?

—En abril, la primavera es mi época del año favorita.

—Entonces todavía tenemos tiempo. Podríamos vernos en unas semanas para que me hables

acerca de la idea que tienes para el vestido, ¿te parece bien?

—Me parece un estupendo plan —asiente.

—Disculpa, Kate, hay un grupo de clientas que requieren tu asistencia —nos interrumpe Lilita, señalando la pandilla de amigas que rodean a mi madre.

—Por supuesto, diles que estoy con ellas en un momento.

—Bueno, no te quitamos más tiempo, hija. Se nos hace tarde para volver a Massachusetts —dice papá en cuanto mi asistente se voltea—. Te llamo en la semana, ¿de acuerdo? —Asiento con la cabeza y me dejo abrazar.

Los acompaño hasta la puerta despidiéndolos con un «gracias por venir».

—¡Kate!, cariño —Es mi madre que viene en mi dirección seguida de sus amigas y, para mi grata sorpresa, todas han comprado algo—. Deberías contratarme, no las he dejado abandonar el atelier sin que se lleven una prenda —declara orgullosa. Sonrío, creo que está achispada por tanto champán.

—Me encargaré de que rellenes una hoja de vida —bromeo antes de abrazarla—. Espero que vuelvan pronto y compren sin sentirse presionadas por mi madre.

Todas se ríen, luego alegan que volverán pronto, que el estilo es moderno y elegante.

—Madison, tómanos una foto —le pide mamá emocionada.

Me hacen colocarme en el medio del gran grupo y en vez de gritar «sonrían», Maddy les pide que alcen las bolsas y exclamen «¡Runway!».

—¿No te importa que me vaya con las chicas, cariño? —pregunta mi madre.

—Claro que no. Anda, ve y diviértete que te hace falta.

Vuelve a abrazarme y salen por la puerta doble.

Una hora más tarde, me toca despedirme de Max y Nicole, la avioneta los espera en el aeropuerto para regresar a Dallas.

—Eres increíble Kate, toda una mujer de negocios —me elogia mi hermano.

—Gracias, Max. Viniendo de ti es todo un logro —declaro, Me abraza, está guapo como de costumbre.

—Te quiero, hermana —me asegura al separarnos.

—Lo sé, tonto. Yo también te quiero.

—Y yo los adoro a los dos —se une Nicole a nuestro abrazo—, por cierto, cuñada, me llevo varios modelitos.

—¿Cuáles, los que modelaste?

—Sí, esos, me encantaron, me hacen ver más estilizada.

Max se aclara la garganta para hacerse notar.

—Bueno, chicas, se hace tarde.

Los acompaño a la puerta y quedo con ellos en llamarlos pronto.

Frank camina en mi dirección seguido de Madison y no es por nada, pero no me canso de repetirme la bonita pareja que hacen.

—Preciosa, ya me voy. Me llevo a Franky para que me ayude a bajar el equipo en el estudio.

—Quédatelo, Franky es todo tuyo —suelto. Las dos reímos, excepto Frank que se queda mirándonos sin comprender—. Gracias por enésima vez, no sé qué hubiese hecho sin tu ayuda.

—Ni lo menciones, he pasado unos días muy interesantes —replica y, le da un codazo a Frank, pero él no se inmuta—. Me he divertido mucho, me alegro de que todo haya salido bien. Felicitaciones, Kate. Tienes un taller increíble, nada que envidiarles a los diseñadores consagrados.

Me sonrojo, aunque me gusta recibir halagos, todo lo que tiene que ver con mi carrera me emociona.

—Bueno, te veo mañana. —Frank, me deposita un beso en la frente y agrega—. ¿Irás a dormir al apartamento?

—No creo, esta noche quiero quedarme aquí, es especial.

—Entiendo.

Camino con ellos hasta el centro del local y los despiden con un beso a cada uno. Todavía quedan algunos clientes, entre ellos se encuentra Marie, a la que atienden las empleadas con esmero. Ella es una persona muy dulce. El último mes antes de abrir la tienda nos hicimos muy cercanas, se pasaba todos los días a verificar que los contratistas siguieran sus instrucciones al pie de la letra.

Llego hasta la parte trasera, está casi vacía, apenas quedan un par de meseros que ayudan a Victoria y a Noah a recoger y, los chicos de la agencia de festejos que sacan las sillas. Me encamino al despacho agotada, como si un camión me hubiese pasado por encima, seguida de mi asistente.

—Debes estar exhausta —cometa Liliana.

—No tienes idea —me descalzo los botines de tacón y me siento en la butaca felpuda, poso los ojos en la tarjeta que descansa sobre la mesa, la que vino junto al ramo de lirios orientales que me envió el arquitecto.

*«Todo el éxito del mundo para Runway y su talentosa creadora.  
Tuyo, Preston Rife».*

—¿Por casualidad sabes si vino Preston Rife, el arquitecto? —le pregunto a Liliana, esbozando una tonta sonrisa.

Ese hombre había mantenido su palabra, desde el último mensaje de texto no volvió a comunicarse conmigo. Esta vez he sido paciente respetando lo que me ha pedido, de todas maneras, las ocupaciones de *Runway* no me dejaban otra opción, no obstante, la sola idea de llegar a conocerlo esta noche se ha desvanecido en cuanto mis ojos se posaron en Derek.

—Sí, él estuvo por aquí. —Abro los ojos como platos—. Te dejó esta nota —me ofrece una servilleta doblada con el logo de la tienda.

¡Mierda!, sí vino, Preston cumplió con su palabra.

—Gracias —me oigo decir.

—Iré a ver cuántas clientas quedan —se excusa y sale dejándome allí, con la nota pegada al pecho.

Tomo una gran bocanada de aire, intentando calmar los nervios que se han instalado en mi estómago.

*Querida Kate Duncan:*

*Eres una mujer como pocas; hermosa, decidida y cautivadora. Me ha encantado conocerte. En varias ocasiones intenté acercarme, pero me fue imposible, pronto tendremos la oportunidad de hacerlo como es debido, ¿tal vez una cita?*

*Preston Rife.*

# Casi Vecinas

## Kate

Escucho gritos y salgo a ver, provienen de la tienda, me calzo los botines y camino a toda velocidad, en lo que llego al centro de la estancia encuentro a las chicas rodeando a Marie.

—¿Qué está pasando? —inquiero, al tiempo que me abro paso entre las muchachas.

—Marie acaba de romper aguas como una fuente.

¡Oh, Dios!, eso debe ser grave. Suena doloroso.

—Alguien que llame al 911, por favor, no se queden allí paradas, denle un poco de espacio — ordeno y me acerco, ella luce tan relajada como si nada estuviera pasando.

—Kate, no hace falta. No llamen a nadie, chicas, por favor. Solo necesito un Uber para llegar hasta mi casa, cambiarme e irme al hospital.

—¿En serio estás bien? —La tomo de las manos, están heladas.

—Algo nerviosa, nada más —declara.

—Claro, dame un momento, no te muevas de aquí —le pido y, ella asiente con la cabeza.

Corro hasta la parte trasera y le hago una seña a Victoria para que se acerque.

—Marie ha roto aguas, no me preguntes lo que significa, sabes que nunca me ha interesado el tema de la maternidad, pero suena a emergencia. Tenemos que llevarla a su casa.

—¿A su casa? Querrás decir al hospital —dice Tori extrañada.

—Vamos, te explico en el camino.

Se despide de Noah, mientras yo le doy órdenes a Liliana para que se encargue de todo y cierre la tienda.

Busco unas toallas y una botella de agua en el piso de arriba, no tengo idea si lo que he tomado le servirá de algo, pero es mejor que presentarme con las manos vacías.

Momentos más tarde, nos encontramos en el coche y, aunque Marie lo disimule, sus ojos destellan angustia, entonces me pregunto dónde carajos está el marido de esta mujer, porque siempre está sola.

Una vez que Marie introduce su dirección en el dispositivo GPS nos encaminamos más relajadas.

—¿Estás casada Marie? —indago.

—Sí, hace un momento le avisé a mi esposo, se puso como loco de los nervios.

—Te lo creo, los hombres son muy exagerados —comenta Tori—. No me quiero imaginar cómo se pondrá Noah si algo así llega a pasarme.

—Te aseguro que enloquecerá —afirmo, desde la parte trasera. Marie sonrío, puedo verla en el reflejo del espejo retrovisor, un segundo después vuelve a teclear en el móvil.

—¿Le avisaste a tu familia? —vuelvo a preguntar. No me quiero poner pesada, solo intento distraerla y, bueno, saciar mi curiosidad.

—Sí, aunque es un poco complicado —responde con tristeza.

A una cuadra de llegar a nuestro destino, me doy cuenta de que estamos en mi vecindario, que somos casi vecinas, pero no lo menciono y como si estuviéramos conectadas, Tori me lanza una mirada por el espejo retrovisor.

—Hemos llegado —declara Tori aparcándose frente al edificio.

—Voy a acompañarte —le explico al bajarme.

—Gracias por traerme, Victoria.

—No fue nada. Espero que todo vaya bien con el bebé. —Marie asiente, mientras se baja con cuidado del todoterreno.

—No me tardo —le aviso a Tori y, me voy con Marie sin esperar respuesta.

Caminamos en silencio, atravesamos el vestíbulo y subimos al elevador hasta el sexto piso.

De repente, la veo azorada tratando de sacar las llaves del bolso al tiempo que caminamos en dirección al apartamento, se le caen al suelo, le tiemblan las manos y pronuncia una mala palabra llena de frustración. Para tranquilizarla, le digo que no pasa nada y, las recojo, en lo que llegamos frente a la puerta, me pide que la abra. Señala la llave, la obedezco, en cuanto giro la manilla escucho la voz de un hombre:

—¿¡Ana, eres tú!?

Aparece Derek, mi Derek del aeropuerto, del Hotel Plaza, del bote, el hombre del Rolex, el australiano con voz seductora, mi banquero derrochador, con el que fantaseo todas las noches antes de dormir. Todavía lleva el traje puesto con el que lo vi en el desfile, sostiene la corbata en una mano. Cuando clava sus ojos en los míos, se produce un silencio sepulcral durante un momento, él también se ha sorprendido. No reacciono ante la sorpresa de descubrir que está casado con la decoradora de *Runway* y que van a tener un hijo en unas horas.

«¡Maldita sea! Esto no me puede estar pasando», quiero creer.

—¡Preston! —exclama Marie o Ana, a este punto todo es confuso, pasa por mi lado y se le echa en los brazos.

Mi cabeza da vueltas incapaz de comprender el enredo.

—¿Preston Rife? —Pestaño confusa, desesperada por aclarar las dudas que me invaden.

—Sí, ¿qué otro podía ser? —contesta Marie con alivio.

Claro, trabajan juntos en la misma oficina, mi querido arquitecto es Derek, mi banquero derrochador y Ana es la mujer de los dos. Me siento como una usurpadora, me siento horrible, yo que pensaba que jugaba con dos hombres a la misma vez he sido aleccionada por la vida. La puta vida me ha tendido una trampa.

Esto es un desastre, lo peor es que es mi culpa, si lo hubiera dejado explicarme aquella noche en el Plaza, cuando me pidió terminar con el juego, pero no, yo y mis malditas ganas de seguir viviendo en una fantasía paralela, engañándome a mí misma, pensando ingenuamente que de esta manera nadie me lastimaría.

—¿Estás bien, pequeña? —le pregunta con dulzura rompiendo el contacto visual.

—Sí, estoy bien. —Marie se separa de él y se dirige a mí—. Kate, te has quedado en la puerta, pasa por favor.

Preston se aclara la garganta incómodo, mientras yo no puedo parar de pensar en mi mala suerte.

—No te preocupes por mí, ya me tengo que ir —explico, la voz me suena rara, rebuscada.

—Ana, deberías ir a cambiarte. Tenemos que irnos al hospital.

—Sí, tienes razón —le asegura y luego se dirige a mí—. Gracias, por acompañarme hasta aquí y disculpa las molestias. —Asiento con la cabeza, forzando una sonrisa comprensiva.

—No hay nada que disculpar —digo, pues la situación es super incómoda—. Bueno, mucha suerte con el bebé. —Lo busco con la mirada y agrego—. Felicidades —pronuncio y me doy media vuelta.

Avanzo, el corazón me late muy deprisa, la sorpresa y la rabia son un chute de adrenalina. Camino lo más rápido que puedo por el pasillo.

—¡Kate! —exclama—. Espera, por favor.

Me volteo furiosa levantando la mano para que se detenga, parece triste. ¿De verdad cree que quiero hablar con él? ¿Qué deseo escuchar sus razones?

—No tienes derecho a llamarme por mi nombre —mascullo entre dientes—. Eres un hijo de puta. No te mereces a una mujer como Marie, Ana, o como sea que se llame. ¿Sabes? Debería regresar y contarle la verdad, ella tiene derecho a saber la clase de hombre que eres —escupo. Me siento como una histérica y no me queda la menor duda que sueno como tal.

Exhala con fuerza y se pasa las dos manos por el cabello.

Me esfuerzo mucho por no llorar, pero las lágrimas amenazan con salir, entonces pestañeo en un intento por evitarlo.

—Déjame hablar por... —le cubro la boca con la mano, no quiero escucharlo.

—No debiste prestarte a mi juego, Preston —señalo. La bajo y lo empujo por el hombro furiosa—. Y todo para qué, ¿ah? —le sostengo la mirada, no dice nada—. ¿Acostarte conmigo porque tu mujer está en ese estado? ¡Eres un cerdo!

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé, mamá siempre me ha dicho que hay un lugar en el infierno para los hombres como tú —suelto y entro en el elevador, pero Preston coloca la mano sobre las puertas evitando que se cierren—. ¡Te odio, Preston, con toda la fuerza de mi corazón! Nunca más vuelvas a buscarme. Nunca.

Tengo que salir de aquí antes de perder el poco control mental que aún me queda.

—Vamos, no digas eso, sabes perfectamente que no lo haces. Kate, escúchame, eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

Hipócrita. Mentiroso. Descarado.

—¡Vete al infierno, Preston! ¡Vete al infierno!

—¿Pasa algo? —pregunta Marie desde la puerta del apartamento arrastrando una maleta.

Su voz es dulce a pesar de las circunstancias y, por un instante, siento empatía por esta mujer a la que debería odiar por existir, sin embargo, me recuerdo que su situación es peor que la mía.

Al verlo bajar el brazo, enseguida presiono el botón del panel para cerrar las puertas.

—Arranca, Tori —le pido al abrocharme el cinturón de seguridad.

—¿Qué pasa? Parece que viste a un fantasma.

—Peor aún... —Me giro para mirarla a los ojos—. He visto a Derek y a Preston al mismo tiempo.

—¿Qué? —frunce el ceño consternada.

—Que Preston y Derek son la misma persona, también es el...

—El esposo de Marie —termina la frase por mí.

—¡Lo odio!

—Qué cabrón.

Entonces empiezo a llorar y en cuanto lo hago me siento más estúpida que antes. Estoy decepcionada, defraudada, abrumada, ninguno de los hombres en los que me fijo merecen la pena. Quiero creer que todo irá bien, que lo que me pasó con Jack y ahora con Preston es normal, que

les pasa a todas las chicas de mi edad. Pero sería mentira.

# Hope

Kate

## *Dos semanas más tarde*

—Tenemos que hablar —exige Frank, entrando como un huracán a la oficina.

—¿Sé puede saber qué te pasa? —inquiero, y aparto la vista de la pantalla del computador.

Me encontraba trabajando en la próxima colección, después de la noche de la apertura, decidí sumergirme en el trabajo y olvidarme de los hombres por una larga temporada. Esto último que me había ocurrido terminó por destruir la poca fe que una vez sentí, por ese sentimiento que nos hace vibrar y al mismo tiempo hundirnos en la más profunda de las tristezas... el amor.

A fin de cuentas, lo que me ocurrió fue una lección de vida, o por lo menos, así lo quiero creer para no ser tan dura conmigo misma.

—Necesito que me aclares una duda —manifiesta en tono determinado.

—¿Algún problema de faldas? —se me escapa una risita irónica—. Mira que no tengo tiempo para eso, ya te he dicho repetidas veces que deberías salir con Madison, pero eres terco...

—Suficiente, Kate, no se trata de mí —replica tajante. Me mira con fijeza y no me gusta.

—Ah, ¿no?

—No, pero antes de continuar, quiero pedirte que dejes de meterme por los ojos a Madison, ¿está claro?

Uff, se molestó, me pregunto qué ha cambiado.

—Clarísimo.

—Bien —toma una bocanada de aire—, es acerca de ti, hermanita.

No digo nada y le hago una seña con la mano para que siga.

—Vengo de reunirme con Preston Rife.

El alma se me cae al piso, solo escuchar su nombre me perturba, me afecta y no sé por qué, pero de alguna manera me siento amenazada.

¿Le habrá contado algo de nosotros? La angustia me carcome.

—Explícate mejor —exijo a la defensiva.

—Pues... —Toma asiento cruzando una pierna, viste un elegante traje azul claro que ha combinado con una corbata color mostaza y una camisa blanca—, hace una semana llegó la factura por sus servicios prestados a *Runway* y, me sorprendí bastante cuando leí el balance.

—¿Un exabrupto? —pregunto asustada.

—Todo lo contrario —entrecierro los ojos con desconfianza—. No cobró nada, ni siquiera por los materiales.

—¿Qué?! —exclamo asombrada.

«¿Porque haces eso, Preston?, ¿qué pretendes demostrarme?», me pregunto mentalmente.

No quiero pensar mal, sin embargo, el que tenga dinero no le da derecho a querer comprarme de alguna manera, de seguro es una estrategia para que salga a buscarlo. No voy a caer en su



juego.

—Lo que acabo de decir, nada, cero —afirma. Coloca el móvil sobre el cristal de la mesa de trabajo y me clava su mirada—. ¿Acaso mantienes una relación clandestina con Preston Rife? —cuestiona con ironía.

—¿Relación clandestina? —Lo miro con incredulidad, primero muerta antes de revelarle a mi hermano que me estuve acostando con un hombre casado—. No seas ridículo, Frank. La única relación que mantuve con el arquitecto fue estrictamente profesional —miento y me levanto de la silla dándole la espalda para que no pueda ver mi rostro, soy demasiado evidente, no permitiré que se dé cuenta de cuánto me afecta esta conversación.

—Mmm, qué extraño es todo esto —murmura.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso él dijo lo contrario?

—No, solo mencionó algo de que el proyecto fue una especie de donación que el consorcio hace todos los años a los nuevos empresarios, no sabía si estabas al corriente —me explica, y yo niego con la cabeza—, en fin, no le demos más vueltas y aceptémoslo como un regalo, ¿cierto?

—Claro, por supuesto.

Estoy muy dolida emocionalmente para seguir hablando de Preston con Frank, estas dos semanas he intentado no pensar en él, pero ahora al enterarme de esto, sé que jamás podré olvidarlo, *Runway* siempre será un recordatorio de lo real que fue nuestra relación.

—¿Estás escuchando los gritos de las empleadas? —me pregunta mi hermano sacándome de mis pensamientos.

Nos miramos en silencio, presto atención y me dirijo a la puerta seguida de Frank.

—¿Se puede saber qué está pasando? ¿A qué se deben esos gritos?

Liliana me observa desplegando una sonrisa.

—Disculpen, es que Marie está aquí, ha venido a enseñarnos a la bebé.

—¿Marie Hunter? —inquire Frank.

¡Santo cielo!, me quiero morir, de seguro ya está enterada de todo y ha venido a reclamarme, a que le dé la cara, a insultarme... Me lo merezco.

¡Oh por Dios!, solo pido que no haga un escándalo delante de mi hermano y las clientas.

—Sí, señor Duncan, la decoradora.

—Iré a saludarla —indica Frank y se adelanta.

—Te alcanzo enseguida —miento de nuevo y, me refugio en el despacho, rezando para que se marche pronto.

No pasan ni cinco minutos cuando veo a Frank asomar la cabeza.

—Kate, Marie necesita darle de amamantar a la bebé, le he dicho que lo haga aquí —acota. Abro los ojos como platos, pero es demasiado tarde para quejarme, Marie lo sigue con la bebé en los brazos.

—Hola, Kate —pronuncia radiante—, espero no estar interrumpiendo.

—Claro que no —le digo y hago un amago por levantarme de la silla, sin saber a qué atenerme.

—Aquí tendrás la privacidad necesaria —explica Frank, corriendo la silla que él ocupó para que ella se siente, luego se gira y vuelve a abrir la puerta—. Adelante, pasa por favor.

Ataviado, empujando un coche de bebé entra un chico alto, de pelo castaño y ojos marrones, contemporáneo con Marie.

—Kate, quiero que conozcas a mi esposo, Mike Hunter.

Me levanto para estrecharle la mano que me ofrece, sin comprender lo que está pasando, sin

poder salir de la sorpresa.

¿Entonces quién es Preston?

—Encantado de conocerte —pronuncia con marcado acento británico—. Marie me ha hablado mucho de ti y de todo lo que pasaron la noche que nació Hope.

—El gusto es mío —afirmo y se la estrecho—. No fue nada Mike, esa noche hice lo que tenía que hacer, Marie es una mujer muy fuerte y serena, me alegra que todo haya ido bien.

En ese instante la bebé comienza a hacer unos soniditos, la pareja se mira con complicidad.

—Será mejor que me apure, Hope ha despertado con hambre.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Una toalla? —ofrezco angustiada, saliendo al pasillo en busca de Liliana.

Mike se mueve y saca del coche una manta, mientras Frank y yo los observamos sin saber qué hacer.

—Solo un poco de privacidad —pide a los hombres.

Frank apenas articula un «por supuesto» y, antes de salir invita a Mike a tomarse un café en el Starbucks de la esquina.

—Acércate Kate, para que conozcas a Hope.

Cierro la puerta para que no nos interrumpan y hago lo que me pide, mientras que ella se abre los botones frontales de la blusa y, desata la copa del ajustador para darle de mamar. Hope es pequeña, delicada y tierna, apenas se le ve una pelusa de cabello en la cabecita.

Con sus diminutos labios, busca el pezón de Marie, es increíble ser testigo de una escena tan maternal e íntima, la conexión de una madre con su hija es simplemente conmovedora.

—Es hermosa, Marie, un angelito —comento enternecida, antes de rodear el escritorio y tomar asiento en la butaca.

—Kate, no he dejado de pensar en ti y de sentirme mal por ser la causante de semejante enredo.

—¿A qué te refieres con semejante enredo? —inquiero.

—No tienes que fingir delante de mí. —Entonces Preston le ha contado, me pregunto qué tanto sabrá.

—Ah ¿no? —Ahora viene el momento incómodo.

—No —asegura desplegando una sonrisa perezosa—. Preston me contó.

—Te contó —repito—. ¿De nosotros?

—Sí, entre mi hermano y yo no hay secretos —afirma. Pestañeo al comprender lo que ha dicho, ladeo la cabeza y la observo sin pronunciar una palabra, mientras ella me sonrío acariciando los piecitos de Hope.

¡Por todos los cielos, he vuelto a hacer el ridículo!

—Me siento tan avergonzada, no sé qué decir...

—No digas nada —se cambia a la bebé de pecho y continúa—: Preston no sabe que estoy aquí, he venido porque debes saber la verdad, me contó que no lo dejaste explicarse, que estabas furiosa. Fui yo la que le aconsejó que te diera tiempo, sin embargo, ya han pasado muchos días y me da pena verlo tan abatido. Él es un buen hombre Kate, es familiar, buen hijo y excelente hermano.

—¿Por qué me cuentas todo esto Marie? —cuestiono conmovida.

—No es justo que por un estúpido malentendido no sigan juntos. Ustedes se merecen una oportunidad ahora que ya se ha aclarado todo.

Una hora más tarde me hallaba buscando en el closet un vestido arrebatador para

sorprenderlo, Marie tiene razón, «nos merecemos una oportunidad» y no voy a desaprovechar ni un minuto más.

# Consortio Rifes

## Preston

Una vez que terminamos de tratar los puntos del día con la oficina en Londres vía Skype, apago el ordenador y camino hasta la ventana, me distraigo viendo el pesado tráfico de Manhattan, los peatones se agrupan en las esquinas esperando su turno para cruzar la amplia calle, mientras Kate ocupa mis pensamientos por más que intento no pensar en ella. Sopeso la idea de llamarla y aclararle el enredo en el que nos vimos envueltos por las circunstancias, pero recuerdo las palabras de Ana, mi hermana:

*—Dale tiempo Preston, ahora mismo ella está dolida y ofuscada, las mujeres somos conflictivas y dramáticas, necesita calmarse, si en este momento vas a buscarla no lograrás convencerla de que tan siquiera te escuche. Quédate tranquilo, algo me dice que le importas mucho.*

*—¿Cómo puedes estar tan segura, si hasta me mandó al infierno?*

*—Por la manera en que te enfrentó, me contaste que se puso furiosa por semejante engaño. Hermano, esa mujer te quiere”.*

Y yo a ella, pero no lo admití.

Me siento frente a la mesa de dibujo recordando la extraña conversación que mantuve con Frank Duncan unas horas atrás, en vez de comportarse agradecido de que el proyecto de Kate fuera elegido por la firma como acto benéfico hacia los nuevos empresarios, más bien su actitud fue de «¿me estás jodiendo?», total desconfianza.

—Hijo —entra mi padre sin tocar, sacándome de mis pensamientos con el móvil en la mano —, tengo a tu madre en la línea, esta noche haremos una barbacoa en la casa, quiere saber si quieres que te prepare algo en particular.

—Dile que confío en su exquisito paladar.

—Bien —contesta.

Pasa el mensaje, luego toma asiento en la butaca de mi escritorio, el doctor le ha recomendado no permanecer mucho tiempo de pie, desde la operación de sus rodillas camina con la ayuda de un bastón. Mi padre es alto, rubio y corpulento, en sus años mozos practicó remo al igual que yo lo hice en la universidad. Los Rife somos una familia de arquitectos, desde mis antepasados hasta hoy día conservamos esa tradición, que hemos convertido en un negocio de familia.

—Discúlpeme, arquitecto —alzo la cabeza al escuchar la voz de Teresa, mi secretaria—, la señorita Kate Duncan, desea verlo.

«Kate ha venido a buscarme, esto solo puede ser positivo», pienso al tiempo que me levanto haciéndole señas a mi padre, sin embargo, él sigue enfrascado en una conversación acerca de biberones, pañales y baberos, sin darse cuenta de lo que sucede a su alrededor. Desde que nació Hope, todos nos hemos dedicado a consentirla; mi madre la ha llenado de regalos y atenciones, aprovechando que al fin mi padre está mejor de salud.

—Dile que pase —ordeno, sintiendo que la vida me vuelve al cuerpo.

La quiero, la extraño y no voy a permitir que ningún otro malentendido nos aparte otra vez.

—Enseguida, con su permiso.

Coloco una mano sobre el hombro de papá con el firme propósito de llamar su atención, aunque él me ignora, se ríe de algo que mamá le ha dicho. Frustrado me encamino a recibirla.

Kate se ha arreglado para desarmarme, usa un vestido negro de manga larga y de amplia falda, que le cubre las piernas hasta el final de los muslos, lo acompaña con una bufanda gris y unas botas negras que le llegan casi a las rodillas. Se ha peinado con una trenza, dejando unas hebras sueltas en la parte frontal que se le ven muy natural.

Uff, creo que ya he mencionado que me encanta lo femenina y coqueta que es.

—Hola —saluda, rompiendo el hielo con voz suave, contenida.

Me cuesta creer que esté aquí, en mi despacho, y más después de lo que ocurrió.

—Hola —digo acercándome y, regalándole una sonrisa.

Entonces papá se aclara la garganta arruinándolo todo.

—¿Interrumpo? —indaga Kate, al divisarlo detrás del escritorio—, puedo venir en otro momento —expresa con duda.

—No, no interrumpes nada, jovencita —contesta papá, al levantarse apoyándose del bastón para rodear la mesa—. Soy yo quién debería estar ocupando mi despacho.

—Kate, te presento a mi padre, Ethan Rife.

Ella se acerca a él al percatarse de la muletilla. Todo un detalle.

—Kate Duncan, encantada de conocerlo señor Rife —le estrecha la mano.

—Kate Duncan —repite su nombre mirándome, buscando en silencio una afirmación, en lo que asiento con la cabeza cae en cuenta de lo que significa su nombre—. Entonces tú eres la chica.

Los ojos de Kate van de papá a mí y viceversa, esperando que uno de los dos aclare el tema.

—Así es, papá —afirmo.

—He escuchado hablar mucho de ti, Kate —declara con una sonrisa.

—Espero que sean comentarios positivos.

—Con decirte que has pasado a ser una celebridad en mi casa... —Kate se ríe, le causa gracia el comentario, mientras que yo disfruto verlos conversar con tanta familiaridad.

—¿Una celebridad? Discúlpeme, señor Rife, pero no me lo creo —responde divertida. Papá sonrío animado.

—Tengo entendido que eres diseñadora, ¿cierto?

—Sí, es cierto.

—Bueno, ahí está mi hija Marie, no deja de hablar de tus modelos y, mi esposa Matilde no ve el día de visitar tu casa de modas... —Ella niega con la cabeza sin dejar de sonreír, encantada del sentido de humor de papá—. Sin mencionar a mi hijo, aquí presente —coloca una mano sobre mi hombro con firmeza—. Tengo que advertirte que lo de Preston, es grave.

Agranda los ojos expectante atravesándome con ellos.

—¿Grave? No diga eso.

—No exagero, Kate, mi hijo ha perdido la cabeza y cuando eso le pasa a un Rife es porque esa mujer es muy especial. —El rostro de Kate se torna carmesí, se ve adorable—. ¿Te gusta la barbacoa? —indaga cambiando de tema, Kate le ha caído en gracia.

—Me encanta —le contesta, recobrando la compostura evitando mirarme.

—Perfecto, no se hable más —levanta el móvil y se dirige a mí—, le diré a tu madre que añada un plato más a la mesa. Esta noche Kate cenará en casa con la familia entera —afirma, mientras comienza a teclear en el aparato sin esperar respuesta—. Matilda, cariño, tenemos una

invitada —lo escuchamos decir al pasar frente al escritorio de Teresa.

Me excuso con Kate y salgo a hablar con mi secretaria.

—Teresa, cancele la reunión de las cuatro y no me pase llamadas, por favor.

—Como usted diga, arquitecto.

Cierro la puerta, me giro y la veo consternada observando la fotografía que nos tomamos en el bote, avanzo hacia ella y nos miramos sin decir nada, noto que me repasa, algo muy de ella, deduzco que por ser diseñadora siempre está pendiente de esas cosas. Hoy visto informal: vaqueros, botas de trabajo y camisa blanca, es viernes y día de visitar las obras. Espero no decepcionarla.

—¿Tu padre sabe? —Me atraviesa con sus exquisitos ojos azules.

—Todos saben.

—¡Santo cielo! —exclama y se abraza al bolso.

—Al enterarse mi hermana, Ana Marie, se enteró el resto de la familia... —Se tapa la cara con ambas manos, se ha vuelto a sonrojar.

—¿Cómo sabías que vendría a buscarte? —pregunta, yo le destapo el rostro con sutileza.

—No lo sabía —bajo el tono de voz—. Solo esperaba que lo hicieras.

Entrelazo mi mano a la suya y le indico que nos sentemos en el sofá de tres plazas.

—Necesito que me aclares una duda. —Hago un ademán para que continúe— ¿En qué momento te enteraste de que Penélope y yo éramos la misma persona?

—La noche de la inauguración —me pongo cómodo—. Soy un hombre de palabra, Kate. La última vez que te escribí por texto, prometí que esa noche iría a conocerte y cumplí.

Exhala con fuerza, parece cansada, aunque también triste por un momento.

—Me siento tan... —se interrumpe, parece estar buscando las palabras correctas—. ¿Por qué no me buscaste en ese momento para explicarme?

—Porque cuando lo descubrí estabas muy ocupada, por eso preferí dejarte la nota. Esa noche llegué tarde por culpa de un asunto familiar de última hora, a Michael, el esposo de mi hermana se le había retrasado el vuelo desde Londres, por eso Ana andaba sola esa noche, se suponía que regresaría conmigo, pero al final se negó, alegando que estaba cansada de que la cuidara tanto, me exigió que me fuera, que la dejara respirar. En fin, cuando entré vi a tus hermanos sentados en la primera fila —le explico—, luego me encontré con Noah, él me dijo que Victoria estaba por ahí, yo me emocioné, le pregunté por Penélope y me dijo que estabas tras bastidores, tenía tantas ganas de volver a verte... —me observa atenta—. Te llamé mil veces después de aquella despedida en el Plaza, no podía dejar de pensar en ti.

—Sobre aquella noche —me interrumpe—, no debí marcharme de esa manera, sin querer escuchar razones, como una chiquilla... —Deja el bolso a un lado, se levanta y me mira con atención.

—Pero lo hiciste —apunto. Me pongo de pie frente a ella y acorto el espacio que nos separa, quiero abrazarla decirle que la quiero, que estas últimas semanas han sido un calvario.

—Lo siento, lo siento tanto, Preston —murmura y, me abraza por la cintura reposando la cabeza sobre mi hombro.

—Yo también lo siento, Kate, no sabes cuánto.

Cierro los ojos absorbiendo su arranque de espontaneidad.

Sobo su espalda con ambas manos aspirando el suave olor a lavanda que desprende su cabello, recordando las palabras de mi padre: «*mi hijo ha perdido la cabeza y, cuando eso le pasa a un Rife es porque esa mujer es muy especial*». Cuánta razón tiene, Kate es la mujer de mi

vida.

—Esa noche me molesté con Penélope y conmigo mismo por no poder quedarme más tiempo en Nueva York para hacerte cambiar de parecer, mi vuelo salía al día siguiente para Londres, debía solucionar unos asuntos del consorcio. Mi padre estaba convaleciente con sus piernas y yo estaba encargado de todos los negocios, sin embargo, te llamé miles de veces.

—Y yo no te contesté —alza la cara y me mira a los ojos—, no estaba lista para terminar de jugar con Derek, me encantaba esa extraña conexión que teníamos, primero en el aeropuerto, luego en la gala de la revista, el Starbucks, el bote con mis amigos, nuestras conversaciones por teléfono... No me culpes por encariñarme del banquero derrochador con acento australiano — señala. Sonríe. La tomo de la nuca y la beso, ella se derrite en mis brazos respondiéndome con una pasión desbordante.

—Salgamos de aquí —ordeno sobre sus labios al separarnos, tomo el bolso que descansa sobre el sofá y se lo entrego.

—¿A dónde vamos? —pregunta con asombro.

Me muevo con rapidez, agarro las llaves del coche y los dos móviles de la repisa.

—A un lugar que quiero que conozcas —sentencio. La tomo de la mano y la arrastro hasta la puerta, Kate se ríe.

Teresa despega los ojos del ordenador en cuanto pasamos frente a ella.

—No regreso, tómese el resto del día.

—Gracias, arquitecto —asiente y le guiña un ojo a Kate.

—¿Mi padre sigue en su despacho?

—No, él se fue acompañado del chófer.

Durante el trayecto del consorcio a mi nuevo piso hablamos sobre trivialidades, me pregunta acerca de los móviles, le explico que en el personal tenía a Penélope y en el de trabajo a Kate, ella se ríe y alega un: «muy ingenioso de tú parte». La tensión que en un principio se sintió se había disipado, volvíamos a ser nosotros, ella con sus ingeniosas ocurrencias, mientras que yo me reía de nuevo a carcajadas.

—¿Sabes? —retomo el tema cuando entramos al ascensor—, cuando empezó el desfile me aparté y me fui a la parte trasera, fue allí cuando te vi ocupada con las modelos, emocionada y nerviosa le alisabas la falda a una de ellas, en ese instante todo comenzó a encajar. Pasó alguien a mi lado, creo que era una de las estilistas y le pregunté si sabía quién era Kate Duncan, la mujer asintió y apuntó en tu dirección. —La tomo por la cintura—. No me lo vas a creer, pero de inmediato pensé que era un puto cabrón con mucha suerte. —Ella sonrío trazando una línea de pequeños besos por todo mi rostro.

—¿Sé puede saber por qué te considerabas un «puto cabrón con suerte»? —inquiérese divertida.

Las puertas se abren y vuelvo a adueñarme de su mano.

—¿Te parece poco el que las dos mujeres que me alegraban la vida fueran la misma persona? —Nos desplazamos por el amplio pasillo hasta la puerta 09-A, acuno su rostro con las manos buscando sus ojos, necesito ver su reacción—. Sentía una increíble conexión con Kate, mi adorable diseñadora, me alegrabas el día con tus mensajes de texto, eres inteligente, meticulosa, sabes lo que quieres, disfrutaba el tener que trabajar contigo —declaro, al tiempo que saco las llaves del bolsillo y la introduzco en la cerradura—. Por otro lado, estaba Penélope, carismática, ingeniosa y la mujer más sexy y apasionada que conozco. Eres perfecta, Kate, eres la mujer perfecta para mí.





## Piso 9

### Kate

Preston acerca su rostro al mío, cierro los ojos al sentir sus labios recorrerme el cuello, se me corta la respiración y mi corazón late desbocado, mi cuerpo es débil a su tacto, me desarma con solo tocarme, con solo pronunciar mi nombre, con tan solo mirarme.

—Nunca pensé en que llevaríamos el juego tan lejos —susurro con un hilo de voz, extasiada por lo que sus caricias me hacen sentir.

—Pero lo hicimos —dice con voz gruesa, sugerente. Se separa gira la manilla y abre la puerta—. ¿Acaso crees que no se me pasó por la mente dejarte tranquila y no buscarte nunca más? ¿En decirte que te buscaras un chico de tu edad? Pero no, no lo hice porque soy un egoísta hijo de puta. Te quiero solo para mí.

Su confesión me excita, me provoca unas irresistibles ganas de fundirme con su cuerpo, pertenecerle. El simple hecho de descubrir que los dos estamos locos el uno por el otro es poderoso. Deseo desabrochar los botones de su camisa blanca de lino, desesperada por tocar su piel, por verlo desnudo, dejando al descubierto su cuerpo trabajado, sus suaves pectorales...

¡Maldita sea!, cómo lo he extrañado.

—¿Te gusta? —inquire enérgico.

Entonces caigo en cuenta de que hemos entrado al increíble piso. Es inmenso y está decorado con un gusto exquisito. El color blanco del techo realza la altura de este, las paredes están pintadas de un azul clarísimo, que es muy tranquilizador.

Preston se adelanta para encender las luces, mientras que yo admiro el estilo moderno del mobiliario.

—Es precioso. Me encanta. ¿Lo decoró Marie?

Lo deduzco por las luces blancas que cuelgan del techo, usó las mimas en el piso de arriba, alegando que son el último grito en decoración, son hermosas.

—Sí, ayer lo terminó, todavía no he traído mis cosas —asegura. Me extiende la mano, se la tomo y caminamos hasta un dormitorio inmenso—. Puedes cambiar lo que quieras si no te gusta —murmura en mi oído, me gusta y me asusta al mismo tiempo la promesa de sus palabras—, mira este closet —dice, mientras abre la puerta doble y enciende la luz.

Me quedo con la boca abierta en lo que asimilo el espacio, es prácticamente una habitación entera, con estantería para los zapatos, carteras, corbatas... un sueño hecho realidad.

—Si te parece pequeño, todavía podemos habilitar la otra habitación...

¡Oh, Dios! Me muero, Preston ha mandado a construir este closet para mí, no me lo puedo creer.

—Preston —le llamo girándome y, le veo observarme con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Qué estás tratando de decirme?

—Te he echado de menos, Kate —asegura y, yo me acerco—. Me has estado matando lentamente, al no permitirme verte ni escucharte todos estos días.

—Deberías castigarme —le digo para provocarlo, posando mis palmas sobre sus hombros.

—Ya pensaré en algo —afirma y besa la punta de mi nariz—. Por lo pronto, no vuelvas a pedirme que me vaya al maldito infierno, porque no lo haré.

—Eso no va a pasar, lo juro —levanto una mano en señal de promesa—. Palabra de diseñadora.

Toma mi barbilla y la alza solo un poco, buscando mi atención, se ha puesto serio.

—Después de la barbacoa en casa de mis padres iremos al atelier a buscar tus cosas, quiero que te vengas a vivir conmigo, a nuestro piso.

«Nuestro piso, vivir juntos», suena increíble y el susto que sentí un momento atrás desaparece, al imaginar la posibilidad de despertar todas las mañanas a su lado.

—¿No te parece que es muy pronto? —inquiero mirándolo directa a los ojos, rezando en silencio para que diga que no, que nunca me ha hablado más en serio en toda su vida.

—¿Pronto? —Niega con la cabeza—. No, para nada, nena, tengo muchos planes —sonríe con malicia—. Y entre ellos está la apertura de una sucursal de *Runway* en Londres.

—¿Londres? —Lo beso, imaginando por un instante mi vida en otro país, llena de aventuras y mucho sexo—. Me gusta Londres —admito feliz.

Soy feliz a su lado. Lo amo y no deseo volver a estar sin él.

—¿Cuánto tiempo necesitas para organizar un desfile?

—Mmm —me quedo pensativa—. Cinco meses.

—Hecho, en nueve meses la estaremos abriendo juntos —afirma rotundo, ahora es él quien me besa con suavidad.

—Has pasado de ser un banquero derrochador a un arquitecto derrochador. —Los dos reímos.

—Y a mí me gusta cómo suena lo de arquitecto derrochador —admite—. ¿Estás lista para vivir entre Nueva York y Londres?

Tanto como lista no estoy, pero eso qué importancia tiene cuando lo único que deseo es permanecer a su lado al precio que sea.

—Sí, pero tenemos un problema.

—¿Problema? —inquiere, mientras frunce el ceño.

—Mi familia.

—Querrás decir tus hermanos.

—Pues, sí, Frank, en particular, es muy sobreprotector.

—No te preocupes, que ya he pensado en la solución.

**Fin**

# **Agradecimientos**

A todos los que han hecho que Runway sea una realidad, en especial, a mis lectores fieles, por esperar con paciencia esta tercera parte de la Serie Hermanos Duncan.  
Simplemente... Gracias.

A.G. Keller

## Acerca de la autora

**A.G. Keller** es una apasionada de la lectura, la buena comida, el vino, la música y el cine. Desde los doce años comenzó a escribir sus primeros relatos.

Reside en los Estados Unidos, desde el año 1995. Vive en un pequeño suburbio en las afueras de Dallas, Texas, con su familia.

**Mía**, es su primera novela auto publicada en Amazon, un sueño hecho realidad. Su segunda novela se titula: **ADICCIÓN**, es el primer libro de la Serie Hermanos Duncan, siguiendo el mismo género de romance, un reto contado en dos voces. **ALLY**, es su tercera novela, la historia de Allison y Robert, personajes secundarios de Mía. **EUFORIA**, es el libro 2 de la Serie Hermanos Duncan. Otro reto superado, contado en cuatro voces, y desenlace de la historia del hermano mayor de los Duncan, Max.

**Tú Princesa Yo Superhéroe**, es la novela con la que incursiona en el género Juvenil. Una historia contada en varias voces.

También ha creado una libreta de notas **Vive, se feliz y nunca dejes de soñar**, para que le des rienda suelta a tu imaginación y, en la que encontrarás, hermosas frases de sus personajes.

**CONNOR**, la continuación de **Mía**, donde encontrarán romance del bueno, sensualidad y mucha pasión.

**ALIANZA**, es su séptima novela de género romance contemporáneo, un proyecto diferente que ha escrito junto a Gabriela Lo Curto .

Cualquier duda, crítica o sugerencia, la puedes dejar en su correo electrónico. Como también puedes seguirla en las redes sociales.

Si estás interesado en adquirir cualquiera de sus títulos en versión Papel, autografiados y con un regalito sorpresa, ponte en contacto:

agkellerescritora@gmail.com

Twitter: @ag\_Keller

Instagram: @a.g.keller

<https://www.facebook.com/A.G.Keller.Escritora>